

SARMIENTO EN EL DESTIERRO

EDICIÓN ORDENADA, CON NOTAS Y UN ESTUDIO
POR ARMANDO DONOSO

Las polémicas del ostracismo. Contra
la gramática. Réplicas a don Andrés
Bello. La lengua popular y la
literatura. Contra el roman-
ticismo. Mi defensa.



*M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES - 1927*

En la transcripción de los artículos de Sarmiento, desglosados de "El Mercurio" de Chile, que integran la segunda parte de este libro, se ha respetado la ortografía original.

N. del E.

SARMIENTO EN EL DESTIERRO

EDICIÓN ORDENADA, CON NOTAS Y UN ESTUDIO
POR ARMANDO DONOSO

Las polémicas del ostracismo. Contra
la gramática. Réplicas a don Andrés
Bello. La lengua popular y la
literatura. Contra el roman-
ticismo. Mi defensa.



*M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES - 1927*

SARMIENTO EN EL DESTIERRO

EDICIÓN ORDENADA, CON NOTAS Y UN ESTUDIO
POR ARMANDO DONOSO

Las polémicas del ostracismo. Contra
la tiranía política a don Andrés

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Copyright by Gleizer, 1927.*

literatura. Contra el tomari-
llismo. Mi defensa.

BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO ARGENTINO
DE HISTORIA Y GEOGRAFIA



M. GLEIZER - EDITOR
TRINIDAD 237
BUENOS AIRES - 1927

A RICARDO ROJAS

USTED ha dicho, en página bien templada sobre Sarmiento: “Justo es señalar aquí nuevamente el nombre de Chile, que en medio de la vergüenza continental, presentábase entonces como anhelado oasis de pacífica y laboriosa cultura”.

Suave oasis era el de Santiago, con algo de remanso dormido en la tranquilidad de una sociedad pacata y asustadiza; ambiente de patio colonial en el cual comenzaba a desperezarse la tradicional siesta española.

No ignora usted que el recio Sarmiento cayó en él con el escándalo propio del gaucho que traía a sus espaldas los vientos nuevos de la América bárbara. ¿No invocaba, en su “Facundo”, el corolario de la barbarie frente a la civilización? Era aquél un momento que, en verdad, esperaba la salvación del bárbaro: ayuna de toda inquietud creadora, la juventud trasandina se satisfacía con Heinecio y con la helada preceptiva del maestro Bello. José Joaquín de Mora había sido ya el necesario precursor y Sarmiento venía más tarde a trastocar esa apacible modorra de sacristía. Bien venido, pues, porque llegaba a reclamar para la cultura los derechos de la vida contra la letra muerta de la gramática y del mal latín.

Usted ha dicho también: “Cada artículo dábale ocasión

para censurar las costumbres gazmoñas o los cánones retóricos del siglo anterior. Otras veces irritaba los ánimos disertando sobre teorías gramaticales, reformas ortográficas, doctrinas, métodos pedagógicos o ideales políticos”.

Sí: exasperaba los ánimos; sabía irritar con su genial don de rudeza ese gaucho de ustedes, a quien debemos vindicar por ser el menos europeizado de los americanos, en años escasamente propicios para la defensa de lo autóctono. No es extraño, pues, que el editor de estas páginas haya ido a buscar a ese Sarmiento, que hacia el año cuarenta y dos sabemos atrincherado tras la hoja del “Mercurio” porteño, como un hondero pronto a lanzar su guijarro contra todos los principios de la cultura tradicional.

Ahora, corrido casi un siglo, mientras celebra “El Mercurio”, que le sirvió de bandera, el primer centenario de su fundación, resulta grato evocar a ese maestro, que nunca le volvió las espaldas a la vida; que llegaba a Santiago armado con su pluma tajante como una espada y rotunda como una catapulpa. ¿Cómo no sentirse frente a Bello, cerca de Lastarria y junto a Rivadeneyra, el editor del periódico, que más tarde iba a vengar a sus bien amados clásicos de las injurias de su redactor, dando a la estampa la Biblioteca célebre?

Place evocar así a Sarmiento, en medio de aquellas reyeratas por la cultura, aún cuando más no sea para agregar otra piedra al monumento del más grande de los americanos, animador de ese Facundo simbólico, que es como la expresión de la pampa libre y de la América bárbara, de esta América que es la más nuestra.

A. D.

SARMIENTO EN EL DESTIERRO

EL caso de este varón fuerte, es el del hombre más hombre de cuantos hayan pasado por la vida de un pueblo. Hombre por la integridad de sus convicciones, por la virtud de sus propósitos, por los arrebatos de su odio, por la ira santa que siempre le tuvo encendido.

Como un gigantón de epopeyas atraviesa de un salto las cumbres andinas, en fuga de ostracismo, y va a caer bajo el alero de los casones santiaguinos, entre gente pacata, atemorizada, de corto vuelo imaginativo.

Hombre tan hecho para la vida retempladora de las adversidades, (recordemos que del campamento de fuga en la Pampa pasó a gañanear en las minas) no podía acomodarse en las letras signi-ndo el helado camino humanístico por el cual caminaba el docto Bello, a la sazón mentor de la cultura trasandina.

Sarmiento representaba la Pampa en toda su audacia acaudilladora. Era el gaucho que sabía dormir con un ojo abierto, portando en la vaina de la espada la pluma audaz.

Arriba a Chile rugiente y altivo, dispuesto a civilizar, riñendo cada mañana por los fueros del libro y de la libertad. Es así como demuele, construye, parte y raja, encendido en una especie de fiebre contra la barbarie y la incultura.

Es Facundo el que anda con él, calzando las botas de siete leguas, esas que levantan tanto polvo en su ruta; él quien pone lumbre en su antorcha y le anima en la brega contra el analfabetismo y contra la tiranía de la gramática y del latín.

Habla y clama en nombre de la vida hasta hacerse escuchar entre los jóvenes, aunque salga de sus combates como un santo Cristo de las angustias atravesado por las siete espadas.

TRES VECES PASA LOS ANDES

CUANDO, tras el combate de Chacón, el año 31, Facundo Quiroga recobró todo el poder que había perdido en Onca-tivo, el joven Sarmiento, con los unitarios vencidos, transpuso Los Andes. Llegó a Chile por segunda vez, más ésta no como en años anteriores cuando su obligación de empleado había mo-vido su planta llevándole hasta Santiago. Los amigos de anta-ño ablandaron ahora el pan amargo de su ostracismo: recibió Sarmiento cordial acogida en Los Andes, después de hacer un alto en Putaendo, donde su padre había dejado buenas y fir-mes relaciones.

Lejos de las luchas de su tierra héle allí, perdido en el pueblo andino, entregado de lleno a sus labores de maestro en la escuela municipal, enseñando a escribir y a leer no yá se- gún el rancio método que imponía el deletreo, sino por el sis-tema silábico. La paz octaviana que le brindaba el poblacho de entonces, no había de serle duradera, porque, tras un alter- cado con el gobernador, uno de esos clásicos gobernadores de más autoridad que razón, originado por estas sus reformas que hubieron de parecer demasiado audaces, tuvo que abandonar Los Andes, yendo a vivir dos leguas más lejos, al lugar de

Pocuro, donde compartió la atención de un pequeño negocio con las tareas de cierta rudimentaria escuela. Luego pasó a Valparaíso que ya mantenía una fecunda actividad comercial. Fruto de sus primeros diligentes afanes fué el puesto que logró conseguir en cierto indeterminado negocio, trocando la entonces infamante profesión del maestro por la vara de medir, que le permitió ganar una onza al mes.

Vientos de bonanza comenzaban a soplar del norte del país; los minerales de plata de Chañarcillo parecían prometer la fortuna a quien quiera que se aventurase a ir a recoger. Y Sarmiento, como otros muchos, que en sus horas de privaciones hilaba también largo en su fantasía, puso sus ojos y su voluntad en aquel fácil Eldorado. Chañarcillo le vió primero de peón y bien pronto de mayordomo de minas, un esforzado y verdadero minero, según él mismo lo iba a decir más tarde en sus "Recuerdos de provincia": "calzaba babucha y escarpín; llevaba calzoncillo azul y algodón listado, engalanando este fondo, a más del consabido gorro colorado, una ancha faja, de donde pendía una bolsa capaz de contener una arroba de azúcar, en la que tenía siempre uno o dos manojos de tabaco tarijeño". ¡Cómo pudo observar y sentir esa ruda vida de campamento, en medio de la pampa árida, en contacto con los rústicos apires y la bravía naturaleza nortea, este argentino fuerte y fiero, que siempre supo abrirse su camino a puñetazo limpio! Allí vió, oyó y sintió el hervor de una existencia que hasta entonces no había gustado: la vida solitaria de la faena en contacto con el minero semibárbaro. En medio de la riqueza que arrojaba la entraña ubérrima, Sarmiento se daba tiempo para escribir y para estudiar rendidamente; su precario aprendizaje de la lengua francesa e inglesa realizó avances positivos, aunque no contaba con otros medios que un mal diccionario, una gramática y algunos libros de escritores modernos.

Entre tanto, la situación en Argentina había cambiado: a Facundo Quiroga le acababan de asesinar en Barranca-Yaco, mientras Rosas gobernaba sin contrapeso en Buenos Aires. Sarmiento decidió enderezar rumbo a la Argentina, pero, a poco de partir, sufrió un violento ataque cerebral, consecuencia de sus largas vigiliás, que le tuvo en trance de muerte, llegando aún muy enfermo a San Juan. Sin medios, prematuramente desalentado, sentó una vez más plaza de maestro de escuela y bien pronto de tinterillo, pero un tinterillo único, que hubiera podido darle cara y cruz a todos los del gremio por sus conocimientos, antes que por sus artimañas, en las cuales no fué un lince pues era demasiado honrado para saber serlo.

Bien pronto para su amarga noche de errancias y privaciones iba a clarear la mañana: comienza a recibir la protección de dos hombres doctos y de corazón, don Antonio Abercain y don Manuel Quiroga de la Roza, amigo íntimo de Alberdi. Entonces Sarmiento estudia más que nunca; lee sin tregua cuanto cae bajo sus ojos y se improvisa periodista en aquel inolvidable hebdomadario *El Zonda*, vocero y albergue de conspiraciones unitarias, redactado en su casi totalidad por él; hasta que le arrastran a la mazmorra de un calabozo y mientras los ardores de la lucha entre unitarios y federales se hacen más implacables, sus amigos huyen al destierro. Un día la soldadesca enemiga le befa, de cuyas manos logrará ser arrancado para tomar el camino del valle del Zonda y entrar por tercera vez a Chile, no sin estampar a su paso, bajo un escudo de armas, la sentencia de Fortoul: *On ne tue point les idées.*

EL AMBIENTE SANTIAGUINO

HE aquí, nuevamente, a Sarmiento en tierras trasandinas; se encuentra en Santiago sin más amigos que algunos emigrados: don Manuel Quiroga de la Roza y don Domingo de Oro. Nadie le conoce, ni ante nadie hace valer las aptitudes de su talento. El medio ambiente metropolitano no es tampoco el más propicio para recibir una sorpresa intelectual; se lee poco y se piensa menos: Bello ejerce su magisterio y Lastarria enseña y escribe. Se aproxima la fecha de elección presidencial y con ella comienzan a diseñarse claros síntomas de inquietud política.

Un buen día, un amigo, don José María Núñez, le habla con vivo interés a Lastarria de cierto emigrado argentino “muy raro, a su parecer, que debía presentarnos, según ha recordado el propio don Victorino, y por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada. Este era un salón cuadrado muy espacioso, al centro una mesita con una silleta de paja y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de ésta, había una larga fila de cuadernos a la rústica, arrumados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado en el cual no había estera ni alfombra: esos cuadernos eran las entregas del “Diccionario de la Conversación” que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que a los pocos días fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender a sus necesidades”.

Luego esboza Lastarria el animado retrato de Sarmiento, que será imperecedero como sus “Recuerdos literarios”: “El hombre era realmente raro: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas,

sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante”.

Lastarria no tardó en presentir, a través de la palabra cálida y elocuente del emigrado, la vivacidad de su inteligencia, su ya amplia cultura moderna y el liberalismo de sus ideas. Puso desde el primer instante cuanto estuvo de su parte para ayudarle ante todo a vivir no de una merced fácil sino que en algún cargo honroso: “Tanto nos interesó aquel embrión de grande hombre, que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; habiéndole indicado que abriese una escuela para ganar su vida, le ayudamos a fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de la portales, comenzando desde entonces a allanarle el camino para la dirección de la escuela normal de preceptores que tenía en proyecto don Manuel Montt, quien era a la sazón el Ministro que servía de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política, y por una protección más inteligente y más decidida a la instrucción pública”. Poco después don Victorino, que a la sazón mantenía muy cordiales relaciones con don Manuel Montt, en quien, como él más de una vez lo ha recordado, cifraban los liberales sus mejores esperanzas, le presentó a Sarmiento, dando origen a esa larga y fructífera amistad de la cual nacieron tan positivos beneficios para la instrucción pública en Chile.

Sarmiento había llegado en silencio a Santiago, confiando poder obtener un buen pasar a fuerza de trabajo, acaso en el periodismo si las circunstancias se presentaban oportunas o bien en el comercio si se ofrecía alguna posibilidad. En su rincón más que modesto, pobrísimo, le había descubierto Ra-

fael Minvielle, "que acertó a encontrarme, según el propio Sarmiento lo recordaba más tarde, en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla y dos cajones vacíos que me servían de cama".

Bien pronto la amistad de Lastarria, el interés de José María Núñez y el afecto de Minvielle, prepararon un ambiente de simpatía en torno del hasta entonces inadvertido emigrado. "Un día de Febrero de 1841, recuerda Lastarria, cuando ya Sarmiento nos contaba entre sus amigos, nos leyó un artículo sobre la victoria de Chacabuco, cuyo aniversario estaba próximo. La pieza nos pareció bien pensada y mejor elaborada, y no vacilamos en enviársela a Rivadeneira, que entonces mantenía *El Mercurio* de Valparaiso sin redacción y viviendo de las correspondencias que sus amigos de Santiago y entre ellos nosotros, le remitíamos de vez en cuando. El artículo de Sarmiento, que se publicó en el número del día 12, llamó la atención, y tanto, que Rivadeneira nos escribió comisionándonos para que ofreciéramos al autor treinta pesos por tres o cuatro editoriales en cada semana. Sarmiento vaciló, pero después de ser alentado por los que le apreciábamos, pasó a ser el redactor y el amigo de Rivadeneira, y entonces dió principio a esa larga vida de diarista en que ha peleado tantas batallas y ha segado tantos laureles como abrojos". De un golpe de pluma Sarmiento había ganado notoriedad imponiéndose a propios y extraños. Fué el comienzo de su fortuna y el primero y uno de los más sonados de sus triunfos en Chile.

Sin embargo, la morriña de su tierra, que cada día adivinaba tras los altos picachos andinos, hostigaba su amor propio, hasta que una mañana partió, rumbo a la pampa, alcanzando a llegar a la cumbre cordillerana, de donde regresó a proseguir sus tareas en *El Mercurio*, atemorizado ante un grupo de sus compatriotas que, vencidos en el combate de Rodeo del Medio, huían con destino a Santiago. Entre tanto,

Rosas dominaba tiránicamente en Buenos Aires y Sarmiento pudo comprender a tiempo que el momento no era oportuno para intentar una aventura suprema en una pasada que podía dar al traste con su vida.

Nuevamente el rudo batallar periodístico preocupará cotidianamente las inquietudes del emigrado: la política, la instrucción pública, el teatro, serán motivos preferentes de sus artículos acerados, que la oposición acogerá como retos y que el Ministro Montt premiará encargándole la dirección de la Escuela Normal de Preceptores, nueva tribuna para la acción docente del educador y del polemista, para el entusiasta lancasteriano que marchaba con el espíritu del siglo en alas de un incontenible viento renovador. Que no en balde, según el bello decir de Leopoldo Lugones, si calzaba las botas de nueve leguas, era natural que levantase polvo en la ruta.

SARMIENTO POLEMISTA

SI con un primer reparo escrito con motivo de la publicación del *Canto Elegiaco al Incendio de la Compañía*, de Bello, Sarmiento se iba a concitar la animosidad de la juventud intelectual santiaguina, (“creemos y queremos decirlo, escribió entonces, que predomina en nuestra juventud una especie de encogimiento y cierta pereza de espíritu que le hace malograr las bellas dotes de la naturaleza y la buena y sólida instrucción que ha recibido”) con su editorial publicado el 27 de Abril de 1842, en el que comentaba un estudio de don Pedro Fernández Garfias, ex-profesor de gramática castellana en el Instituto Nacional, sobre los “Ejercicios populares de la lengua castellana”, acabó hasta provocar una serie de ataques desembozados contra él. Sarmiento que, por su cultura y su

intuición genial del progreso, estaba en realidad sobre el medio conventual del Santiago de 1840, observó en su editorial que son los pueblos y no los tratadistas o los escritores quienes dan vida a las lenguas; señaló que la única función de los gramáticos y de las academias es la de codificar en sus diccionarios las nuevas voces y modismos que el pueblo sanciona, y afirmó que la ortografía debe corresponder a la pronunciación antes que a su etimología.

¿Es posible figurarse la sorpresa que tales audacias debían producir en un ambiente tiranizado aún por la disciplina de la enseñanza de memoria, según los cánones de los más rancios preceptistas, y sobre el cual imperaba sin contrapeso la autoridad del magisterio del docto Bello? Pero Sarmiento jamás se anduvo por las ramas y al pan lo llamaba pan y al vino, vino, al quejarse de la esterilidad literaria de Chile: “es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culturanismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintais que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y enseguida escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea

inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará". Luego Sarmiento, enderezando la proa de sus ataques hacia una causa más inmediata, aseguraba que la crítica vendrá a su tiempo y que los defectos desaparecerán: "Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido a tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y de haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia cancha; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial".

¿Quién se hubiera atrevido entonces o se atrevería hoy a embestir de esta guisa contra Bello? Seguramente nadie. Pero Sarmiento no era hombre que temiese a los fantasmas ni a las consagraciones más veneradas: ¡ay de quien se propuso cerrarle el paso o cortarle el recio par de alas que llevaba sobre su espada! Y don Andrés había sido el primero y más categórico de los impugnadores de los artículos de Sarmiento, desde las columnas del propio *Mercurio*, al ocuparse de los "Ejercicios populares" de Fernández Garfias, sin mencionar o aludir al escritor trasandino.

Tal fué el comienzo de esta polémica que poco a poco, creciendo, dió origen a un verdadero movimiento de renovación, y que Lastarria hace aparecer en sus "Recuerdos" como promovida por su discurso de apertura en la Sociedad Literaria, pronunciado el 3 de Mayo de 1842, cuando el primer

artículo de Sarmiento databa del 27 de Abril de ese mismo año.

Inmediatamente, el discurso de Lastarria tuvo una señalada significación en aquellos momentos, sobre todo si se toma en cuenta que el ambiente era propicio para un movimiento semejante. La amistad de don Victorino con Sarmiento; sus frecuentes lecturas modernas; la influencia creciente del romanticismo francés, que llegaba hasta él en las obras de Victor Hugo, cuya representación del "Hernani" había repercutido en todo el mundo; el estudio constante de los ideólogos más avanzados de Europa; todo aquello sacudió el espíritu previsor de Lastarria que, con fácil elegancia, había de manifestarse en su elocuente discurso.

Fué esa pieza literaria un manifiesto, moderado y sincero en su forma, pero hondamente revolucionario y justo en el alcance de sus ideas.

Celebraba en él el advenimiento de la paz y de la tranquilidad en la República y pedía ilustración para la democracia, que debe ser expresión de la libertad; repasaba los comienzos de la incipiente literatura nacional y dictaba sabios y prudentes consejos sobre el orden en los conocimientos y el giro que se le ha de dar a la educación, si se quiere que ella sea provechosa, aconsejando la imitación moderada: "Hay una literatura que nos legó la España en su religión divina, decía, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran a la Península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad: nada hay que obre una mudanza más grande en el hombre que la libertad, dice Villemain. ¡Qué será, pues, en los pueblos! Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadas, en esa marcha peculiar que le dá un carácter de todo

punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella literatura”.

Defendía en seguida la lengua castellana censurando a quienes se dejaban deslumbrar por los fáciles atractivos de la cultura francesa, hasta llegar a olvidar su propio idioma. Pedía, por fin, que siguiendo la revolución literaria predicada por Francia, que ha emancipado la literatura de las reglas, señalando por divisa la verdad y por oráculo la naturaleza humana, “fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo que la libertad no existe en la licencia, éste es el escollo más peligroso; la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad y la moderación. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que puede haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo”.

Pedía Lastarria independencia y nacionalismo literario, nacionalidad en el sentido de “que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular”. Finalmente, al rematar su discurso, aconsejaba hacer misión social con las letras escribiendo para el pueblo a fin de ilustrarlo, “combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándose sus hechos heroicos, acostumbrándole a venerar su religión y sus instituciones”.

No se hicieron esperar mucho los comentarios porque,

bien pronto otro de los emigrados, don Vicente Fidel López, publicó un juicio sobre el discurso de Lastarria y los artículos de Sarmiento en la Gaceta del Comercio de Valparaíso, hermosos, bien pensados y mejor escritos fueron los artículos de López; de todos ellos fluía la nota de un duro e intransigente antiespañolismo, porque si España representa la tradición, aseguraba, y su literatura es el espejo de esa tradición, con todo su bagaje de ideas añejas, ¿es posible que su lengua pueda ser un elemento de progreso? “No sabemos, decía López, como combinar estas dos exclusiones, porque creemos que si es cierto que la literatura española es retrógrada y anti-social es imposible que el habla, que no sólo es el vocabulario sino el estilo y la literatura también, anuncie los progresos de la razón; y aún agregamos que si es cierto lo primero, es claro que el idioma español no ha trabajado con sus instrumentos propios ciencia alguna de las modernas; que las matemáticas, la política, la filosofía, su vocabulario con palabras o modismos que les satisfagan: porque el idioma español en nada ha intervenido en los últimos trabajos que han rehecho de nuevo todas estas ciencias”.

En su primer artículo López aseguraba que este discurso estaba destinado a imprimirle un impulso libre y progresivo a la literatura chilena; lo clasificaba como un suceso social, llegando a decir que su autor era “el primero entre los jóvenes chilenos que ha tocado las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional”.

ROMANTICOS Y ANTI-ROMANTICOS

EL ambiente lugareño de Santiago y Valparaíso, apacible y santurrón, sólo preocupado de los livianos enredos políticos y de las fiestas de la Iglesia, no pudo sino interesarse muy por lo vivo con el discurso de Lastarria como con el pri-

mer artículo de Sarmiento, que fué, en verdad, según sus propias palabras, “un acontecimiento político y literario por aquellos mundos y en aquellos tiempos. La rehabilitación de San Martín y un escritor salieron de ahí; el pasado y el porvenir”. Bien ganada notoriedad le concedió en un día, colocando su nombre y su fama sobre muy alto pedestal: “Estaba establecida mi reputación de escritor en Chile, gracias a un magnífico artículo de entrada en escena, al favor de un ministro de mucho poder, y a la lisura y franqueza de decir todo lo que le viene a uno al magín y baja a la punta de la pluma, pues que si no es tonto, o demasiado ignorante o fatuo, y con tal que tenga su chispa de ingeniatura, ha de salir bien por fuerza el que tenga las dotes naturales.” Pero un éxito tan inesperado, “la infatuación producida por situación tan nueva”, según él mismo lo recordó más tarde, le inspiraron esa audacia que hirió muy hondo a algunos de sus mismos amigos. Agreguemos que en el aire flotaba olor a pólvora, pues ocurría todo esto en los tiempos que llegaba la primera oleada del movimiento romántico a Santiago: “Reinaba a la sazón en las aulas de la Universidad Hermosilla, purista español; enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de las tres unidades, etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo, que hallaba a Larra mejor que a Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote entre los alaridos de la montaña... *El Semanario* de Santiago, con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a bien recaudo a los tales románticos de allende y de aquende, conservando en su no eclipsada fama a los Moratines y demás plagarios del empíreo clásico”. Contra Sarmiento y López embistieron desde el primer instante todos

los chilenos de la primera hora del Semanario: Tocornal, Sanfuentes, Lastarria, Juan Bello, Talavera. *El Mercurio*, con frases cumplidas y gentiles, según Sarmiento escribió más tarde recordando aquella polémica célebre, saludó la aparición de *El Semanario*, asegurando que se hacía esperar “una publicación hebdomadaria, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena; pero en el segundo número, a uno de los redactores de *El Semanario* se le escapó decir: “escritores extranjeros, y aun me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Víctor Hugo y comparsa romántica”. Y aquí fué la de Dios es Cristo: ardió y bien ardida la Troya que estaba pronta para el incendio: “¡Ira de Dios!, escribió Sarmiento, todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda! ¡Y qué iniquidad a la vez! Figúrense ustedes que ellos daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con licencia de ordinario, como los antiguos libros, mientras que *El Mercurio* se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado, que salía el nuevo número de *El Semanario*, ya todo acontecido y abollado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba. *El Mercurio* era una especie de revólver ,tum... tum... tum..., seis tiros a la semana”.

La algarada subió de punto y los ánimos se apasionaron más de lo necesario, porque la polémica comenzó a tomar un giro abiertamente ofensivo. ¿No recordaba Sarmiento, ocho lustros más tarde, que un día llegó hasta *El Mercurio* uno de los Vial a decirle, de parte de don Manuel Montt, que si estaba en su juicio porque “los piedras bailan en las calle”? (1)

(1) En su carta a Lastarria, que éste publicó en sus “Recuerdos”, le decía Sarmiento: “Por otra parte, ¿creen que ignoro que un gran número de jóvenes de los redactores, usan en sus conversaciones las expresiones más ofensivas y más irritantes contra mí? Ignoro que por todas partes se habla de mi ignorancia, de mi puro charlatanismo, de lo preocupado que estoy de mi mérito y del desprecio que merecen mis ideas, mi lenguaje y mis escritos? ¿Creen que ignoro,

No recordaba, también, Sarmiento que una vez le escribió a Rivadeneira pidiéndole por gracia que suprimiera tal o cual frase en su último artículo y que el escritor granadino don Juan García del Río, a la sazón en Valparaíso, intervino enérgicamente pidiendo que no se tocara el manuscrito, "pues yo cargo con la responsabilidad de conservarlo tal como está"? ¡No aprovechó, también, el implacable Sarmiento, la llegada, por esos días a Santiago, del libro *Les animaux peints par eux mêmes*, en el que a guisa de prólogo se habla de un congreso de animales en el que la oposición la forman los carnívoros, la derecha los sostenedores de todos los gobiernos constitucionales, desde el buey, el carnero, el camello y toda la gente cornuda y de pesebre; y la parte baja, la canalla sin opinión propia, *le ventre*, los reptiles, tortugas, sapos, culebras, mientras la zorra aparece en el centro a fin de no comprometerse; no aprovechó esa fantasía de buen humor, para agregarle un capítulo especial en que pintaba a ciertos literatos hostiles y refería la historia del gallo, bípedo célebre definido por Aristóteles, emblema del valor, compañero de Esculapio, que le

que se martillean versos para llamarme escritor estrafalario; que se afecta un menosprecio, y se ceban en un odio encarnizado, y que ni aun se dignarán contestarme! Creen, pues, que es posible que un hombre tolere, sufra y se calle, aunque se sienta ya tomado de los cabellos, para arrastrarlo por el fango; para concitarle el desprecio general; para hacerlo pasar plaza de un miserable charlatán e ignorante! Pero yo no me someteré voluntariamente a las humillaciones que me deparan. Preocupado de estas ideas, he entrado a combatir el artículo Romanticístico; no por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello; y resuelto a defenderme me he propuesto herir de muerte, sin piedad, sin mesura, usando de las mismas armas que de palabra y por escrito han usado contra mí. ¡Se habla de charlatanismo, de presunción, de ignorancia! Yo haré, si puedo, caer esos dardos sobre otras cabezas que la mía, y si no puedo, me someteré vencido, pero no humildemente. ¡Les duele cuando hiere el amor propio de los que escriben! ¡Ah! Juzguen, entonces, quién deberá sufrir más, si ellos que están en su terreno, y que son muchos, y yo que soy solo y a quien se intenta humillar a cada momento con las palabras que he citado y con la de extranjero; yo, que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública, yo, que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!

¡Están esos jóvenes persuadidos, en efecto, de que soy un miserable charlatán, un copista, como dicen, un ignorante! Pues bien, los desengañaré hasta donde pueda, o se convencerán de su desacierto. Que escriban sobre cosas espelucativas".

cantó tres veces a Pedro cuando hubo negado a Cristo, que es francés, de donde gallus, galo, galico, galicismo? Pero hay gallo de gallos, argüía Sarmiento: "El gallo que vino a América, decía el cuento, llamado gallo castellano, viste de jerga gris, como padre franciscano. Llámanles brutos a sus descendientes para distinguirlos del gallo inglés, que llaman fino por ser extranjero. A Chile le habían introducido recientemente algunos pollos mestizos, que no eran tan castizos como los brutos refinados del país, y por tanto no hablaban tan bien el castellano". Terminaba Sarmiento su alusión asegurando que si se promoviese un certamen sobre lenguaje, el polluelo extranjero, haciendo de tripas corazón, cantarí su ki, ki, ri kiii, provocando la risa, mientras la "jaca castellana despaturrada" entonase Chriiis... to... na... eióoooo!!! y arrancando aplaudos. "Don Andrés Bello, recordaba Sarmiento, al evocar lo anterior, aplaudía como el golpe maestro de la composición la h del Cristo, sin la cual el Cristo nació que oyen las comadres, el canto del gallo pierde su significado tradicional. Lastarria se pasa a nuestras filas con armas y bagajes, y la polémica toma nuevas formas".

En efecto, aunque la alusión era cruda, la verdad andaba de parte de los emigrados: primero Lastarria y luego otros de los escritores chilenos, comprendieron que la razón estaba de parte de Sarmiento, que él representaba en ese instante el espíritu del siglo, la novedad y la libertad en arte. Con razón escribió más tarde Sarmiento: "La verdad es que hicimos muchísimo bien a Chile, despertando a la juventud, iniciando mejoras, creando diarios, escribiendo; y escribiendo cosas buenas, hijas de esa misma exaltación febril del espíritu, como se ve en el Facundo, en la Oración a Casacuberta, y en cien artículos de la prensa de diversas plumas, que llevaban la aceptación hasta Bolivia, residencia de Mitre, Frías, Paunero; hasta el Perú, donde tomaban interés todas las gentes de letras en aquellos debates".

Corren los días y luego Lastarria, aunque no lo dice en sus *Recuerdos literarios*, acepta las ideas de progreso artístico sustentadas por Sarmiento: de esta manera, los que comenzaron impugnando al emigrado terminaron por estar de su parte decididamente, mientras en la oposición formaban los conservadores y los partidarios de don Andrés Bello.

En adelante Lastarria será camarada de Sarmiento. Bien se va a llevar esa mutua confraternidad en dos espíritus tan recios y tan altos, aunque no ha de ser de larga y pacífica duración.

Ya Sarmiento no estaba solo con sus coterráneos: les comenzaba a unir un interés análogo aunque se interpusiese entre ellos, por el respeto que don Victorio tenía por ella, la figura venerada de Bello. Porque en más de una ocasión las saetas fueron disparadas contra la severa figura de don Andrés: primeramente cuando Sarmiento pedía el ostracismo del director de aquellos estudios, aunque más tarde retirase la intención de ese juicio, y luego cuando López hablaba de "haber sentido las bases de ese discurso y de esa sociedad de un modo neto y claro, sin necesidad de haber escrito tomos sobre los griegos y los romanos y otros disparates como éstos".

Los resultados de las impugnaciones de los escritores argentinos no se habían hecho esperar, pues teniéndose por ofendido el honor nacional con el hecho de que los argentinos apoyaran la reforma que Lastarria había promovido y que se dijera que el peluconismo ⁽¹⁾ tenía no poco parte de culpa en la falta de producción literaria, surgió un interesante movimiento intelectual cuyas obras fueron la mejor prueba de que el espíritu nacional solamente estaba adormecido, aguardando la varilla mágica que había de despertarlo. Entonces aparece *El Semanario*, en torno del cual se congregan los jóvenes de la sociedad literaria: los dos Bilbao, Manuel y Fran-

(1) Pelucones y pipiolos, o sea conservadores y liberales.

cisco, Francisco Astaburuaga, Jacinto Chacón, Juan Espejo, J. M. Hurtado, Hermógenes Irisarri, Eusebio Lillo, Santiago Lindsay, F. de P. Matta, Anacleto Montt, J. A. y Ramón F. Ovalle, Javier Rengifo, Domingo Santa María, no pocos de los discípulos y adeptos de don Andrés Bello, como don Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejos, Francisco Bello, a quienes el sabio venezolano decidió a tomar parte en la confección de la revista. Días antes de aparecer *El Semanario*, ha recordado don Victorino que le aconsejaba don Andrés, “no hiciéramos un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido: porque debíamos aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo: porque el movimiento iniciado por nuestro discurso podía así ser bien servido, sin sublevar recelos, sin enajenarnos el apoyo y la cooperación de todas las inteligencias distinguidas”; consejo que siguieron rigurosamente, dando pruebas de una moderación que sólo se había de enturbiar con las alusiones de un artículo literario. Fué así como al aparecer el segundo número de *El Semanario* y con motivo de un trabajo de don Salvador título de don Vicente Fidel López sobre romanticismo y classicismo, para impugnar sus ideas; y después de una carta escrita por don José Joaquín Vallejo, en la que se burlaba de Sanfuentes dedicado al Romanticismo, en que aludía a un arcaica moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las intelectualidades nacionales, en la que desafiaba además al mencionado amigo a que se preparase a recibir el sacramento de esa penitencia, leyendo el artículo de López y rogándole que le avisara “si el castellano en que está escrito es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; porque ¡juro a Dios! que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces”, se suscitó esa sabrosa polémica

entre clásicos y románticos que había de contribuir eficazmente a despertar un vivo interés por el naciente movimiento literario, ya que una vez más, como había sucedido antes cuando el discurso de Lastarria, saltó Sarmiento a la palestra con uno de esos artículos de polémica en que tundía a golpe de pluma a su adversario, concediéndoles toda la razón a los jóvenes iconoclastas que hacían del romanticismo una enseña de libertad: “Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias, decía el autor de *Facundo*, haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro, el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere. Con que, digan no más, que estamos esperando ver por donde revienta esa apotegma. ¿Desprecios y desdenes? ¡Buf! ese es nuestro plato favorito! ¿Raciocinios, ideas, luces? Las analizaremos. ¿Faltas de lenguaje? Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa, la media en filosofía de lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que, mientras ellos pretenden representar la literatura nacional, no se ha de ver una chispa de pensamiento, ni de la espontaneidad. Puede ser que cuando les hayamos batiendo bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo les falta de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que tiene por definición “la filosofía es la ciencia de la vida”, de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad, sin ataque de personas; por qué no simpatiza con la causa de los principios liberales; por qué no se mueve con ellos, por qué no vive de nada, ni representa nada; por qué hace farsa de las lo-

querías de San Andrés del Plata, donde los principios que ella representan juegan a la chueca con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién se ha levantado la inquisición política, y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo y vean en seguida adonde se sientan”.

Este artículo de Sarmiento produjo la dolorosa desgarradura de un golpe de florete tirado a fondo, a lo más delicado de la pacata sensibilidad santiaguina. Sanfuentes, y con él casi todos los redactores de *El Semanario*, se sintieron heridos ante aquel ataque brusco y rudo del sagitario argentino, ataque que más que un reto de la pluma parecía un bien seguro masazo.

La vida de *El Semanario* corría riesgos de peligrar si se extremaban ataques tan directos y crudos y el directorio de la revista acordó que se publicara una contestación en la que Antonio García Reyes pondría fin a la polémica con un artículo; pero, como quiera que éste no era menos violento que López o Sarmiento, enderezó una respuesta durísima contra este último, asegurando que *El Semanario* seguiría su camino y, cuando saliese a la palestra un caballero, le daría una contestación atenta y cuando el impugnador fuese “un hombre de cancha, se desdeñará de combatir con él”. En el cuarto número de la revista se dió a la estampa esta contestación y antes que produjese el efecto que era de esperar en el ánimo de Sarmiento, Lastarría le contestó una noche: “tuvimos con él, dice, una ardiente entrevista, en la cual, sin faltar a la amistad que manteníamos, le hicimos enérgicas recomendaciones y le llamamos a la razón”. La influencia del amigo pudo más en el autor de *Facundo* que su amor propio lastimado, contentándose éste solamente con poner punto final a la polémica en un editorial tranquilo de *El Mercurio*, en que aludía al artículo de García Reyes, en tono de chanza, y en una carta dirigida a Lastarría, que constituye el más ardiente y sincero desahogo de ese temperamento de excepción: “¿Les due-

le, le escribía, cuando hiero el amor propio de los que escriben? ¡Ah! Juzguen entonces, quien deberá sufrir más, si ellos que están en su terreno, y que son muchos, o yo, que soy solo y a quien se intenta humillar a cada momento con las palabras que he citado o con la de extranjero; yo que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública; yo que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!"

Poco más de medio año duró *El Semanario* y en sus páginas se ventilaron los más interesantes problemas de la época y se estimuló altamente el movimiento literario; su muerte debióse a las dificultades pecuniarias que exigía su mantención y al hecho de haber aparecido a fines del año 42 un gran diario, *El Progreso*, en cuyos fines cabían los propósitos

COSAS DE LOS TIEMPOS

LA mejor parte de este movimiento, casi toda esta viva acción cultural, se le debe a Lastarria, péseles a cuantos han pretendido silenciarle o negarle. Sin su interés para constituir la Sociedad Literaria, que presidió; sin la acción constante en sus clases desde 1837; sin su ascendiente sobre los jóvenes; sin su discurso, que promovió tan ardientes opiniones; sin su actividad para fundar *El Semanario*; sin la amistad de don Andrés Bello, que le ganó el concurso de Sanfuentes, Vallejo y de su hijo Francisco; sin su amistad con los emigrados argentinos; sin su actividad, su entusiasmo, su gusto, su cultura, su prestigio ¿acaso se habría realizado todo lo que se hizo y cuanto se iba a hacer más adelante? ¿Qué habría sido, sin Lastarria, del brillante certamen que celebró la Sociedad Literaria en 1842, para estimular a los jóvenes que lucían sus primeras armas en las letras y en el que el propio

don Victorino fué el vocero del triunfo y en el que salieron vencedores cuatro jóvenes, más tarde ilustres?

Lastarría no sólo dirigió a los nuevos, infundiéndoles el alto ejemplo de su entusiasmo, sino que fué para ellos algo más que un maestro y un amigo; les enseñó el gusto por la literatura, el cuidado por los buenos modelos y las excelencias del estilo. Su cátedra de Derecho Público pasó a ser algo más que una tribuna, desde la cual ejerció su fecunda acción cultural y política: fué el refugio del maestro, la *Civitas Dei* del ideólogo, en torno de la cual despertaba la actividad de toda elevación espiritual con el inquieto bordoneo que anuncia cada acción fecunda, tal en el amanecer de una colmena y antes que las diligentes obreras tiendan el vuelo. No importa que vayan contra las costumbres, ni que riñan en sus hogares si se les moteja de atrevidos; el apostolado de las letras les otorgará compensaciones más altas que las mezquinas reyertas de los envidiosos y de los civiles; Lastarría es un apóstol ante ellos, porque se les aparece con el amor y el don del sacrificio. Los frutos no se hacen esperar: su clases de Derecho Público y su acción constante en los cenáculos, en la amistad, en el libro, anticipan las audacias de quienes como Francisco Bilbao intenta el primer golpe de picota contra los cimientos de la sociedad del año 44, que prolonga la santa quietud de la Colonia. ¡Pero también Francisco Bilbao había sido alumno de don Andrés Bello!

¡Qué luchas, qué polémicas fueron aquellas! ¡Cuánto ardor y cuánta pasión pusieron en sus zurriagazos los del bando trasandino y los del lado chileno! Y si la sangre jamás llegó al río, las palabras, en cambio, fueron más cortantes que hojas toledanas y más agudas que estiletos de Florencia. ¿No recordó el propio Sarmiento aquellas polémicas, treinta y nueve años más tarde, en uno de los sueltos y livianos artículos, publicado en la *Nueva Revista* de Buenos Aires?: “¡Ah, no sé cómo no me morí esos días a fuerza de sustos! Y, sin embargo,

lo que son las cosas de este mundo! Al tercer día estaba furioso todo Santiago; al cuarto empezaba a aburrirse de estar enojado; al quinto una ligera sonrisa desarrugó algunos mustios y sañudos semblantes, y tantas desvergüenzas les dijo a los literatos chilenos *El Mercurio*, y tan bien fundadas eran sus razones, que el público sensato acabó por reírse y cuando *les rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado”.

Pero, en lo más íntimo de su amor propio Sarmiento estaba profundamente herido: se había visto el blanco de los odios más violentos y si es cierto que la polémica sobre el romanticismo había comenzado sobre una cuestión gramatical, luego tuvo ribetes personales, aguzándose la causticidad hiriente hasta rayar, más de una vez, en el insulto. Don Victorino, que había comenzado combatiendo a Sarmiento desde *El Semanario*, acabó por ser su mejor amigo y su más leal aliado. ¿No lo recordaba el propio Lastarría al trascribir en sus *Recuerdos literarios*, la carta siguiente de Sarmiento?: “Hace mucho tiempo que he renunciado a la amistad de la juventud ilustrada de Santiago. Sea que no me hayan creído digno de merecerla, sea que yo no he justificado título alguno para aspirar a ella, sea, en fin, que la reconcentración de mis hábitos de vida no hayan dado lugar para que tales relaciones se estableciesen, lo cierto es que no he contado entre la juventud inteligente con otro amigo que usted, que tuviese motivos de creer sincero al menos. Usted, pues, que me ha tratado de cerca, ha podido juzgar, si no me engaño, de la pureza de mi corazón, y de mis cordiales simpatías por la juventud chilena y los intereses liberales del país”.

“EL SIGLO” CONTRA “EL PROGRESO”

ENTRE tanto, el tiempo y los acontecimientos políticos comenzaban a cambiar y con ellos a alejarse Sarmiento de los amigos que había conquistado tras la áspera polémica. El partido conservador dominaba en el poder haciendo ser-

tir su autoridad duramente: Francisco Bilbao acababa de ser condenado tras la publicación de la *Sociabilidad Chilena*, y los pocos que sustentaban el credo de las nuevas ideas, defendiendo la independencia del espíritu, se veían obligados a pagar bien caras sus audacias, primero con el aislamiento y luego con los castigos. Después de la pasiva tolerancia con que había sido aceptada la acusación contra Bilbao, el partido pelucón cobró más seguros arrestos para acabar con toda iniciativa liberal y ahogar el naciente movimiento intelectual. La Universidad y la Corte Suprema, en la condena de Bilbao, acababan de anticipar una saludable advertencia para cuantos intentasen seguir las mismas aguas. Lastarría, celoso defensor de toda necesaria reforma democrática, no hacía sino alejarse del Gobierno, mientras Sarmiento se apegaba más y más a él o más bien dicho a Montt, que era el alma misma del ministerio. Los elementos liberales estaban dispersos, mientras la reacción conservadora ganaba terreno. Poco más tarde, al iniciarse el segundo período presidencial del presidente Bulnes, las cosas iban a cambiar momentáneamente, alejando a los conservadores del Gobierno, pero, mientras tanto, a fines del año 43, sucedía lo contrario.

Sarmiento se había alejado de *El Mercurio* para hacerse cargo de *El Progreso*, órgano que contaba con el apoyo decidido del Gobierno. Bien comprendió Rivadeneira que el apasionado Sarmiento era demasiado procaz para convenirle al frente de la redacción de *El Mercurio*. ¿No reconocía esto el propio autor de *Facundo*, cuando le decía a Lastarría en una carta: “quiero al país porque en él he sido feliz, y quiero a una docena de amigos porque vivo entre ellos y me estiman y aprecian; pero apenas tomo la pluma hago un disparate”?

Lastarría y con él los jóvenes liberales Juan Nepomuceno Espejo, Santiago Urzúa, F. de P. Matta, se habían asilado en *El Siglo*, diario que era en cierto modo la prolongación de

El Crepúsculo, muerto tras la condena de Bilbao, que en sus columnas había publicado su *Sociabilidad Chilena*.

Matta, como Francisco Bilbao, era uno de los jóvenes que, por aquellos años, contaba con una preparación intelectual más acabada: gran lector de Vico y Michelet era un buen hermano espiritual del autor de la *Sociabilidad Chilena*. Como escritor político dejó en la prensa de entonces jugosas pruebas de su claro talento. Más que un liberal era un eclético en política que, en más de una ocasión, según lo ha reconocido Lastarria, combatió ardientemente a los liberales cuando trataban de organizar un partido. ¿Acaso toda su doctrina no era un eco de la filosofía fatalista que había bebido en las obras de sus maestros?

Juan Nepomuceno Espejo, por la inversa, tenía una instrucción exclusivamente política y era un convencido defensor de toda reforma democrática. Antes que un intelectual era un intuitivo con cierta romántica suficiencia. Fué el más sañudo enemigo de los emigrados argentinos, sobre todo cuando éstos se plegaron decididamente del lado del Gobierno.

Espejo y Santiago Urzúa habían fundado *El Siglo* en abril del 44 y cuando se diseñó abiertamente la campaña para organizar el partido liberal, lo tomó a su cargo Lastarria, desde cuyas columnas inició pronto una reñida campaña en bien de la reforma democrática.

No transecurrió mucho tiempo sin que tuvieran que chocar con Sarmiento los redactores de *El Progreso*. El escozor de la polémica sobre la gramática y el romanticismo mantenía las brasas vivas del encono bajo la aparente ceniza de la indiferencia. Al publicar *El Mercurio* las impresiones de viaje de Alberdi, *El Siglo* habló de "bagatelas que olían a nada", aguzando una vez más el rencor contra los argentinos. No tardó *El Progreso* en recoger el guante del desafío. El 13 de mayo de 1844, todo el editorial de *El Siglo* apareció dedicado a sustentar el manifiesto de las aspiraciones liberales, impug-

nando abiertamente las ideas de *El Progreso* que, a su vez, no perdonaba ocasión de zaherir a aquél: “Digan lo que quieran, *El Siglo* representa las ideas de reforma, de sociabilidad, mientras que *El Progreso* no representa nada de lo nuevo; él se ha constituido en pasado para nosotros, y bajo este aspecto es que siempre le hacemos una guerra honrosa, guerra de ideas, de moralidad, de civilización! Allá no se aviene mal que el joven luche con el viejo; bien puede compensarse lo “niño del *Siglo*” con lo “calvo de *El Progreso*”.

La alusión a Sarmiento era harto directa y harto hiriente para que éste no hubiera de saltar como herido por artera agresión. En efecto, dos días después, bajo el título de *¡Gruesa avería!* podía leerse lo siguiente en el segundo editorial de *El Progreso*: “*El Siglo* empieza a hacer agua, según lo afanado que se ve a su equipaje en calafatear el acribillado casco. Ya van tres artículos de carena; el del lunes es el de más seria reparación que ha aparecido. Esta vez nos han puesto la quilla de costado para tapar los agujeros. Es lástima que no bien salida del astillero la barquilla *Siglo*, se haya inutilizado. ¿Pero qué otra cosa podía esperarse? Navegar sin lastre, sin piloto, con una tripulación bizoña y alborotadiza, que no conoce los mares, que toma los arreboles del horizonte por costas floridas y dirige la proa en medio de la obscura noche, sin respeto a los escollos que erizan al proceloso mar por donde boga”. El editorial, a vuelta de otras consideraciones, termina con las siguientes palabras: “Segunda época de *El Siglo*. Van sin timón... sin guía... La razón y el sentido común quedan olvidados en el puerto. ¡Dios te ayude, y te saque a buen puerto, graciosa barquilla!”

Fué este artículo la palabra que faltaba para que hiciese irrupción el procaz insulto. Acaso Sarmiento los había herido muy hondo, en lo más íntimo de su amor propio, porque el 18 de mayo podía leerse en *El Siglo* el siguiente aviso: “Los birlocheros que deseen comprar un buen surtido de caballos

cuyanos, con todas sus cualidades características, y además educados por un método moderno, pueden pasar al *Progreso* que allí encontrarán con quien tratar. Tiene, además, la ventaja de saber leer y escribir por la ortografía americana, redactada con gloria y honor por Monsieur Sarmiento, o maese, como lo llama *El Progreso*. Corren, como ningunos, para atrás y para adelante: relinchan con la maestría que hablan y escriben sus compatriotas loros, y en fin, son buenos animalejos hasta para tirar carretas cargadas con todo lo más pesado que produce la República Argentina. Sus escritores”.

La ofensa había partido de los chilenos, fuerza es reconocerlo, en honor de Sarmiento: con ello acaso querían vengar los denuestos que éste había prodigado en la polémica del año 42. Pero Sarmiento no era hombre de dejarse amilanar por nadie. Serena y enérgicamente les replicó con la siguiente carta dirigida a su diario, que pedía insertar en forma de aviso: “Señor E. E. del Progreso: Sírvanse ustedes reproducir por cuatro días consecutivos, el aviso con que el señor don Juan Nepomuceno Espejo me ha favorecido en el *Siglo*. Hay cosas a que no debe replicarse, y personas a quienes sería demasía prometerse ni justicia ni medida. Están hechos así, y ya no es tiempo de que se limen. En cuanto al juicio que el señor Espejo hace sobre la ortografía americana, como el de cualquier otro de mis trabajos literarios, es el mismo a que ya me ha acostumbrado la prensa. Mi nombre no ha sonado nunca en ella, sino bien adobado de vejaciones y de injurias. Esto seguirá siempre, y no hay motivo de quejarse. — Domingo F. Sarmiento.

Cuatro días consecutivos se publicó, en efecto, esta carta y entonces la sangre llegó al río; Juan Nepomuceno Espejo que era, de entre los redactores de *El Siglo*, el más intemperante y apasionado, no aguardó más tiempo y, el mismo día, agredió a Sarmiento, al salir de la casa de *El Progreso*. Fué impetuoso aquél en el pugilato y prudente éste: los mojicones

no hicieron sino exacerbar tal enemistad y dividir más y más a los dos bandos, poco antes cordiales.

EXPLICACIONES Y RESPONSABILIDADES

EL día siguiente de la reyerta, aparecía en *El Siglo* una carta de Espejo, en la que decía a Sarmiento que si se había publicado el aviso del día 18, la culpa era suya, pues no se hizo otra cosa que corresponder a sus constantes ataques: “Léase un número cualquiera de *El Progreso*, desde la aparición de *El Siglo* y júzguenos como se quiera, si en la mayor parte de ellos no se suscitan enconos y resentimientos particulares; si en todos ellos no aparece un redactor escribiendo con veneno en lugar de tinta y cifrando toda su gloria como escritor, en perjudicar de todas maneras a los que conspiran hacer algo por el bien de su patria. Y procediendo con la ligereza del señor Sarmiento, ¿no podría decir que este redactor es don Domingo Faustino Sarmiento? ¿No podrán hasta llegar a asegurarlo con la opinión casi general y antecedentes más claros?” Toda la carta seguía en ese tono, ya más conciliador y tranquilo, porque tras la tempestad comenzaba a apuntar un rayo de sol en aquel cielo tempestuoso. *El Siglo*, siempre con el empeño de aparecer ante el público más decente y generoso que *El Progreso*, abandona desde hoy la escandalosa polémica a que se ha dado lugar este diario en sus artículos, más que personales, groseros”. Luego, queriendo echar al olvido lo pasado, y buscando una reconciliación caballerosa, terminaba: “Hemos patentizado la impotencia del que escribe, pero no hemos buscado como un resorte de ataque la nación del escritor. Marche, pues, *El Progreso*, en paz y en orden, cuide de la moralidad de sus redactores, y entonces obtendrá la más completa absolución de *El Siglo*; aún más, se dirá su amigo y compañero”.

Entre tanto ¿cuál era la actitud de Lastarria, amigo de Sarmiento y cabeza visible y responsable de *El Siglo*? Don Victorino se encontraba en *El Siglo* entre sus mejores amigos, haciendo desde sus columnas “la oposición más decente, más noble y más leal que jamás se haya hecho al Gobierno de Chile: ese diario cuya divisa era Bulnes sin Montt, atacaba francamente un orden de ideas opuesto al nuestro, sin tocar jamás a las personas, sino en cuanto representaban esas ideas”.

También los rayos del Júpiter argentino habían alcanzado hasta don Victorino, que en su orgullo y en su amor propio era un pararrayos celeste, capaz de desafiar las más altas iras del cielo. Apenas se habían cambiado los primeros ataques entre los redactores de *El Siglo* y *El Progreso*, Sarmiento le enderezaba la siguiente carta a Lastarria: “Muy señor mío: No deseo explicaciones de parte de usted y no estoy dispuesto a darlas tampoco. Como usted no ha podido estorbar que *El Siglo* me injurie, me eche en cara que soy asalariado y extranjero, no obstante habérmelo prometido, y como no sé quien escribe en él, sino que usted es el dueño de la imprenta para su negocio, y para su elevación política; me dirigiré a usted siempre que quiera desbaratar los hipócritas ataques de su diario, y descubriré al público los motivos puramente personales que usted tenga para llevar un diario. Esta prevención le indicará a usted que toda armonía e inteligencia entre ambos ha cesado, y que no quiero ser el juguete de usted o sus órganos. Quedo de usted. Sarmiento”. Al pie de esta misma carta, que hemos tenido a la vista entre los originales del Archivo íntimo de Lastarria, aparece escrita, de puño y letra de don Victorino, la siguiente contestación: “Señor Sarmiento: Acuso recibo de la declaración de guerra que usted me hace, previniéndole que no sufriré de usted ofensa ninguna contra mi honor. Lastarria”. Luego, en la misma carilla descolorida, también escrita por el propio Lastarria, se lee el siguiente llamado aclaratorio respecto de la afirmación

de Sarmiento sobre la promesa de que no se insultaría en *El Siglo*: “El conspirador, deseoso de regularizar las discusiones de la prensa prometió al señor Sarmiento que *El Siglo* no le insultaría, mientras este redactor no insultara a los redactores de este diario: ha hecho lo posible por guardar su promesa, pero como no le era dado forzar a *El Siglo* a que sufriese los epítetos de miserable, cínico y otros con que le regala el señor Sarmiento, le dejó usar de represalias, ¿y qué hacer? Quiere el señor Sarmiento que los redactores de *El Siglo* sean tan cínicos que se lleven sufriendole con paciencia toda la vida. El conspirador se cree relevado de su compromiso”.

LASTARRIA Y SARMIENTO

PERO transcurrieron los años: el tiempo es el más evangélico perdonador de injurias. Sarmiento partió de Chile un día recordando con gratitud a sus buenos amigos de Santiago y hasta a aquellos que fueron sus enemigos de un momento y de una circunstancia. La interrumpida amistad con Lastarria fué reanudada para no quebrantarse jamás. Cada cierto tiempo Sarmiento le escribía: primero en 1852, para agradecerle el envío de su *Historia Constitucional de medio siglo* y decirle que se encuentra en un estado de perfecta *volte face*, de revolución de sus ideas: educado en la escuela francesa ha visto con dolor que los hechos han fallado y la doctrina también: “Hacer la historia de las evoluciones parlamentarias de la Europa, es hacer la necrología de todas las verdades porque hemos combatido. Los golpes de Estado, las constituciones de *par la armée*, son el fruto de aquella escuela, y la reacción que nos invade por todas partes. Ahora y desde estos últimos años, me he vuelto a otro sol que no se eclipsa, que ninguna nube oculta: los Estados Unidos. Como teoría, como hecho práctico, como poder, como influencia, co-

mo porvenir, por todos aspectos la democracia allí la encuentro fuerte, consistente consigo misma, y dominante aún como hecho. Pero ¿cómo hacer entrar en nuestro modo de ser aquel sistema de gobierno, cuyo mérito consiste en ser fruto y realización de las simples nociones del buen sentido? Por lo que a Chile respecta, lo veo alejarse más y más de aquel camino, acaso porque se siente hoy más que nunca solicitado a dirigirse a él. Yo me he encerrado hoy en el Monitor de las Escuelas Primarias desde donde predico la democracia para Chile. Nada más puedo”.

Poco más tarde, en carta sin fecha y sin referencia del lugar en que fué escrita, Sarmiento le dice a don Victorino, a vuelta de otras razones y en tono perfectamente familiar: “Educación, inmigración, morera, libros de instrucción, no dejar impunemente desenvolverse la influencia de Rosas; proteger a los inmigrados en Chile, he aquí lo que yo suministraré. La política no tiene costado por donde interesarme. Escribame, pues, y para un mal que puede hacerse grave. Yo lucharé contra viento y marea como es mi costumbre, y después de desafiar la tormenta, llegaré a puerto desmantelado quizá, pero sin sucumbir”.

El 12 de septiembre de 1855, Lastarria le envía a Sarmiento una larga y prolija epístola, que tiene el carácter de un verdadero memorial sobre la política conservadora, con motivo de la contestación dada por éste a las afirmaciones del diputado Frías: “El que suscribe por paga, le decía Lastarria, puede excusarse de mil modos, pero el que defiende a los ministros sin más que porque lo son, no tiene excusas; es un loco o es un malvado, que confunde todos los principios, que atropella la moral, que no tiene regla, en fin, a que atenerse ni criterio para juzgar. ¿Y cuál es la razón de semejante barbaridad? ¡El principio de autoridad! ¡Y es un cristiano quien habla así! No, que es un católico, de la rama de aquellos que siempre han escalado la autoridad con el veneno, y

que le han tributado a su adoración con el puñal escondido debajo de la sotana. Vea usted qué pieza es un beato curialista para defender la autoridad, cuando para ellos la autoridad no es otra cosa que la fuerza y el privilegio!" Luego, tras algunas consideraciones sobre la política conservadora que Lastarria cree ver como la imagen de Dios, porque es impecable y pretende sostener una misión de paz en la calle y el arreglo de las conciencias en el hogar, dice: "Era la política que hace crucificar a los cristianos en China, la que manda a la Siberia a los que abren la boca en Rusia, la que los trajo a ustedes los argentinos al estricote en tiempos de Rosas, la que me tuvo a mí en Lima, por dos veces y más de un año como pericote en la cueva, la que llevó a la guillotina en Francia a tantos hombres durante la gran revolución, y a tantos otros bajo el reinado de la restauración y bajo el imperio de esos corsos autores de la moda de los intereses materiales. Esa es, en fin, la política de todos los sistemas, de todas las formas de Gobierno, incluso la inventada por los caciques americanos, y de todos los calaveras y tunantes que proclaman el principio de la autoridad, sin curarse de que sea legítima o no, justa o estrafalaria, bienhechora o mazorquera; el emperador celestial mata para conservar como el zar de Rusia, como los comités de salud pública, como los caciques y caudillos americanos, como los reyes y emperadores por fuerza, como todos los que se apoderan de la autoridad, sin pasiones, y la conservan sin abusos, y solamente para establecer la paz en la calle y el arreglo en las conciencias. Ya veis, querido Sarmiento, que la política conservadora no tiene principio fijo, ni plan, ni sistema y que está dispuesta a servir a todos, así como quien se dispone a defender a todos los ministros. Qué política es ésta, Dios mío: ni cómo puede merecer el nombre de tal, cuando la verdadera política es: "la que conociendo la ciencia del derecho público, y comprendiendo la extensión de un principio general, sabe elegir los medios convenientes y más conformes

a la economía social para ponerlo en ejecución y asegurarles su desarrollo vulgar". Si aquello se pudiera llamar política, ya podría también llamarse lo mismo la conducta de cualquiera de esos pillos que hacen negocios, amoldándose a todas las circunstancias y a todas las ocasiones. No, la política supone ciencia y más que todo, moralidad, y la conservadora no tiene, ni por los cerros de Ubeda, ninguna de esas cualidades. Mirad lo que es esa política, cuando los titulados conservadores están abajo: entonces hacen la guerra a las pasiones sin freno de la autoridad, a los abusos licenciosos de la autoridad, y sólo piensan en reacciones y en revolucionar contra la autoridad para apoderarse de este principio tutelar, fuera del cual no hay para ellos orden público, es decir, orden para sostenerse y medrar, orden para vengarse y dar de palos. Esto me hace acordarme de nuestro amigo Rivadeneira, que cuando describía la matanza de frailes en Barcelona, agregaba con tanto candor, que todo se hacía en el mayor orden. Y en efecto, puede haber orden en todo, hasta en el vicio y el crimen".

Este es Lastarría: ahí está todo el don Vivtorino de la oposición del año 55, que tranquilamente comenzaba a luchar otra vez en bien de las libertades públicas desde su sillón de la Cámara de Diputados. En esa carta tienen un fiel espejo donde ver reflejada la figura moral de Lastarría quienes, como el ligero don José Antonio Torres, han llegado a afirmar que el Lastarría que acababa de regresar del ostracismo, tras el movimiento revolucionario del 51 contra el Gobierno de Montt, se presentaba en la Cámara "lleno de preocupaciones y debilidades por las amarguras pasadas". No; don Victorino no era de aquellos que se amilanan ante los reveses; la pobreza y la incomprensión acendrabán en él sus más firmes convicciones políticas y le daban esa recia dignidad que en él no otorgó jamás concesiones.

RECUERDOS DEL OSTRACISMO

SARMIENTO, al partir de Chile, quedó vinculado por sus frecuentes relaciones epistolares con sus mejores amigos de Santiago: a Montt, a Lastarría, a don Mariano Sarratea, les escribía frecuentemente desde la Argentina y aun en los días de la presidencia de la república, cuando su tiempo era más contado y preciso. Su correspondencia con don Manuel Montt, durante su viaje a Estados Unidos, es cuanto de más completo puede darse y tener presente quien haya de escribir la historia y la evolución de las ideas del autor de *Facundo*. Las cartas a Lastarría, como ya lo hemos anotado, son también de una especial significación, aun cuando su tono es ya más íntimo y cordial. Releed, por ejemplo, el siguiente fragmento de esta epístola, escrita en pleno período de crisis con España, el año 64: "Mi querido Lastarría: habláis a todas las tradiciones de nuestra vieja amistad tratándome en vuestra esperada carta de ayer de tú y vos como se tratarían truhanes. Es nuestro privilegio exclusivo la segunda personal, el plural, y no abandonaré de un tirón esas prerrogativas. Desde los Andes pregunté por vuestra residencia, creyendo encontraros en Valparaíso. Permanezco aquí comiendo ostras e interrogando a estos moluscos sobre la política de Chile. Maldito si entiendo palabra. Os acordáis de una broma que una vez hacía sobre un cartel (suprimido calle) de los Teatinos? Vuestro ministro liberal me hace el mismo efecto. Convengo con vos en que es mejor esperar que se levante la neblina de la mañana, de un gobierno que nace de elecciones menos brutales que las nuestras de por allá. ¡Si así seguimos allá o acá, nosotros, que nos creemos lo más decentito que ha dejado la colonización, me parece que vamos camino de tirar las cartas y entregarnos a los godos que nos reclaman!" Recordemos,

también, esta otra carta amarga, que, de haberla conocido, hubiera pasado un mal rato don Manuel Montt y que, sin embargo, es un eco sincero de lo que acaso sintió siempre Sarmiento, sobre todo en aquellos instantes en que los periodistas de *El Siglo* le llamaban extranjero y le decían asalariado, porque acataba la política del gobierno del general Bulnes, cuando Montt era su ministro y comenzaba a acentuarse la reacción conservadora. “Cuando he venido aquí, le escribía Sarmiento desde Buenos Aires a don Mariano E. de Sarratea, a la sazón ministro de la República Argentina en Chile, y conocido lo que ello es, me congratulo de haberme lanzado en esta vía. Hubiera podido ser en mi especialidad lo que Bello en Chile en la suya, un instrumento pasivo de la ambición de los privilegiados. A mí no me cuadran esas situaciones y no he querido aceptar en mi patria la condición que tuve en Chile quince años, detrás de la silla del Presidente o a la oreja de un Ministro para darles gloria y reputación, mientras que yo quedaba en la obscuridad. Aquí seré nada, menos diputado ni portero en el sentido que en Chile era cuyano; porque es exactamente lo mismo”.

El año 84 Sarmiento le escribía a uno de sus amigos de Chile, poco antes de partir con rumbo a Santiago en su último viaje: “Chile fué mi teatro y le debo los más gratos recuerdos. Quisiera verle antes de morir, como la primera página y la más bella del libro de la vida”. Fué entonces, en Santiago, la última vez que se encontró con Lastarría, amigo de todas las horas de su vida. Sus ideas, afines en instrucción pública, en lo que toca a las libertades políticas, en letras y en filosofía, debieron mantener unidos siempre a estos dos hombres únicos en la cultura americana; pero se interpuso entre ambos la amistad de Montt, que fué pródiga en sus dones con Sarmiento, mientras Lastarría se vió obligado a renunciar a ella primero y a combatirla luego. ¡Mezquinas obligaciones de la vida que a Sarmiento le obligaron a sacrificar,

en más de una ocasión, la integridad de sus ideas, y que a Lastarría le encontraron inflexible, antes estrangulado por la miseria que propicio a las fáciles concesiones!

LAS POLEMICAS DEL DESTIERRO

HOMBRE, hombre, con todos los atributos de los de su raza, en las páginas de estas polémicas, que publicamos en toda su primitiva integridad, aparece como el más vigoroso de los panfletistas, superior acaso al Montalvo de las "Catilina-rias".

En horas de tímidos balbuceos espirituales, frente a Bello, que ejercía un helado magisterio de docencia, Sarmiento salta como el gaucho a la arena: arremeté, pluma en ristre, contra los resabios elasicistas; se burla de los adocenados; fustiga; arrastra con esa elocuencia tan suya, hecha de sinceridad y de violencia. Su voz es voz de trueno y de imprecación: clama por los fueros de la verdad y por los derechos de la juventud en los pueblos, por el sentido de la vida contra la tradición y el frío humanismo. Bello encarna la letra impasible del latín clásico y Sarmiento el empuje del naturalismo libre. Allí donde se enarbola la palmeta él hace restallar el lazo gauchesco. Y, sin embargo, nadie como él sabe ser el mentor oportuno.

El periodista y el escritor se confunden en Sarmiento, como que a hombre tan hombre no era posible pedirle que hiciera su aprendizaje en las aulas. Nada menos retórico que él: en mangas de camisa a veces, con todos los exabruptos de su temperamento vigoroso, se medía poco para dar el zarpazo. Escribía con el hacha de sílex de su manera desenfadada, poniendo cada idea en una frase, como una intención en un golpe. Su ascendiente indígena parece rezumar en sus polémicas

micas de gaucho bravío, que son como el necesario antecedente de su *Facundo*.

Montonero, gaucho de las letras, según le han llamado Menéndez y Pelayo, Lastarria y Groussac, supo trazar de mano maestra su auto-retrato en el *Facundo* inolvidable, que hasta ahora se nos antoja el mejor clamor de la pampa.

Las páginas de estas polémicas, un poco olvidadas, contribuyen a remozar el recuerdo más vivo de la juventud de Sarmiento: de Chile sale definitivamente armado por la vida para las luchas del espíritu, como que en Santiago ha escrito *Facundo* y los *Recuerdos de provincia*.

El ostracismo le ha retemplado ya como a un sagitario que se troquela en bronce.

Armando DONOSO.

EXERCICIOS POPULARES DE LA LENGUA
CASTELLANA

Primera Polémica Literaria

I

“EJERCICIOS POPULARES DE LA LENGUA CASTELLANA”

HE aquí un buen pensamiento: reunir en una especie de diccionario los errores de lenguaje en que incurre el pueblo y que, apoyados en la costumbre y triunfantes siempre por el apoyo que les presta el asentimiento común, se transmiten de generación en generación y se perpetúan sin suscitar ni el escándalo de las palabras indecorosas a quienes la moral frunce el entrecejo, ni el ridículo que provocan las pretensiones de cultura de algunas gentes tan ignorantes como atolondradas, que usan palabras cuyo sentido no comprenden ni están admitidas en el corto diccionario popular. Tal es la útil idea que un estudioso ha concebido al reunir en el opúsculo que a continuación publicamos, aquellas palabras que el uso común ha adulterado cambiando unas letras, suprimiendo o aplicándolas a ideas muy distintas de las que deben representar, o bien usándolas aún después que en los países y entre las gentes que con más perfección habla el castellano, han caído en desuso y han sido substituídas por otras nuevas. Sabido es que cada reino de España, cada sección de América y aun cada provincia de ésta, tienen su pronunciación particu-

lar, su prosodia especial, y que hay modismos y locuciones que han sido adoptadas por cierto departamento, cierto lugar, cuyos habitantes se distinguen por estas especialidades. No andaría muy errado quien atribuyese estas degeneraciones al aislamiento de los pueblos, a la falta de lectura que les haga corregir los defectos y errores en que incurren y que, sancionados por el hábito, carecen de una conciencia que los repuebe y los corrija.

Consiguientes a la idea de que estas apuntaciones que nos han sido suministradas son solamente aplicables al común de las gentes, nos abstendremos de elevarnos con respecto a las formas y los límites que toma el idioma entre nosotros, a consideraciones de más gravedad, buenas sólo para los estudiosos. Convendría, por ejemplo, saber si hemos de repudiar en nuestro lenguaje, hablado o escrito, aquellos giros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desterbillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja y hoy admite una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero, ¿qué se ha de hacer? Todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y quieran que no, enojados y mohinos, la agregan, y que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo.

Tan cierto es esto, que en la mayor parte de los idiomas modernos ni prójimos son la escritura de las palabras con los sonidos que representa, lo que atribuimos nosotros a que en los siglos bárbaros que han precedido a la cultura de las lenguas vivas, poquísimos eran los que escribían, y éstos, como literatos, no admitían en lo escrito la corrupción en que veían iba degenerando el habla popular. Llegó el día en que un gran número se sintió con ganas de aprender a escribir y se encontró con que mis señores literatos escribían como el pueblo había hablado quinientos años antes. En balde fué gritar contra el absurdo y pedir que se escribiese como se hablaba. ¡No, señor! O escribir como escriben los literatos, o no se enseña a escribir a nadie; y ya ven ustedes que el caso era apretado, y fueza le fué al pobre pueblo someterse, a trueque de saber algo, a la voluntad de los susodichos letrados. Lo que nos para los monos, es pensar cómo los españoles han andado siempre tan liberales en su modo de escribir, que han llevado la ortografía tas con tas con el habla, ellos que tan empacados se mostraban contra las otras innovaciones, a no ser que al principio no hubiese literato ninguno, o que hayan acertado en lo que todos los demás pueblos han errado, por la misma razón que han errado en casi todo lo que los otros acertaron. Pero volvamos a nuestro asunto del vocabulario.

Con poca razón achaca Fernández de Herrera a los maestros el descuido y la poca afición que tienen a honrar nuestra lengua. No son los maestros los que corrompen el idioma, son las madres, y al seno de la familia, de donde el mal sale, debía llevarse el remedio. El niño aprende a hablar remedando los sonidos, la acentuación y aun lo que por acá llamamos *tonada*, de los que lo rodean. En vano el pedagogo ha de decirle, no se dice *vía mía* sino *vida mía*, porque luego volverá al regazo materno donde oye a su mamá repetirle *vía mía*, y para él su madre sabe más que todos los maestros juntos. Si en las grandes ciudades se nota que el habla es más correcta,

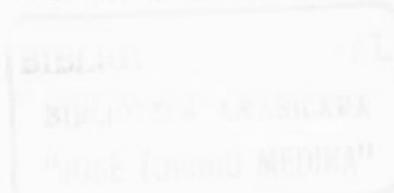
es porque las mujeres sin saber gramática y de puro presumidas han aprendido a hablar mejor.

Las niñas, quienes por naturaleza tienen el instinto de agradar y la malicia de ocultar a nuestra vista todo síntoma exterior de imperfección, están atisbando siempre el habla de sus allegados y en acecho de los defectos de la suya propia para corregirse. Es un hecho que hemos notado siempre que en las aldeas y ciudades de provincia las mujeres son comúnmente más cultas en su lenguaje y en sus modales que los hombres sus hermanos, parientes o amigos; y cada joven que va de la capital o de los colegios a las provincias, tiene tantas discípulas a quienes da lecciones de idioma sin saberlo, como son las niñas interesadas en escuchar sus discursos, razón por la que consideraríamos más efectivo, para corregir los defectos del lenguaje, un buen mozo instruido que todos los maestros y las gramáticas reunidos. Los hombres son más cabeza dura y más abandonados. Las niñas enmiendan una palabra desde que le conocen el defecto, con la misma facilidad que reforman un buen vestido desde que la moda ha pasado. Sepan ellas en que está lo malo, y no haya miedo en que se descuiden en remediarlo. Por eso somos de opinión que si se escribiera un librito en que se recogieran todos los defectos de lenguaje y el modismo o palabra que en su lugar debe usarse, sería visto y no oído, pues todas las puntillosas lo comprarían para salir a la noche hablando como unos calepinos de correctas.

Si el autor de los *Ejercicios populares* se lleva de nuestro consejo, podrá hacer a su país un servicio importantísimo estudiando los vicios más frecuentes en el hablar común e indicando el correctivo. Si agregase a lo que tiene hecho una persona, cuando más no fuese, de los tiempos y participios irregulares de los verbos en cuya conjugación más se equivoca el pueblo, y algo también sobre los plurales de los nombres de formación irregular, adquiriría una celebridad piramidal en-

tre la imberbe ralea, y su librito entraría a figurar un rol distinguido entre las esencias, afeites y chucherías de la *toilette*. En las columnas de *El Mercurio* son estas indicaciones, no obstante su utilidad, gastar pólvora en salvas, primero porque las niñas no leen *El Mercurio*, sino cuando alguien les cuenta que les han andado por las costumbres, que entonces se alborota el gallinero, y van a ver qué indecencias han dicho para achacárselas a alguno a quien quieren mal o a otro infeliz a quien sólo de nombre conocen, porque ya no es la primera que les ha hecho; lo segundo, porque *El Mercurio* tiene la vida de un efímero, nace por la mañana y a la noche está sepultado en el olvido; lo tercero y lo último, porque los que leen son la espuma y nata de la sociedad y no sin razón se creen que nada tienen de populares, y desdeñan por tanto esa clase de ejercicios.

De todos modos, la idea es útil y el medio de corregir el defecto acertado. La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro, se le enseñará a conocer como se dice, pero ya se guardará muy bien de decir como le enseñan; el hábito y el ejemplo dominante podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse con reglas ni con autores; *así es malo, de este otro modo es como debe ser*, la noticia cunde por la ciudad o la aldea, se conversa sobre ello, se dice del libro que dice como debe decirse; habla mal uno y le salta al hocico otro con el *copo*, se arma una disputa, se consulta el libro, y si alguno de los literatos litigantes se lleva un par de puñetazos, apostaríamos la camisa que en su vida se olvida de cómo debe decirse. Este es el camino.



II

SE CONTESTA A UN COMUNICADO (1)

EL autor del comunicado segundo, que publicamos en nuestro número del martes, nos recomienda que nos absten-gamos de dar cabida en nuestras columnas a asuntos como el vocabulario de *Ejercicios populares*; otros consideran que nosotros debimos, al darlo a luz, notar sus defectos, y no faltan malos lectores que hayan entendido que el editorial con que lo anunciamos y el vocabulario eran una misma cosa, ambos hijos de un mismo padre. Ni nos es posible siempre evitar ciertas publicaciones que no dañando a persona determinada, llevan en su misma parición aparejado su correctivo, ni nos hacemos un deber de hacer la crítica de los materiales que se nos transmiten para darles publicidad. Dejamos casi siempre al público estas producciones estrañas a la redacción, y, cuando más, nos estendemos a sacar de ellas una jeneralidad o una idea útil para desenvolverla.

A propósito de los *Ejercicios populares* que insertábamos, quisimos demostrar la utilidad de estos trabajos para la instrucción del pueblo, alias vulgo, y lo acertado del medio adoptado. Quisiéramos, además, que cuando uno de nuestros jóvenes dedica al público la primera ofrenda de su anhelo por la mejora pública, no sea ésta desechada sin miramiento ni cortesía. La crítica debe corregir y no matar, y por más que digan, más vale un trabajo imperfecto que el que no haya ninguno. El examen revela los defectos, la discusión los determina y el convencimiento final los hace desaparecer. Este camino han llevado todos los progresos humanos. No será de

(1) Publicado en "El Mercurio", de 7 de mayo de 1842.

prometerse que nadie emprenda la confección del librito que indicamos en nuestro precitado artículo, ya que tan mal parado ha quedado el que primero intentó algo semejante.

Nosotros vamos a defender ahora al caído contra lo que proviene el adajo. Por no haber comprendido el objeto y fines enteramente populares del vocabulista, han andado escandalizándose los críticos con la substitución de la palabra *astronomía* en lugar de *astrología*. Y bien, ¿es cierto que nuestras jentes vulgares (se entiende que entra en esta clase alguna parte, aunque pequeña, de la que lleva frac) llaman astrología a la astronomía, y astrólogos a los astrónomos? Cansados estamos de oírlo. Y a propósito de este *cansados* y otros modismos vulgares que exprofeso usamos en nuestro artículo sobre los tan vituperados *Ejercicios populares*, nos ha llenado de satisfacción la indirecta contestación que nos ha dado el comunicado sobre una cuestión que indirectamente proponíamos, a saber, si nosotros debíamos repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito aquellos modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, al mismo tiempo que adoptamos los que usan los escritores españoles. Se ha alegado en el comunicado que el que *aleta* del tejado sea anticuado en España, no es razón para repudiarlo entre nosotros, puesto que esta expresión es usada por toda clase de jentes. Hay en esta solución liberal aplicable por analogía a nuestra cuestión, y que puede dar origen a muchos y muy interesantes desenvolvimientos.

III

CONTESTACION A "UN QUIDAM" (1)

En idioma genízaro y mestizo
diciendo a cada voz yo te bautizo
con el agua del Tajo,
aunque alguno del Sena se lo trajo;
y rabie Garcilaso norabuena,
que si él hablaba lengua castellana
yo hablo la lengua que me da la gana.

IRIARTE.

Yo conocí en Madrid una condesa
que aprendió a estornudar a la francesa.

ISLA.

ACEPTAMOS con costas y perjuicios el cargo que con la aplicación de estos versos nos hace el autor de un comunicado que suscrito "Un Quidam" y bajo el epígrafe *Ejercicios populares* insertamos en nuestro número del 12. No nos proponemos demostrar que nuestra explicación es inexacta, ni menos que nosotros vamos por el buen camino cuando hemos querido mostrarnos tan *licenciosamente populares* en materia de lenguaje. En estas cuestiones, como en muchas otras, apelamos a nuestras propias deducciones sacadas de ciertos hechos establecidos, o que pugnan por establecerse, y sin una doctrina o una teoría aprendida en las aulas y recibida como un artículo de fe, sobre cuya evidencia no nos es dado alimentar ningún jénero de duda, examinamos los hechos que nos rodean; y de su conjunto, de su unidad y de su tendencia sostenida, deducimos *a posteriori* la teoría que les da existencia. Sabemos muy bien que la licencia de nuestras ideas en la materia de que hemos tratado en el artículo que precedió a

(1) Bajo este pseudónimo se ocultó, en esa ocasión, la pluma de don Andrés Bello. Este artículo se publicó en "El Mercurio" del 19 de mayo de 1842.

los *Ejercicios populares* y que tantos comunicados ha improvisado, va a suscitar con nuestras nuevas esplicaciones, mayores y más altos clamores de parte de los rigoristas que, apegados a las formas del lenguaje, se curan muy poco de las ideas, los accidentes y vicisitudes que lo modifican. Pero nuestro ánimo es sólo explicar la causa sin justificar los efectos; decimos por qué sucede tal cosa, sin entrometernos a averiguar si ésta cosa es buena o mala. Así, cuando se habla de extranjerismos, cuya introducción en el castellano atribuye nuestro *Quidam* a los que, iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos *de nuestra rica literatura*, se lanzan a escribir según la versión que más han leído, obrada por estos medios, no inculcamos sobre la degradación del idioma, sino que acusamos las causas que la motivan, y que la justifican acaso.

Hemos escogido por tema de nuestras observaciones las más amargas burlas de Iriarte e Isla, no tan sólo por lo que pueden convenirnos, sino porque ellas revelan un hecho que nos servirá de punto de partida. Iriarte e Isla nacieron muy a principios del siglo XVIII, por manera que la invasión del galicismo sobre la unidad del castellano, se ha hecho notar de ciento cuenta años a esta parte. ¿Por qué no se quejaban entonces Iriarte e Isla, y por qué no se quejan ahora como entonces los gramáticos de los *tartarismos* o los *indianismos* que se introducen en el idioma? Sin duda porque no está amenazado de estas invasiones lejanas. Y luego si el *gálico* trata de degradar al español, ¿es por ventura a causa de la vecindad de la España con la Francia? No, por cierto, porque en Chile se deja hoy sentir esta maléfica influencia, según lo nota el *Quidam*, y ya hay un pueblo en América, cuyo lenguaje va degenerando en un *español-gálico*; de donde se colije que hay una causa jeneral que hace sentir sus efectos donde quiera que se habla la lengua castellana, en la Penínsu-

la, como en las repúblicas de América. Y cuando se nos replica que allá como aquí es causada esta revolución por los que *iniciados en los idiomas extranjeros y sin el conocimiento y estudio de los admirables modelos de nuestra rica literatura, se lanzan a escribir según la versión que más han leído*, preguntamos ¿por qué los tales estudian con preferencia los idiomas estraños? ¿Qué buscan en ellos que no hallen en el suyo propio? Se quejan los franceses e ingleses de los españolismos que se introducen en sus idiomas respectivos? ¿Por qué los españoles que no son *puramente* gramáticos, no estudian los admirables modelos de su rica literatura, y van a estudiar las literaturas extranjeras, y luego se lanzan a escribir *según la versión que más han leído*? ¡Oh! ¡Según la versión que más han leído! He aquí la solución del problema, solución que nuestro *Quidam* sin profundizar, sin comprender siquiera, nos arroja con desdén y creyendo avergonzarnos con ella. Eso es, pues, escriben según la versión que más leen, y no es su culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles. Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, o a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán; cuando queremos comprender la historia vamos a consultar a Vico el italiano, a Herder el alemán, a Guizot el galo, a Thiers el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos agrada el mismo Víctor Hugo y Dumas y Delavigne y Scribe hasta Ducange; y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin escluir un sólo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia y costumbres nacionales, hubiésemos de

contentarnos con lo que la católica España diese de su propio caudal; pero, desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lammenais. ¿Con qué motivo de interés real y de aplicación práctica a nuestras necesidades actuales, se quiere que vayan a eshumarse esas antiguallas venerandas del Padre Isla y Santa Teresa y Fray Luis de León y el de Granada, y todos esos modelos tan decantados que se proponen a la juventud? ¿Para adquirir las formas? Y ¿quién suministra el fondo de las ideas, la materia primera en que han de ensayarse?

Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente, que pasarán las aguas y se llevarán en pos de sí estas telarañas fabricadas por un espíritu nacional mezquino y de alcance limitado.

Esta es la posición del idioma español que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España, como en América, se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan.

Y no se crea que no sabemos apreciar sus bellezas ni su capacidad; apuntamos solamente un hecho en sus efectos y en su origen; señalamos lo que los puristas, en el estrecho círculo en que se han encerrado, no alcanzan a comprender, y si presienten la pretendida degradación del idioma, les apuntamos la enormidad de la causa para que no estén en vano dando coeces contra el aguijón. Los gritos de unos cuantos (porque unos cuantos serán siempre los que se dediquen a tan estériles estudios) no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos. Y no hablamos en esto de memoria, como suele

decirse. Vamos a producir nuevas pruebas. Hemos tomado a la ventura el catálogo de una de nuestras librerías, y de cerca de quinientas obras en castellano, sólo cincuenta son ori-jinales, y entre ellas ocupan un largo espacio obras como éstas: *Avisos de Santa Teresa, Camino Real de la Cruz, Despertador eucarístico, etc., etc.*

En el Instituto Nacional, esceptuando muy pocos casos, todos los libros de que se hace uso para la enseñanza elemental son de origen extranjero, y en el prólogo de una de las gramáticas formadas entre nosotros, hallamos estas instructivas palabras: “En la analogía me he valido de las gramáticas de Ordinaire, de Lefranc y la que se titula *El arte explicado*; en sintaxis, el nuevo método de Port-Royal, el curso de lengua latina por Lemarc y la gramática de Lefranc, etc.”

Por manera que los que han renunciado a su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos, en lugar de enseñar nuestros *admirables modelos*, debían ocuparse con más aprovechamiento de sus discípulos, en enseñar el arte de importar ideas y los medios de espresarlas, porque esta es la ocupación primordial del castellano. La España aun no está libre de esa cadena que ha pesado sobre su cuello durante tantos siglos: privada por la Inquisición y el despotismo de participar del movimiento de ideas que con el Renacimiento había principiado en todos los otros pueblos; dominada entonces por ese mismo odio a todo lo que era libre y repugnaba con su unidad católica y su concentración despótica, que muestran los celosos partidarios de la imposible incolumidad de la lengua, quedóse sola en Europa y renunció a su poder marítimo, terrestre, literario y científico; y cuando la mano de la libertad ha venido a despertarla en nuestros tiempos, como despertó a sus colonias, halló a la madre y a las hijas en la miseria y en la ignorancia, sin tradiciones, sin arte y sin ideas. Desde entonces madre e hijas van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas; y con cortas diferencias van a

la par pidiendo cada una de su propia cuenta, porque las necesidades son casi iguales. De aquí nace que la España y sus colonias se alarman con los estranjerismos que deponen en su idioma las ideas que de todas partes importan. Trabájase en España como en Chile en la adquisición de las luces que poseen los estraños, y en España como en Chile se levantan clamores insensatos contra un mal inevitable. El pensamiento está fuertemente atado al idioma en que se vierte, y rarísimos son los hábiles disectores que saben separar el hueso sin que consigo lleve tal cual resto de la parte fibrosa que lo envolvía. Cuando el pensamiento español se levante, cuando el tardío renacimiento de nuestra literatura se haya consumado, cuando la lengua española produzca, como la alemana o la francesa, 4.000 obras orijinales al año, entonces desafiará a las otras estrañas que vengan a degradarla y a injertarle sus modismos y sus vocablos.

Sin tratar de mirar en menos los esfuerzos que el naciente ingenio español hace hoy por elevarse y desplegar sus alas, no nos arredraremos de decir que la influencia del pensamiento de la península, será del todo nula entre nosotros; y que teniendo allí que alimentarse y tomar sus formas del extranjero, no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles. En el comercio de las letras, como en el de los artefactos, tenemos comercio libre, y como los españoles importaremos de primera mano, naciendo de esta libertad misma y de otras con causas que en artículo separado señalaremos que, por más que rabie Garcilaso, bastará en América que los escritores, siguiendo el consejo de Boileau, *aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que más hayan leído*, y que así como en tiempo de Moratín se empezaba a conceder sentido común a los que no sabían latín, se conceda hoy criterio y luces a los que no han saludado, porque no lo han

creído necesario, a Lope de Vega, ni a Garcilazo, ni a los frailes de León y de Granada.

IV.

SEGUNDA CONTESTACION A "UN QUIDAM" (1)

Supongo un pueblo aristócrata en el cual se cultivan las letras; los trabajos de la inteligencia, como los negocios del gobierno, serán dirigidos por una clase soberana. La vida literaria y la existencia política permanece casi enteramente concretada en esta clase, o en las que se le acercan.

TOCQUEVILLE.

En las lenguas, como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades (las del pueblo) como las del habla en que ha de expresarias; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes que autorizarle en la formación del idioma.

UN QUIDAM.

AL contraponer estos dos fragmentos nos hemos quedado largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una República donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones y de donde emanan las leyes y el gobierno. No parece sino que un noble inscripto en el libro de oro de Venecia dijese en el Consejo de los Diez: "Es ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes. No podemos, no queremos autorizarle en la formación del lenguaje". ¡Qué es esto por Dios! ¿Dónde está esa autoridad que no consiente en autorizar al pueblo en la formación del lenguaje? ¿Quién es ese que tan

(1) "El Mercurio", 22 de mayo de 1842.

ridículo halla confiar al pueblo la decisión de las leyes? He ahí, pues, los resultados; emplead toda vuestra vida en examinar si tal palabra está usada con propiedad, si tal otra es anticuada, si tal modismo es vulgar, si la academia lo ha reprobado, si es extranjero, o si lo usó Argensola o Juan de los Palotes, y en seguida subíos a la cátedra a decir... ¿qué?... No importa, con tal que lo que se diga esté arreglado a los admirables modelos de la lengua. Ocupaos de la forma y no de las ideas, y así tendréis algún día literatura, así comprenderéis la sociedad en que vivimos, y las formas de gobierno que hemos adoptado. Creemos sin embargo, que la palabra pueblo tomada en un sentido aristocráticamente falso, ha contribuído al extravío de ideas que notamos. Si hay un cuerpo político que haga las leyes, no es porque sea ridículo confiar al pueblo la decisión de las leyes, como lo practicaban las ciudades antiguas, sino porque representando al pueblo y salido de su seno, se entiende que expresa su voluntad y su querer en las leyes que promulga. Decimos lo mismo con respecto a la lengua: si hay en España una academia que reúna en un diccionario las palabras que el uso jeneral del pueblo ya tiene sancionadas, no es porque ella autorice su uso, ni forme el lenguaje con sus decisiones, sino porque recoje como en un armario las palabras cuyo uso está autorizado unánimemente por el pueblo mismo y por los poetas. Cuando los idiomas, romances y prosistas en su infancia, llevaban el epíteto de vulgares con que el latín los oprimía, se formaron esas academias que reunieron e incorporaron la lengua nacional en un vocabulario que ha ido creciendo según que se extendía el círculo de ideas que representaban. En Inglaterra nunca ha habido academia, y no obstante ser el inglés el idioma más cosmopolita y más sin conciencia para arrebatarse palabras a todos los idiomas, no ha habido allí tal babel ni tal babilonia como el *Quidam* y *Hermosilla* se lo temen. En Francia hay una ilustrada academia de la lengua; pero a más de que se

ocupa de asuntos más serios que recopilar palabras, su diccionario no hace fe, y muchos hay, escritos y publicados sin su anuencia, que son más abundante de frases y de modismos, y que por tanto son más populares. Otro tanto sucederá en España cuando sea más barata la impresión de libros, y aún ahora empieza a suceder.

Cuando hemos señalado la influencia que la literatura francesa ejerce sobre nuestras ideas, y por consecuencia en nuestra manera de espresarlas, hemos creído nidicar las causas que perturban el lenguaje, y la noble disculpa que hallaran a los ojos de la cultura intelectual, ya que la gramática se muestra tan terca, los que embebecidos en los idiomas extraños de que sacan abundante nutrimento, andan perezosos en consultar a los escritores orijinales que no pueden ofrecerles sino formas heladas y estériles. Quisiéramos que nuestro antagonista, ahorrándonos cuestiones que no lo son en realidad, examinase los elementos que constituyen nuestra propia lengua, para que se convenza de que los pueblos en masa y no las academias forman los idiomas. Encontraría entonces impresos en el nuestro las huellas de todos los pueblos que han habitado, colonizado y subyugado la península. El idioma de un pueblo es el más completo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado; y a cada faz de su civilización, a cada período de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos jiros y se impregna en diverso espíritu. Cuando Roma conoció la civilización griega, el latín abrió sus puertas a las palabras que le traían nuevas ideas; a su turno la civilización latina, apoyada en las lecciones romana, encarnó su idioma en los pueblos conquistados; el francés recibió de la emigración griega de Constantinopla un fuerte sacudimiento; y el inglés ha continuado, después de haberse impregnado de voces hebreas, latinas y griegas en sus estudios de la Biblia, al regreso de cada buque importando una palabra más para su diccionario.

Pero una influencia más poderosa, porque es más popular, empieza a sentirse en todos los idiomas modernos y que el castellano en América sufre también, en razón de la nueva organización que las sociedades modernas han recibido. Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras. El panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen; la mezcla y la fusión de las ideas de todos los pueblos en una idea común, como la que empieza a prepararse; el contacto diario de todas las naciones que mantienen el comercio; la necesidad de estudiar varios idiomas; la incorrección y la superficialidad de la prensa periódica y las diversas escuelas literarias; en fin, el advenimiento de tantos hombres nuevos, audaces y emprendedores, hacen vacilar todas las reglas establecidas, adulteran las formas primitivas y escepcionales de cada idioma, y forman un caos que no desembrollarán los gritos de los gramáticos todos, hasta que el tiempo y el progreso hayan sacado al arte como los idiomas, de la crisis que hoy experimentan. En vano decirle a Víctor Hugo, que asesina el idioma, que aprenda a escribir. Inútil; seguirá adelante con paso firme arrastrando en pos de sí a la multitud encantada, hasta ir a sentarse, quieran que no, en las sillas académicas. ¿Qué hacer, Dios mío, con un Dumas que sólo sabe leer y escribir y se mete a componer dramas y se sienta tranquilo en una luneta, a esperar los aplausos que en efecto le prodiga el público más quisquilloso y más inteligente del mundo? ¿Qué hacer? Darle un asiento en la academia y dejarlo.

Un escritor francés que ha conquistado también una si-

lla en la academia de sabios, arrojando a la luz pública un libro que a su turno ha echado un torrente de luces sobre la condición de las sociedades modernos y de las antiguas, de las sociedades aristocráticas y de las democráticas, ha caracterizado admirablemente el tono de los escritos y de la literatura de ambas sociedades. Hablando de la primera, dice: “El *estilo* en ella parecerá tan importante como la *idea*, la *forma* como el *fondo*; su tono será correcto, moderado, sostenido. El espíritu marchará allí con un paso siempre noble, rara vez con un aire vivo; y los escritores se empeñarán más bien en *perfeccionar* que en *producir*”. Hablando de la segunda: “Tomando en su conjunto, dice, la literatura de las sociedades democráticas, no podría, como en los tiempos de la aristocracia, presentar la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte, encontrándose por el contrario descuidada la *forma* y a veces *despreciada*. El estilo se mostrará, por lo general, extravagante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente”. Y bien, ¿a cual de estas dos épocas quieren nuestros puristas pertenecer en la forma de sus escritos? ¿A la aristocrática, eh? Pero mal que les pese no lo han de catar; porque he aquí que nos presentamos nosotros y arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, y sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando sus cuestiones, excitándolo al progreso. Y cuando los inteligentes pregunten quién es el que así viola todas las reglas y se presenta tan *sans façon* ante un público ilustrado, les dirán que es un advenedizo, salido de la obscuridad de una provincia, un verdadero *quidam*, que no ha obtenido los honores del colejio, ni ha saludado la gramática. Pero esto no vale nada. *A cada uno según sus obras*, esta es la ley que

rije en la república de las letras y la sociedad democrática. Y lo que sucede hoy sucederá mañana; porque la forma de nuestras instituciones hace necesarias estas aberraciones, y el estado de nuestra civilización actual no pide ni consciente otra cosa. Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia levante una prensa, y cada partido un periódico, entonces la Babel ha de ser más completa, como lo es en todos los países democráticos.

¡Mire usted en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aun, nosotros aquí apeándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso, y volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la libertad y al progreso! Y luego achacando a atraso “el de un pueblo americano en otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va dejenerando el castellano en dialecto español-gallico”... Entendámonos. Si se habla de los periódicos que redacta el puñal del tirano, convenido, porque allí no hay un hombre ilustrado, un hombre de ciencia; si se habla de lo que escriben los que representan la civilización de aquel país, convenido también; pero hay que notar un hecho, y es que esos literatos, *bastardos* como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; y nosotros, con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesión de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que paremos perláticos con ojos para ver y juicio sano para criticar

y para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, y sin aliento ni capacidad de mover una mano para imitarlos. ¿A qué causa atribuir tamaño fenómeno? ¿Al clima que hiela las almas? ¿A la atmósfera que sofoca y embota la imaginación? ¡Bella solución por cierto, que no sólo condena a la impotencia y a la esterilidad la jeneración presente, sino que insulta a las venideras y pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario? No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infrinjr las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos jenerosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado; aunque a veces sea inesacto; agradaará al lector aunque rabie Garcilazo; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra

democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las esterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla, que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.

Más bien que contestar a nuestro antagonista, hemos querido combatir doctrinas que están jeneralmente admitidas como inconcusas; y cuando se nos acusa de incorrectos y de *gálicos*, hemos sin negarlo, sin paliarlo siquiera, mostrado la irresistible arma que nos causa esas heridas. Hemos querido en cuanto a formas, manifestarnos como somos, ignorantes por principios, por convicciones, dejando las cuestiones de palabras, según decía Herder, *para los que no están instruídos sino en palabras*; y como el zapador que pone fuego a la mecha, aguardamos impasibles la explosión de la mina, sonriéndonos de antemano de la sorpresa y de la rabia del enemigo que en sus atrincheramientos se siente herido, sin saber de dónde ni por quién,

V

EL COMUNICADO DEL OTRO QUIDAM (1)

Le patriotisme exclusif, qui n'est que l'égoïsme des peuples, n'a pas de moins fatales conséquences que l'égoïsme individuel.

DE LAMENNAIS.

MUCHO tiempo había que *El Mercurio* no suscitaba una cuestión que interesase vivamente al lector y le hiciese seguir con ahinco las sucesivas publicaciones de la prensa: devorar el comunicado, improbar el artículo editorial, aplaudir una réplica victoriosa, festejar un golpe en regla, leer en corro, vivir, en fin, del pensamiento de la prensa, seguirlo en cada uno de sus desenvolvimientos, y en cada una de sus faeces. ¡Viva la polémica! Campo de batalla de la civilización en que así se baten las ideas como las preocupaciones, las doctrinas recibidas como el pensamiento o los desvaríos individuales.

El pueblo escucha, cree al principio lo que cada uno de los contendientes alega, la duda sobreviene, se establecen comparaciones, y el juicio propio aleccionado concede la victoria a quien o más razón lleva, o más profundas impresiones deja. Suelen los antagonistas en lugar de razones tirarse tierra a la cara, arañarse también, y no faltan ocasiones en que se hacen heridas profundas y duraderas. Falta de ejercicios... maneras un poco francas, un tanto rudas si se quiere. Pero la continuación... el hábito... la cortesía... la risa de los espectadores también, el criterio, en fin, todo contribuye a quitarle a esta lucha caballerosa lo que de áspero tiene en sus

(1) "El Mercurio", 3 de junio de 1842.

principios. Son las personalidades, la arena y el limo que arrastran las aguas del torrente.

Nos hemos visto, pues, metidos y sin saber cómo en una alta y peliaguda cuestión de idioma, de gramática, de literatura y aun de sociabilidad; porque tal es el enlace y la trabazón de las ideas, que no es posible hablar de idioma sin saber *quién lo habla o escribe, para qué, para quiénes, dónde, cómo y cuando*. Esto es lo que veremos al menos en el discurso de esta polémica. Pero ya que nos veíamos cojidos en la red, quisimos poner la cuestión en términos que removiese los ánimos, suscitase antipatías y aficiones, a fin de que todos los que se interesan en esta materia prestasen atento oído a lo que se iba a decir por ambas partes, y no sucediese lo que de ordinario con los trabajos de la prensa periódica, que pasan de día claro delante de nosotros como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche, sin que nadie se fije en ellas. Y por cierto merece ser considerada; se trata de saber qué estudios ha de desenvolver nuestro joven pensamiento, qué fuente debe alimentarlo y qué jiro ha de tomar nuestro lenguaje; si a este respecto hay doctrinas sancionadas entre nosotros, si tienen el apoyo de grandes y jufificados nombres y la sanción de pensadores de primer orden, si hay doctrinas rivales, si cuentan éstas con el apoyo de la filosofía y la sanción de los hechos. ¿Hay en esto una pretensión insensata y presuntuosa? Eso es al menos lo que dice cada siglo, cada forma de arte, cuando se les presentan sus sucesores a disputarles el predominio de la sociedad.

Voltaire llamaba bárbaro, borracho a Shakespeare, Boileau fanático a Milton; los académicos franceses no habían oído jamás nombrar a Hugo, aunque después su nombre literario llenaba el mundo. Un poco después la Academia ha recibido en su seno a este innovador ignorante, y el borracho Shakespeare y el fanático Milton han arrancado el cetro a los que con asco los rechazaban.

Grande fermentación ha causado nuestro artículo del 22 de mayo, y bueno fuera que no hubiéramos logrado nuestro intento cuando poníamos todos los medios de conseguirlo; pero la primera manifestación de esta efervescencia que ha salido a luz suscrita por *Otro Quidam*, nos saca fuera de la cuestión literaria y nos lleva a otra social, a la que iremos de mil amores, porque lo creemos no sólo necesario, sino también útil y laudable.

Revela el *Otro Quidam* una profunda irritación de ánimo, una cólera reconcentrada que la risa sardónica y la punzante ironía y la amarga burla que afecta, no alcanzan a encubrir. ¿Qué ha podido irritarlo tanto? ¿Qué? ¡La cuestión literaria! ¡Santo Dios! No merecía la pena de incomodarse por ella; mas hay una palabra que a nuestro juicio lo explica todo. El patriotismo esclusivo, es decir, el egoísmo de los pueblos de que habla Lamennais.

El autor del comunicado pregunta quién es el redactor que viene a enseñar doctrinas tan peregrinas, y nosotros vamos a contestarle. Es uno de los redactores de *El Mercurio*, y no dé un paso adelante, porque le está vedado; es un redactor de un diario que ha abrazado un partido en una cuestión literaria, es el redactor de un diario que al hacerse cargo de esta tarea, no ha venido a la tierra como un ser descendiendo del planeta Saturno para hallar que la tierra es chica, que los hombres son como las hormigas de su planeta. No; el redactor de *El Mercurio* ha revestido el saco que debe llevar el escritor público en los pueblos americanos llenos de vicios, de preocupaciones, de indolencia, educados para el despotismo, la inacción y el retroceso, y sin pretender ser llamado un oráculo, ha manifestado francamente sus opiniones, ha levantado su voz contra un abuso, contra una cuestión añeja y retrógrada; a la policía le ha dicho, nuestras calles son inmundas e intransitables, componedlas; a la Municipalidad, no tenemos caminos, no tenemos teatros, no tenemos alumbramiento.

do, levantaos, cumplid con vuestros deberes; al Gobierno le ha dicho, los carros ambulantes son una monstruosidad, remediadla; a la juventud, habéis estudiado, ocupaos de las ideas de nuestra época, servid a la patria con vuestras luces, ilustrad al público con vuestros escritos. Ha ridiculizado lo que era ridículo a todas luces, aplaudido todo lo que mostraba visos de merecerlo, ha manifestado sus opiniones en las cuestiones de política interna y externa, sin penetrar jamás en el santuario de la vida privada; ha deplorado la muerte de los buenos ciudadanos como Salas y como Pereira, y recordado siempre con veneración la memoria de los héroes de la Independencia, cualesquiera que, por otra parte, hayan sido sus opiniones políticas y la afección o desafección del Gobierno para con ellos; ha hecho, en fin, lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar, es decir, cumplir con los deberes que impone la redacción de un diario que debe ocuparse en todos y en cada uno de los intereses de la sociedad, fomentar el bien, perseguir los abusos, ridiculizar las preocupaciones y las malas costumbres y espresar libremente sus opiniones.

Cuando este redactor de *El Mercurio* ha visto una producción útil, la ha anunciado en el diario con encomio, sin permitirse observación alguna que revelase sus defectos; si una sociedad se ha formado, ha ponderado su utilidad; si un verso ha aparecido, lo ha elogiado y recomendado a los jóvenes para su imitación, y cualquiera que sea el juicio que de las cosas que hayan llamado su atención ha formado, cualquiera que fuese el asunto en que se haya ocupado, el redactor de *El Mercurio* ha tenido particular empeño en sembrar aquí y allí doctrinas sanas de liberalismo, porque está convencido que los periódicos deben ser el vehículo por donde los principios de libertad descendan hasta el pueblo como el rocío de la mañana, para vivificarlo y animarlo al bien y al progreso. El redactor de *El Mercurio* ha podido medir sus palabras, no por la utilidad que para la rejeneración social puedan traer, sino

por la tenacidad de las resistencias que suscitaría en el ánimo de algunos, y ha desdeñado este fácil camino que puede proporcionar mucha popularidad; ha tomado por el contrario el sendero que han trazado todos los hombres de corazón y de principios en los pueblos que, como los nuestros, marchan al cambio radical de costumbres y de ideas.

VI

LOS REDACTORES AL OTRO QUIDAM (1)

UN hermoso libro que ha producido nuestra imprenta circula felizmente con profusión en el país, libro que contiene útiles lecciones para los que saben entenderlo. Hablamos de los artículos de costumbres de don Mariano José de Larra, en los cuales está trazada en caracteres indelebles la marcha que deben seguir los que trabajen en la mejora de los países españoles, los que entienden que es preciso despejar el suelo para sembrar la semilla de la libertad. Su patriótico sistema, dictado por la patriótica necesidad de un pueblo que recién sale de las manos de un despotismo secular, ha sido seguido en España y en América. El *Otro Quidam*, que tan celoso se muestra del nombre chileno, gusta, sin embargo, de oír a Larra humillar a sus propios paisanos, halla muy justo y muy laudable que un español levante en el seno de la España la voz iracunda y eche en cara a su nación su atraso, se burle de sus costumbres, de su pobreza y de su ignorancia, y que con sus sales punzantes haga de su patria el objeto de lástima de todas las naciones. ¿Qué moral saca de su lectura? ¿Cree que Larra escribió en España sus inmortales artículos

(1) "El Mercurio", 3 de junio de 1842.

para darle a él asunto de risa? ¿Cree que los muchos que le han seguido y de cuyo lenguaje castizo se muestra tan prendado, han hallado por muy gustoso el martirizar a su nación, degradarla, arrastrarla por los suelos? ¡Insensatos! Larra en tales manos no es más que un chusco impávido *que escribe muy bien el castellano*. Pero ese Larra, cuyas palabras parecen tan limadas y que por sólo eso es apreciado en algo, es un modelo que todos los escritores públicos, en América como en España, deben afanarse en imitar; es el campeón de la juventud que habla el idioma español hoy, que ama a su patria, la América o la España, no importa; que la hiere, que la sacude para que se irrite, se incorpore, se levante y marche en el ancho camino de progresos que le han abierto la civilización y la libertad de las otras naciones. Es el alma virgen de la democracia que levanta su voz contra la sociedad cauduca y retrógrada en que ha nacido, que llena de enerjía y con el alma pura de un ánjel, se irrita contra el vicio y las preocupaciones y la indolencia del pueblo, y que con la risa de la desesperación en los labios se burla de su pasado y de sus literatos, llueve sobre ellos los dardos de su sátira, destilando sangre y veneno. Hallan muy hermoso en España aquel lenguaje, y cuando el escritor en América, que en cada sección de las suyas tiene mil llagas podridas que curar, cuando *El Mercurio* dice que no tenemos poesía, que no hemos escrito un solo verso, no por incapacidad, sino por la mala tendencia de los estudios, entonces se levanta el *patriotismo* del *Otro Quidam* echando espumarajos y diciendo a grande voces: “Venga acá el redactor de *El Mercurio*, ¿quién es su padre? ¿Dónde ha nacido? ¿En la capital o en las provincias? ¿De este lado o del otro de los Andes? ¿Tiene usted carta de nacionalidad para atreverse a decir que no hemos hecho versos? ¿Tiene usted patente para tener ojos y juicio y opiniones? ¿Cómo insulta a la nación diciendo lo que sucede, para que se remedie el mal o se averigüe su causa? “¡Pobrezas que harían

avergonzar a cualquier hombre culto, patriota y verdadero amante de su país! ¡ Miserias que la juventud ilustrada debe desechar con el asco que merecen! ¡ Preocupaciones en que nos crió el régimen colonial odiando a todo lo que no era español y despótico y católico! Así nos educaron para sobrellevar sin murmurar el bloque continental en que estuvieron las costas americanas durante tres siglos, en que no oímos hablar de los extranjeros sino como de unos monstruos, herejes y condenados, y cuando la independencia abrió nuestro puerto al comercio, empezamos a buscar entre nosotros mismos donde se alzaba un cerro de por medio, donde se atravesaba un río, para decir: allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora, porque nos ha quedado un fondo de odio que no sabemos donde ponerlo para que dé todos sus intereses. Así la España, por odio a los extranjeros, se quedó encerrada en su península; pobre después de haber sido rica, débil, despreciada, cuando había sido el terror de la Europa; ignorante, cuando su antigua literatura había ido a inspirar la de otras naciones; sin industria, después que sus fábricas sirvieron a todos de modelo; pero desnuda de ideas y de vestido, se envolvía en su roto manto y calentaba sus manos ataridas en las hogueras de la inquisición, encendidas para abrasar en ellas las ideas que se desenvolvían en el extranjero; todo por odio a los extranjeros! Nosotros seguimos ahora sus huellas, ahora que ella ha abandonado ese camino, los americanos divididos en pequeños grupos de españoles hostiles se miran de reojo, no se tratan, no se comunican; si un grupo perece a manos del despotismo, los otros no lo saben, no le tienden una mano, no inquietan por qué padece tanto. ¿Para qué? Son extranjeros. Extranjeros que fueron hermanos para libertarse juntos; extranjeros que hablan un idioma, que tienen una religión, un origen, unas costumbres, un gobierno, un sólo fin. ¡Estranjeros! ¡Así marchamos a la libertad, a la asociación americana, a la emancipación! Qué piezas para

constituir naciones que necesitan abrir sus brazos a los extranjeros de todo el mundo, cuanto y aun más a sus propios hermanos. ¡La juventud va por el mismo camino y se llama no obstante liberal, progresista! ¡Dios nos ampare! Es, pues, un sentimiento colonial el que, envuelto en el ropaje del patriotismo, ha hecho al *Otro Quidam* atufarse tanto con la lectura de nuestro último artículo sobre idioma. Es retrógrado preguntar de dónde viene el que escribe y en dónde ha nacido, para saber si tiene razón; es impropio en un hombre civilizado, humano, liberal, insultar a una nación entera que combate por su libertad, como combatió por la independendencia de muchos, porque se ha dicho de ella que tiene poesía; es desleal citar entre comillas, como nuestras, palabras suyas y que quieren hacer pasar al lado de las nuestras. Esto, en el lenguaje hablado, se llama calumnia. Es manifestarse muy ajeno de las cuestiones literarias de nuestra época, el admirarse tanto de que haya quien sostenga doctrinas como las nuestras; es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a éste lo que decimos de Hermosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud; finalmente, es muy poco decoroso para quien sale lanza en ristre a defender una cuestión, no tener nada que decir en apoyo de ella, y después de enseñar una palabra, *engarrotamiento*, para mostrar que debía decirse *dado garrote por agarrotado* que dijimos, concluir con no sacar nada de ese fondo de luces que debemos suponer le hace menospreciar nuestras observaciones y desfigurarlas, sacándolas de sus quicios y medida; porque, al fin y al postre, ¿de qué se trata entre nosotros? ¿De unas doctrinas absurdas

en materia de idioma, ¿no es esto? ¿Por qué, pues, azuzar contra el que las sostiene el perro del patriotismo esclusivo, y hacer una guerra internacional, de una simple querrela de literatura? ¿Y para esto escojer por campo de batalla su propia casa, donde todas las ventajas están de su parte? Hemos tocado una cuestión de idioma; hay pro y contra. La parte mas racional, mejor cimentada, la hemos dejado a nuestros contrarios; nos hemos reservado la más escabrosa, la que cuenta con menos antecedentes, la más absurda. ¿Habrá partido más racional, mejor cimentada, la hemos dejado a nuestros hemos dicho, por un sentimiento extraviado, por ver en *El Mercurio* no un periódico sino un hombre, y a éste suponerlo manchado con el baldón de extranjero.

Pero en vano son esos gritos impotentes. Chile no verá eso en aquél que penetrándose de los verdaderos intereses de la sociedad en que vive, contribuye con su grano de arena a la rejeneración social, a la ilustración y al progreso. Día llegará, pues, en que el *Otro Quidam* y el redactor de *El Mercurio*, puedan presentar ante las aras de la patria sus títulos de nacionalidad.

Hemos vuelto digresión por digresión en la cuestión literaria, estamos a mano. Nuestros lectores nos perdonarán que, como un candidato popular para la Cámara de los Comunes en Inglaterra, hayamos subido al tablado a defendernos y a probar que si no tenemos títulos para aspirar a la consideración pública, nada hemos hecho que el verdadero patriotismo tenga derecho de desaprobarnos. Seremos, pues, en adelante *El Mercurio* y nada más que *El Mercurio*. A él y no a la persona del redactor deben dirigirse los ataques.

VII

“SCENES DE LA VIE PRIVEE ET PUBLIQUE
DES ANIMAUX” (1)*Etudes de moeurs contemporaines*

E SOPO, Fedro, Lafontaine, Iriarte y otros fabulistas habían en diversas épocas del mundo y en diversas lenguas, pintado las propensiones, vicios y virtudes de los animales aplicando a la sociedad de los hombres la moral que de aquellas observaciones deducían. Hoy, que todo se hace al revés de lo que hacían nuestros antepasados, se ha dado en la flor de pintar en los animales los vicios y ridículos de los hombres, formando un ramo nuevo de literatura que, si no se le confunde con el apólogo, no tiene aún nombre reconocido. Hace cosa de dos años que se principió en París la publicación de la *Vida pública y privada de los animales descripta por ellos mismos*, en papel marquilla y con tan hermosas láminas que es una maravilla. Plumas como la de Jorge Sand y Balzac, y buriles tales como el de Grandville, han dado a esta célebre composición una reproducción verdaderamente europea. Asombra en efecto ver el profundo estudio que de los caracteres exteriores de las pasiones humanas se ha hecho, y la admirable fidelidad con que han sido delineadas en los animales. La escena de la publicación principia por la reunión de un congreso jeneral tenido por los animales de la *menajería* y diputados de las provincias reunidos en el Jardín de Plantas a la luz de las estrellas, en el que después de

(1) “El Mercurio”, 22 de junio de 1842.

serios debates y de haber hecho su elogio el burro, la mula obtiene para la presidencia el sufragio universal. Ocupa la silla, y los animales domésticos, inofensivos, se colocan a la derecha, que como todos saben, es el lado en que en las cámaras francesas están sentados los partidarios del gobierno. Allí está el jeneroso caballo, el tímido ciervo, el noble elefante, el manso y astuto carnero, el inmundo chanco y el lúbrico chivato. Sobresalen en la izquierda, entre los miembros de la oposición, el león temible, el tigre carnicero, el lobo hambriento y otras categorías montaraces e independientes. El centro lo forman los animales rastreros, sin carácter conocido y sin opinión propia, tales como la tortuga, la culebra, el alacrán, el sapo y otras alimañas de este jaez. La astuta zorra se ha colocado al pie de la mesa del presidente por no comprometerse con ningún partido; el loro y el mono son los redactores de las sesiones, el uno imita la acción y el otro repite las palabras. Hay un momento de silencio, la discusión principia, el camaleón sube a la tribuna, y en lenguaje muy limado y castizo expone a la honorable representación que tiene entonces, como siempre, el honor de ser del parecer de todo el mundo. Pero le sucede el león como orador de la oposición y da tal ruido que la consternación se introduce en la derecha; dispárase el ciervo, da un bufido de espanto el caballo, el perro aúlla, y la zorra se va poco a poco acercando a la izquierda por si se van a las manos; el orador vomita pestes contra los hombres que tienen esclavizados a los animales, hace llover dieterios y sarcasmos sobre los cobardes que se han sometido a su imperio para ser devorados unos en pos de otros; pinta con nobles rasgos la independencia de los bosques, la vida patriarcal, las escenas de la naturaleza e invita a toda la honorable asamblea a romper el ignominioso yugo de la servidumbre y seguirlo a los campos. La izquierda prorrumpe en aplausos, mientras que los diputados de la derecha se miran unos a otros; la zorra admira la tonante elo-

cuencia del orador y convida al gallo y a otras aves domésticas a apoyar la moción; el lobo está mirando de hito en hito al carnero, como si ya lo viese fuera de la garantía de la fuerza legal. La discusión continúa y la atención de la asamblea se distrae hasta sofocar la voz de no sé qué orador obscuro que pondera las ventajas de la vida civilizada, *con los cuchicheos* de la conversación. Sería interminable referir todos los sucesos de esta memorable sesión que concluye en arreglarse la redacción de la *Vida pública y privada de los animales* para ejemplo de los hombres.

La *Historia de una liebre* principia la publicación. ¡Cuánto ha padecido, cuántos ultrajes ha tolerado por no desagradar al rey! Es esta una historia de una belleza inimitable, y qué láminas! La liebre tiene un desafío con un gallo pisa-verde. ¡Qué terror en la cara de la liebre! ¡Qué cobarde! pero el padrino que es tío Dogo su amigo, le dice que es preciso batirse por el honor, le pone la pistola en la mano, apunta temblando la liebre, aprieta los ojos, da vuelta la cara, dispara sin saber lo que se hace, y ¡oh dolor! mata al gallo más valiente que se conoce a diez leguas a la redonda. ¡Una liebre mata a un gallo!

Mil historias, a cual más picante, forman la colección. *Historia de una gata inglesa*, célebre crítica de las costumbres de las mujeres de la vieja aristocracia de Inglaterra. Se enamora aquélla de un gato francés llamado Brisquet, muy petimetre, un dandy secretario de la embajada. La seduce éste, la cita a un tejado, y en los coloquios amorosos, abrazos y tirones, saltansele del bolsillo las instrucciones privadas de su gabinete, que llegan a manos de Lord Palmerston y le instruyen que la paz armada de la Francia, los nuevos alistamientos, los preparativos militares, son una farsa, y el tratado de 14 de Julio se concluye, y los asuntos de Oriente se arreglan por las potencias, sin consultar a la Francia. ¡De estos

y aun menores accidentes depende a veces la suerte de las naciones! ¡Qué moral para los pueblos!

Aventuras de una mariposa. ¡Cómo pintar en un extremo de la tela de mi artículo, su viaje sentimental de París a Baden, sus amores aéreos y fantásticos, su casamiento y su sub-siguiente muerte!

La medicina tiene sus representantes, la cirujía sus cadáveres que disecar. El *doctor Cuervo* hace de su pico escalpelo, y en un dos por tres en junta numerosa de facultativos se hace la autopsia, examinan las entrañas del muerto, toma cada uno un miembro; éste se propone demostrar el nervio simpático, que separa cuidadosamente de las carnes que lo encubren; aquél saca un ojo para ver el aparato óptico; otro escudriña el cerebro, y todos en fin se retiran a poner por escrito en una memoria su disertación, porque es cosa esta de *masticarla y decirirla* despacio, cojen el vuelo pausadamente como conviene a la facultad, y queda sobre el anfiteatro, en lugar del cadáver, la armazón huesosa, limpia y monda. ¡Oh médicos!

Se sigue un tribunal de justicia. Hay una demanda entre el lobo y un cordero, a quien no se le oye por falta de testigos que acrediten la verdad del ultraje que ha intentado hacerle el lobo. El perro pastor es tachado por su conocida enemistad con el lobo. Vuelve el cordero a sus campos y el lobo a sus antiguas mañas, y un día logra al fin comerse al cordero. Aquí de la justicia que protege siempre al débil contra el opresor; los jendarmes echan el guante al criminal, lo meten en un calabozo, se sigue su causa, se le confronta con la víctima, confiesa su delito, se compone con Dios haciendo una buena confesión, y al día siguiente mi don Lobo es ahoreado en la plaza pública. El pueblo se divierte, y el cordero comido ya está comido, y el que la hace que la pague, y los ciegos cantan al día siguiente la aventura:

Vous dans le sentiers du crime
 Qui pourriez entre entraînés
 Par cet exemple, apprenez
 Que celui qui fait le mal
 Est un méchant animal.

Hay la historia del asno, el ratón filósofo, recuerdos de una corneja vieja, historia de un lagarto, viaje de un león de Africa a París, y otros muchos temas de composiciones llenas de sal y verdad. Sería nunca acabar el intentar dar de ellas una relación ni abreviada siquiera.

La crítica literaria no está libre de figurar entre los animales. Un loro clásico repite lo que ha oído en Boileau, La Harpe y una traducción de Hermosilla, y da vueltas en su aro, y haya república, haya democracia, él canta con un aplomo imperturbable; *lorito real, para la España y no para Portugal*.

Toquen, toquen
 Clarinetes y cajas,
 Que pasa el rey
 Para su casa.

Un perro rabioso ladra a todos los escritores, a los actores, a la empresa y al gobierno; la rabia le ahoga, se muerde él mismo la lengua y se envenena. Quien tal hace que tal pague, y con la vara que mides serás medido, y quien a cuchillo mata a cuchillo muere! Remitimos por mayores detalles a nuestros lectores al libro publicado en Diciembre en París, *Hetzel Paulin*, calle del Seine, 33.

Lo que más nos ha sorprendido en esta colección y de lo que nos habíamos abstenido de hablar hasta ahora, es de la composición que lleva por título *Los Gallos Literatos*, que nos proponemos traducir porque creemos que agradará tanto más a nuestros lectores, cuanto que hoy se ha despertado la aten-

ción pública con la cuestión de romanticismo y elasicismo, los antiguos y los modernos, los puristas, los innovadores y qué sé yo que otra pamplina de este jaez. Ya se imaginarán nuestros lectores cuanto talento habrá desplegado en los gallos literatos George Sand, este corifeo hembra de los que no han dejado títere con cabeza, ni cosa en su lugar con el estrafalario romanticismo. Pero es lástima que no podamos reproducirlo todo, por exceder de los límites de una publicación periódica.

VIII

LOS GALLOS LITERARIOS (1)

Memorias inéditas de una gallina de Guinea que vivió diez años en la República del Gallinero

EL león, que por la gracia de Dios había nacido rey de los animales, y hoy sirve de objeto de curiosidad en los anfiteatros y en las casas de fieras (gracias a los principios liberales y a las luces de la filosofía que han reintegrado a la creación bruta en su antigua libertad), mantenía el boato de su corte sacrificando a los indefensos animales; gustaba mucho de la carne de ciervo, que es tan sabrosa y regalada para todos los déspotas, y en su mesa eran servidos los miembros palpitantes de los mejores de sus vasallos. Sus histriones, para complacerlo, escribían la historia de los animales y no se cansaban de ponderar la timidez del ciervo, la inocencia del cordero y lo sabroso de la sangre del hombre. Así se ha es-

(1) "El Mercurio", 23 de junio de 1842.

crito hasta hoy la historia política de todos los estados, y así escribieron Plinio y Bufón la del Gallo y su familia. Se engullían un pollo, se sorbían un par de huevos, y con los dedos tintos aun en la grasa que la víctima destilaba, escribían que el Gallo debía ser un animal muy bueno, puesto que tan golosos platos proporcionaba. No sólo es necesario ser un animal para escribir la historia de los animales, sino también es preciso serlo del mismo jénero y especie, si bien es cierto que conviene que el historiador sea de una familia diversa, de manera que ni peque por parcial ni vaya a tocar en el extremo de ser hostil...

Sigue aquí la historia de la Gallina de Guinea, su patria, su familia, su esclavitud; es trasportada en un buque negrero a la Isla de Santo Domingo, es destinada a un gallinero donde permanece hasta la insurrección de los negros que pasan a cuchillo a todos los gallos blancos; la reconoce Toussaint de l'Ouverture, la salva de la matanza y la pone en libertad. Durante su cautiverio se dedica, como Esopo, a estudiar la historia, aprende gramática latina, y hace apuntaciones sobre los sucesos contemporáneos de la república gallinácea, etc.; y prosigue la historia.

El gallo propiamente hablando no es animal, por la misma razón que el hombre no es animal sino persona. Se le parece en creerse el objeto principal de la creación, le iguala en eso de echar plantas, y le excede sólo en pequeñez y orgullo. Vedle marchar, ¡qué mesura! ¡qué garbo! no le cedería el paso ni a un asturiano, sobre todo si es absolutista. En lugar de un espadín, lleva dos, como un portugués, y por un quitame allá estas pajas, ¡zas! una cuchillada al prójimo, y arda Troya. Como el hombre gusta de la danza y de la música, no hay pollita que sus ojos vean, a quien no le cante una copla y le baile la tarántula. Intolerante y celoso, jamás consiente que en su gallinero cante otro gallo, y si la mala ventura lleva otro estraño a sus estrados, debe éste, si no quiere morir

acribillado, andar tan alicaído y cabizbajo, y sobre todo cantar tan piano, que no excite la rivalidad de los nacionales, de donde ha venido el decir, *anda como pollo en corral ajeno*.

Amante de gloria y sediento de sangre y de combate, su vida es una campaña abierta contra todos los individuos de su especie, salvo la parte femenina, que puede decir de él con justicia que nada quita lo valiente a lo cortés, porque sabe leer en el corazón de las chicas, y no es persona que se deje decir dos veces esto ando queriendo, sin otorgarlo con tanta solicitud y tan de buen talante, que es fuerza decirle basta, por Dios, basta! Amar y pelear es su vida; cada día un duelo, cada hora una aventura amorosa, de manera que a juzgarlo por este lado es todavía un caballero de la edad media. Devoto a la vez y supersticioso, entona sus cánticos de alabanza por la mañana y en medio del día le intimida el vuelo de gavilanes yalcones cuya presencia supone ser un mal agüero para su raza. Libre en la esclavitud, gusta del contacto del hombre, cuyo dominio sufre sin agradecer el favor ni resentirse del agravio. De tal manera está connaturalizado con su actual estado, que no hay memoria de que haya llevado en los bosques la vida salvaje. Habitante de todos los climas ha tenido parte en muchos y muy grandes sucesos. Acompañaba a Esculapio en la Grecia, y en casa de Caifás hizo, con una gran carcajada repetida tres veces, caer en el golpe a un viejecillo que se calentaba a orillas del fuego. Los Galos antiguos lo tuvieron en grande estima y todos los pueblos del mundo le hallan de un sabor esquisito y gustan de su compañía, por lo que han dado en decir, *Dios los cría y ellos se juntan*.

Las diversas naciones de gallos que cubren la tierra se distinguen entre sí como los hombres por sus usos y costumbres. Sobresalen los ingleses por su talla esbelta y delicada, su cutis colorado y su extremado valor. Se han derramado por todo el mundo, han ocupado todo el norte de la América, tie-

nen muchas islas bajo su dominio, y por poco que hagan, llegará día que no cante en toda la redondez del mundo otro gallo que el inglés. Un gallazo Chino, tamaño como jayán, cometió una vez la imprudencia de cantar en tono más que de soprano, lo que oído por los gallos ingleses que se han introducido en los gallineros de la India, dió bastante motivo para suscitar su insaciable codicia, y después de rodar largo tiempo por los límites del Catay y de haber derramado en las playas opio para envenenar a los habitantes, lograron al fin atraerlo a la pelea y se ha trabado un furioso combate que dura todavía. El gallo francés es igualmente bizarro, y tan altivo que solo gusta posarse en lo alto de las banderas y en la parte superior del escudo de armas de su nación. Un tiempo hubo en que cedió su puesto a un águila formidable; pero los gallos insulares cayeron sobre ella, la maniataron y la condujeron a una ínsula remota, en donde murió la triste encadenada a una roca. En premio de tan insigne servicio concedió el galo a los insulares el imperio de los mares y la influencia en la política de las demás naciones, de que gozan sin rivales. Es el gallo francés el más culto del mundo, y tan humano que ya no gusta de pelear, contentándose solamente con cacarear y cantar. Se suscita una cuestión en el Oriente, y el galo enfurecido bate las alas, se mira las espuelas y canta furibundo que se declara en *paz armada*; lo embastillan en el corral y entonces ¡ira de Dios! qué cacareo y qué bulla infernal; pero los gallos ingleses, se comen solos el trigo de Egipto; sus amos lo embastillan, sin hacer caso de su sempiterno cantar. En cambió del poder que no le dan sus doradas espuelas se desquita con imponer la moda a todos los otros gallos, y nadie se sustrae al yugo de sus sastres. Viste con elegancia; prefiere los colores oscuros; lleva la barba rasurada, la cabeza al uso persa, el cuello desnudo y las estremidades recortadas. Sobre sale en el arte del peluquero, no tiene rival en la confección de los pasteles, y es diestrísimo en el manejo del florete; por-

que a falta de enemigos exteriores se bate con los suyos en duelo singular. Este y el inglés son llamados finos, para distinguirlos de otra raza que se conoce bajo el honroso dictado de brutos. Se encuentran estos últimos derramados por todo el continente colombiano, y descienden de la dejenerada estirpe castellana. Poco aliñados en sus vestidos, usan del color ceniciento que lleva el mismo nombre de su raza. Son graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de ir adelante van para atrás. En cuanto al valor no han cobrado mucha fama, si bien es cierto que han tenido pollos que se las han tenido tiasas a los más pintados europeos; el duelo está prohibido entre ellos, y todas sus aspiraciones se reducen a comer, engordar y fecundar a sus gallinas, para lo cual tienen admirables aptitudes. Son sin embargo preferibles a los ingleses y franceses para la cazuela y el estofado, por cuya razón son muy estimados de todos los habitantes del mundo, que concurren a sus puertos a desplumarlos. Desde que se sublevaron Santo Domingo y las otras colonias, se han ocupado siempre en disputar sobre quien sube más arriba en el árbol de dormir, a fin de estercolar a los que quedan abajo. A pesar de todo esto, los gallitos más nuevos empiezan a abandonar las prácticas de sus abuelos, se aliñan y se afeitan a la francesa y buscan su alimento con la prontitud y actividad inglesa. De aquí han nacido dos bandos en sus repúblicas, que amenazan turbar la incierta paz de que a veces gozan. Compónese el uno de los gallos que ya no se cuecen a dos hervores, los franciscanos y los castellanos puros, con tal cual gallito novel, a quien le ha soplado el diablo por echarla de viejo; forman el otro los pollos de pitón, de casta mestiza de fino y bruto; algunas jacas de estaca retorcida que simpatizan con toda clase de novedades, y uno que otro pollo desgarrado, que ha escapado con la cola de menos de las garras de alguna zo-

rra mostruo cebada en comerse los gallos más atisbados. (1). Uno de estos desplumados, no bien se repuso del miedo de haber visto la zorra tan de cerca, cuando se echó a cantar con tan buena gana y de una manera tan desusada, que los gallos de toda la vecindad se alborotaron sobre manera. Unos decían que no lo hacía mal para su edad, otros le achacaban el no conocer la escala diatónica ni por las tapas; pero nuestro gallo, sin curarse ni poco ni mucho de estas habladurías, apenas amanecía Dios, se ponía a cantar como si estuviera en su gallinero; y hubiera cantado su vida, si por su mala estrella no hubiese dicho al entonar un himno a la libertad *Ki-ki-ri-kó*, en lugar de decir *Ko-ko-ro-kó*, que era el uso consuetudinario de aquel país.

Aquí fué la tremolina. ¡Qué bulla! ¡qué alboroto! ¡qué cacareo! no parecía sino que hubiesen visto las patas de la zorra. Todos los gallos del lugar cayeron sobre él y lo rodearon y estrecharon de manera, que a no ser de tan buena ley, habría tomado las de Villadiego. El uno le arrima ambas espuelas, el otro le arranca las plumas de la naciente cola, y todos a porfía lo llenan de denuestrós y de dieterios.. Pero amigos, les dijo el cuitado, ¿qué furor ese ese? ¿qué mal os he causado? —¡Impávido! le respondieron, trapalón, mestizo, advenedizo, jenízaro y rabón, ¿qué es eso de *Ki-ki-ri-kó*? ¿qué falta de respeto a la sonora, castiza y correcta música de nuestros padres? ¿No basta ya que los malditos herejotes de los gallos ingleses y franceses nos coman el trigo, sino que también han de venir a introducirnos en el canto sus estranjerismos? —Señores, contestaba el atribulado *cantorcillo*, sosiéguese vuestas mercedes, y entendámonos. Yo gusto de cantar y vivo de eso, y canto como Dios me da a entender. —Falta Ud. a las reglas, desafina los tonos y se separa de la doctrina de nuestros mejores cantores. —¿Qué cantores ni qué calaba-

(1) Fué testigo en un gallinero de una reyerta muy singular.

zas? Veamos ¿qué doctrinas siguen vuestas mercedes?, y ¿qué modelos imitan? —Nosotros imitamos, contestaron algunos, el sublime cantar del *gallo de la Pasión* que le cantó a San Pedro, echándole en cara su fea culpa con tal elocuencia, que el Santo traidor, movido de lo limado del estilo y lo castizo de las frases, se echó a llorar a lágrima viva y a moco tendido, confesando su delito y haciendo penitencia. ¡Eso sí que era cantar! ¿Qué viene Ud. aquí con su *Ki-ki-ri-ki*, ni su *Ki-ki-ri-kó*? Eso no huele a Castilla la Vieja, no es antiguo y por tanto no merece escucharse. Aflijido y mohino por demás trajeran con tan eruditos razonamientos a nuestro cantor novel, si hubiese cosa en este mundo que lo pusiera de mal talante. En verdad que de aventuras peores había salido con vida. Después de algunas vueltas y revueltas maliciosas en el estrecho círculo que le habían formado, a manera de salida de gallo fino, encaró a uno de los de la rueda, diciéndole en tono amigable y sumiso: —Cante vuesa merced según las reglas que dejó escritas el *gallo de la Pasión*. A lo que contestó el tal, después de haber garganteado con garbo: —De buena gana lo hiciera, más por darle una lección que por complacerlo, si no anduviera con *pepita*. —Lo siento en el alma y lo compadezco. ¿Y vuesa merced? dirijiéndose a otro de los circunstantes que a la sazón estaba parado en una pata, jugando con la otra con las plumas de la pechuga ¿no me endilgará por el buen camino? Pero éste le descargó por toda contestación tan recias puñaladas, que bien dejó traslucir que era discípulo de San Pedro, quien tajó una oreja al judío Malco en ocasión semejante. —Gracias, señor, por la cortesía contestó el rabón; eso se llama poner las cosas a derechas. En estos dares y tomares se avanzó hacia el centro con paso medurado un gallo que tenía fama de muy castellano, y después de entonar el *do, re, mi, fa, sol*, del canto llano, dijo en tono de bajo un *Oriis-to-nacióooooo*, tan afinado, que hizo prorrumpir a la asamblea en mil bravos y aplausos. Esta es una lijera mues-

tra, añadió povoneándose de satisfacción en un ronco recitado, de lo que puede el estudio de los buenos modelos cuando se hace con aprovechamiento. Me reservo para después dar al público las reglas, porque nada es más útil al gallinero que cantar bien, aunque no tenga un grano que llevar a la boca, y esté amenazado de que se introduzca en su seno la zorra. Nos hemos asociado en número de ocho gallos, todos, a Dios gracias, buenos y leales castellanos, y sólo aguardamos que llegue un compañero que tiene espuelas *metálicas*, para principiar nuestras tareas en la grande obra de salvar a la república del mal mayor que podía sobrevenirle, cual es el de que se adultere el hermoso canto del *gallo de la Pasión*, pidiendo al soberano que nombre, a la manera del proto-medicato, un tribunal en que se examinen los gallos que hayan de cantar en público, y que éstos sean escojidos entre los que hayan estudiado en la Sorbona o en Salamanca. (1)

IX

LA CUESTION LITERARIA (2)

El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países, a sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

LORD AGIROP.

UNA cuestión, cuando es una simple cuestión, es considerada la mayor parte del tiempo como una cuestión, y nada

(1) Aunque anunciada la continuación de este artículo, no llegó a publicarse.

(2) Este artículo, como se declara en el siguiente, está formado de frases tomadas a los artículos de Larra; el señor Sarmiento lo reimprimió anotado, pero no teniendo ya objeto esas referencias, las suprimimos consultando la claridad tipográfica, seguros también de que será fácil al que lo desea y que conozca medianamente a Figaro, descubrir a cuál de sus artículos pertenece cada frase. "El Mercurio", 25 de junio de 1842.

más. Pero hay cuestiones de cuestiones; hay cuestiones que hacen furor. Las hay espesas y de suyo enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve; puede escribirse encima de ellas, *non plus ultra*, nada hay más allá. Entre éstas pudiera muy bien clasificarse la cuestión *literaria*. No sé que sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de persona. En vez de buscar libros que confirmen una opinión, la primera diligencia que se hace es saber quién es el autor del artículo contrario; y las más de las cuestiones que he visto se han decidido por este estilo, mas yo encuentro en esto el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darse honor unos a otros, se dan mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme reir del público. Muchos tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. He aquí las causas de la oposición que, así en política como en literatura, hallamos en nuestro pueblo a las innovaciones; queremos el fin sin el medio, y ésta es la razón de su poca solidez.

Han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación, que no podían menos de indignar a los hombres sensatos de fines del siglo pasado y aun de principios de éste. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas, hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó, en España como aquí, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habían llegado a establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados a no discurrir, a no sentir, nuestros abuelos no permitían discurrir ni sentir a sus hijos. Hace años que secuaces mezquinos de la vieja rutina mirábamos con horror toda innovación; encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de

restituir al genio su indispensable libertad; dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso. Nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos presuntamente a la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta a las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos a amparar el nuevo jénero con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independendencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello. Se ha dicho que la literatura es la espresión del progreso de un pueblo. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica y en política, aumentar ideas nuevas a las viejas y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la espresión de esos mismos progresos, es haber perdido la cabeza.

Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo servirá para que el pesado y monótono estilo anticuado no deje arrebatarse solo de un arranque solo de calor y patriotismo. El que una voz no sea castellana es para nosotros una objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza, de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena. En esta parte pondremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que estropeaba la

lengua de Garcilazo: que si él habla la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana. Ni reconocemos majisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época. Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *espresión* y nada a la *idea*, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso al alcance de la multitud ignorante aún; literatura *nueva*, expresión de la sociedad nueva que constituímos; toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin más regla que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituímos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime. No es la palabra sublime, séalo el pensamiento, parta derecho al corazón, apodérese de él, y la palabra lo será también.

He aquí verdades que no comprendieron los escritores españoles del siglo pasado; quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas y vestirlas con la lengua propia; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron salvar del antiguo naufragio la expresión, esto es, representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron orijinales, pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua tan rica antiguamente había venido a ser pobre para las necesidades nuevas. Se ha inculpado a Cienfuegos de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho si Cienfuegos era el primer poeta filosófico que tenían los españoles, el primero que había tenido que luchar con su instrumento y que le había roto mil veces en un momento de cólera o impotencia? Si nuestras razones no tuvie-

ran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones *a quienes nos vemos forzados a imitar*, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Los escritores modernos franceses han roto las antiguas cadenas de la sintaxis francesa. *Notre Dame de París* ha hecho verdaderamente una revolución en la lengua francesa. Pero al fin, aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de querer adivinar todo, y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a las que sabían más que ellas.

X

¡RARO DESCUBRIMIENTO! (1)

EN nuestro número de 25 de junio publicamos un remitido que traía por epígrafe: *La cuestión literaria*. Desde nuestra primera lectura del borrador, sentíamos una satisfacción que al principio debíamos atribuir naturalmente a la conformidad de las ideas en él vertidas con algunas de las que otra vez hemos manifestado sobre literatura, y que tanta oposición encontraron por entonces. Pero esta explicación no bastaba; no sólo las ideas nos eran familiares y conocidas, sino que aun las mismas palabras nos parecía haberlas oído o leído alguna vez. Reminiscencias vagas, pero no menos efectivas, nos hacían prever lo que aun no habíamos leído del discurso, como si fuese esto o una producción propia, o una segunda o tercera lectura de autor conocido. Sorprendidos de un fenómeno

(1) "El Mercurio", 30 de junio de 1842.

tan extraño, no obstante la oportunidad del remitido que se refiere a un hecho presente y privativo de nuestra polémica pasada, nos desvivíamos por averiguar la causa, cuando nos llamó la atención el tema de la composición y el autor cuyo nombre nos es enteramente desconocido. Efectivamente, el *Lord Agiروف* no figura ni entre los miembros de la cámara de los pares, ni entre los escritores ingleses de alguna nombradía. *Agiروف... Agiروف... ¿Si será un anagrama? Veamos: Ga-irof... Ga-ro-fi... ¡Figaro! ¡Oh, descubrimiento! Ya teníamos un hilo del cabo conductor. Sólo faltaba comprobarlo. Nos abalanzamos sobre el *Figaro*, y registra y hojea en todos sentidos sin saber dónde hallar el testo citado, dimos al fin, por casualidad y con la indecible satisfacción de aquel que gritaba: ¡ya la hallé! ¡ya la hallé! en la página 169 del tomo 1.º de la edición de Valparaíso de las obras de Larra, con aquellas palabras. Un rayo de luz venía a iluminarnos. Continuamos nuestras investigaciones y habiendo sorprendido un plajio aquí, otro acullá, hemos venido a descubrir después de dos días de trabajo, ¿lo creerán nuestros lectores?... que el comunicado titulado "*La cuestión literaria*" es de cabo a rabo y sin más alteración que la de algunas palabras, un plajio de Larra, en que el ladrón no se ha tomado más trabajo que el de coordinarlo de manera que resultase de los diversos fragmentos de que se ha servido, un todo completo y perfectamente aplicable a la cuestión que ha agitado la prensa en estos días. Tan curioso nos ha parecido este nuevo modo de resucitar a un muerto y hacerlo tomar parte en nuestras querellas literarias, que hemos creído que no desagradaría a nuestros lectores el que reimprimamos el antedicho comunicado, a fin de que con el auxilio de las notas y con el Larra en la mano puedan comprobar la esactitud de nuestras observaciones.*

Una vez hecho este descubrimiento que, sin vanidad sea dicho, hace no poco honor a nuestra laboriosa sagacidad, cuando se trata de descubrir un plajio y echárselo por los hocicos

al que lo haya perpetrado, nos aprovecharemos de las doctrinas de Larra para apoyar en el concepto de nuestros contrarios en principios literarios nuestras propias doctrinas; pues en cuanto a nosotros, debemos declarar que las opiniones e ideas de don Mariano José de Larra no tienen el peso de una autoridad, y cuando más lo consideramos como un hecho que acredita que la joven España, por la boca de aquel célebre crítico ha desechado, y aun más, negado la existencia de una literatura modelo en España; como nosotros y antes que nosotros, ha pronunciado un decreto de divorcio con el pasado, y hecho sentir la necesidad de echarse en nuestras vías para alcanzar una rejeeneración en las ideas y en la literatura; como nosotros ha declarado la incompetencia de un idioma vetusto para espresar las nuevas ideas; como nosotros, en fin, ha recomendado la libertad en idioma y literatura, como en política. Los que con tanta prevención y desdén combatieron nuestros principios, pueden rectificar con esta lectura los más claros de entre sus conceptos, y convencerse de que en idioma y literatura vamos más atrás que la España de un siglo por lo menos, y que se han propuesto la rehabilitación del español, cuando los lejitimos tenedores de él han abandonado este estéril trabajo.

Muy más de acuerdo hubiéramos andado en nuestra polémica, si hubiésemos definido bien nuestros principios filosóficos. Nosotros creemos en el *progreso*, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma, marchan a la perfectibilidad, que por tanto es absurdo volver los ojos atrás, y buscar en un siglo pasado modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a la perfección en una época a todas luces inculta, cual es la que citan nuestros antagonistas; como si los idiomas, expresión de las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de rejeeneración social, el idioma legado por lo pasado había de escapar a la innovación y a la revolución.

Deseáramos que nuestros antagonistas examinasen con detención las tendencias de Larra en todos sus escritos, y los principios francos y progresivos que ha manifestado en literatura, aprovechando desde ahora las indicaciones que ha hecho sobre la polémica literaria y la manera de manejarla en España, para que se convenzan de que algo, mucho, si no todo lo que ridiculizaba allí, se reproduce en nosotros mismos, con tan admirable consecuencia que podría decirse aquello de *hijos de tigre, overos salen*. (1)

(1) Dió origen a esta polémica, como se ve en el primer artículo de Sarmiento, la publicación que hizo *El Mercurio* de un pequeño vocabulario de palabras que se consideraban mal empleadas por la falsa significación que se les atribuía en Chile, o que ya no debían usarse por estar anticuadas en España; aunque anónimo, se sabe que su autor fué don Pedro Fernández Garfias, profesor que había sido de latín y gramática castellana en el Instituto Nacional.

El artículo de Sarmiento recomendó el vocabulario por su forma popular y práctica, adecuada para corregir los vicios del lenguaje en la gente que no puede hacer estudios gramaticales detenidos, y sin aceptar el rigorismo de su autor, proclamó el imperio de la voluntad popular en el desarrollo y modificaciones que reciben los idiomas, señalando como única función de los gramáticos y de las academias la de codificar, insertándolas en sus diccionarios, las nuevas voces y modismos que cada día el pueblo sanciona con su uso.

Una correspondencia suscrita por *Un Recoleta* y que apareció en *El Mercurio* de 1.º de Mayo, impugnó el vocabulario; otra correspondencia del día 3, firmada con las iniciales T. E. R. L., le hizo también algunas rectificaciones atinadas, y a estilo de gramáticos para quienes no es tolerable la disidencia de opiniones cuando se trata de vocablos.

Sarmiento defendió al anónimo autor de los *Ejercicios* de ataques tan descomedidos e inconducentes, pero junto con defenderlo volvió a plantear la cuestión de si debían autorizarse las licencias populares en materia de lenguaje. A su elucidación, decidiéndose por la negativa, dedicó don Andrés Bello en *El Mercurio* del 12 de mayo un artículo. (Firmado *Un Quidam*).

En defensa de Bello, aludido aunque muy honrosamente para él, al final de la segunda contestación que su artículo obtuvo, salió a romper lanzas uno de sus discípulos en una correspondencia entre burlesca y agresiva a Sarmiento, la cual se publicó en *El Mercurio* de 27 de mayo con la firma de *Otro Quidam*. Después, en 28 y en 6 de junio, don José María Núñez, el discípulo de Bello más aprovechado en gramática castellana, publicó dos artículos, anónimo uno y firmado *Un Quidam* el otro, defendiendo el de su maestro con abundancia de citas y de textos, en que se vó la mano de éste. *El. E.*

EL PROSPECTO DEL SEMANARIO DE SANTIAGO (1)

SENTIMOS una grata satisfacción al anunciar a nuestros lectores la bien acogida aparición de un periódico semanal en Santiago, que tiene el inestimable mérito de que todos sus redactores son chilenos, movidos por el aliciente del crédito y prosperidad de la patria. Los redactores reconocen que en un país que empieza su existencia política, deben admitirse favorablemente, aún los más imperfectos ensayos, siempre que propendan al bien jeneral, no siendo de otro modo como han principiado esas grandes naciones, cuya sabiduría y prosperidad nos llenan hoy de admiración. Todo pueblo tiene su infancia como todo individuo. Por débiles y vacilantes que sean sus primeros pasos, ¡felices aquellos que le excitan a darlos! Poco a poco los irá afirmando, y si no desfallece su constancia, al cabo de algunos años se asombrarán de sus progresos.

Estos principios, tan francos y tan sin pretensiones, nos agradan tanto más cuanto que, independientemente de su utilidad en nuestros países, y su verdad intrínseca, nos parecen una traducción de los que no ha mucho manifestamos sobre una cuestión literaria, aconsejando a la juventud consagrarse

(1) "El Mercurio", 19 de julio de 1842.

a los trabajos del espíritu, sin arredrarse por la falta de corrección y perfección artística de sus ensayos; perfección de todo punto imposible, por falta de bases, es decir, de una literatura y una ciencia formadas. De esta manera se propagan verdades útiles, y pasan a las convicciones íntimas de todos "sin que se sepa por qué poros del espíritu se han introducido". Y sin que nosotros nos consideremos felices por haber excitado a la juventud más de una vez a dar estos primeros pasos, porque no es cosa fácil gozar de la felicidad de este mundo (1), creemos que es el deber de los que escriben para un pueblo, despertar la concurrencia de pensamientos útiles para la sociedad, y sacudir a las cabezas inteligentes del suelo de una inacción perjudicial. Muy neciamente preocupado debe ser el joven que en nuestra joven América pretenda desde su primera aparición en las tablas de la prensa, adquirir el pomposo renombre de autor o de escritor correcto.

Esta es la obra del tiempo, de la crítica, y sobre todo de la civilización jeneral; porque la cultura del público influye y formula: la literatura es la espresión del progreso de una sociedad, y donde los escritores fuesen de una esfera muy superior a la de los lectores, habría una anomalía que rompería todo vínculo entre los pensamientos escritos y la inteligencia del público, y una aberración de las leyes jenerales.

El Semanario, al hacer una reseña de todas las publicaciones periódicas de la prensa actual, acomodando a cada una de ellas un epíteto característico, dice que el público ha creído encontrar en sus páginas algo que no sea de un interés tan efímero, jeneralmente hablando, como *El Mercurio* de Valparaíso, y debemos decirlo francamente, los pensamientos que pone en la mente de los lectores del *Semanario* no nos parecen de una injenuidad ni de una verdad incontestables.

(1) Alusión a los artículos de D. Rafael Minvielle,

El Mercurio ha sido hasta hoy en su sección Correspondencia, la expresión del pensamiento y las necesidades de Santiago, y no es nuestra culpa sino ha llenado los deseos de los redactores del Semanario. En cuanto a la parte editorial, si no ha sido tan profunda ni tan erudita como correspondía a la altura de nuestra civilización, creemos que ha tenido un carácter de franqueza en la emisión de ideas regeneradoras, que bien puede hacer disimulable la falta de aquellas otras dotes. Cuando nos ocupábamos de polémica política fuimos saludados por algunos de nuestros co-escritores con los epítetos de metafísicos y de principistas, y creemos no haber desmerecido en lo sucesivo esta última clasificación. Efectivamente, apoyar nuestros pensamientos sobre los intereses del momento que han llamado nuestra atención en aquellos principios que guían a las sociedades libres que nos sirven de norma, y atacar con mano firme las costumbres y preocupaciones que obstan a nuestra rejeneración social; llamar diariamente por la amonestación, por el convencimiento, por las pullas, a la juventud a ocuparse de los intereses de su país; aplaudir toda mejora útil, todo progreso en nuestras costumbres, todo movimiento rejenerador, toda publicación útil, tal ha sido la tarea constante que ha desempeñado *El Mercurio*.

¿Por qué serían de un interés tan efímero sus publicaciones? ¿Serían acaso de un interés tan efímero las materias de que se ha ocupado? ¿Puede decirse que *El Mercurio* como diario no ha ejercido influencia ninguna, aún sobre esos mismos redactores de *El Semanario*? Pero que se interroguen, que dejen a un lado toda pretensión de espontaneidad absoluta en su empresa, que recuerden los antecedentes, que rastreen el móvil que los ha asociado, no obstante que entre ellos existen disconformidades de opiniones políticas, y que digan después que *El Mercurio* ha sido de un interés efímero como lo pretenden! Hay en las palabras que comentamos más lijereza que la que querrían confesar sus autores, no obstante las fra-

ses paliativas que siguen, con las que parece han querido atenuar la impresión que debían causar las primeras; pero mejor habría sido haberlas borrado y poner otras más francas y más exactas.

Es una lástima, para nosotros al menos, no poder retrasar la marcha constante de nuestros escritos, la tendencia verdaderamente liberal que los ha caracterizado, y los resultados que conocidamente han producido alguna vez para contestar alguna vez a esta acusación. Pero si esto no nos es posible, aguardaremos que el público halle en *El Semanario* lo que tiene tantos motivos de esperar, sea esto dicho una lisonja, que nosotros le ayudaremos de vez en cuando en sus exploraciones.

Y lo diremos una vez por todas, si nos detenemos a examinar las publicaciones que en este periódico, como en cualquiera otro vean la luz, no se nos atribuya a una mezquina y vanidosa pretensión de apocar el mérito ajeno, y de erijirnos en jueces de más alta capacidad y de luces más extensas; porque si habría ridiculez suma en esto por nuestra parte, no habría menos torpeza de parte de los que nos hacen tan infundada imputación; ni traeríamos a la memoria de nuestros lectores la conducta circunspecta que hemos guardado siempre al anunciar las publicaciones de otros.

Bástenos decir que no reconocemos nosotros ni reconoce la época en que vivimos, tan grande número de verdades absolutas, que no sean materia de cuestión las opiniones que sobre los asuntos que nos tocan de cerca, vierte la prensa periódica. Los que escriben para la prensa, no son por lo general inventores, su tarea es generalizar verdades expuestas en libros, y su solo trabajo y talento, hacer de ellas aplicaciones exactas y conformes a los intereses de la sociedad para quien escriben. Las doctrinas políticas, literarias, etc., que manifiesta un escritor de periódicos, revelan cuando más las fuentes

de que se alimenta, el partido o la escuela a que pertenece; suyas son tan sólo las aplicaciones.

Y si esto es cierto en Europa, en América es de una verdad sin escepción; nuestro pensamiento es muy joven y muy inesperto aún. Los colejos no dan luces, enseñan solo los caminos de adquirirlas, y no pocas veces los cierran y embarazan, inculcando ciertas doctrinas de escuelas, que los jóvenes abrazan con el calor y el fanatismo que enjendra la falta de comparación. Lo que un escritor americano cree ser y es en efecto un pensamiento suyo, no tardará mucho en verlo escrito en un libro europeo, mejor fundado, más jeneralizado y más desenvuelto. Si todos nuestros jóvenes estuviesen persuadidos de estas humildes verdades, no veríamos a cada paso el escándalo que da nuestra polémica periodística con la irritación que escita una idea nueva, y los insultos y vejaciones que llueven sobre el que la emite, o el que pone en duda la verdad de ciertas doctrinas recibidas por la jeneralidad como inconcusas.

Nuestra época es una época de libertad, y por tanto, de tolerancia; donde no hay tolerancia no hay libertad; donde no se puede salir de los caminos trillados por temor de que le salgan al encuentro una banda de salteadores fanáticos, no hay descubrimiento, no hay progreso. Si un escritor no logra que sus opiniones sean adoptadas, tendrá siquiera, como lo han indicado los del Semanario, la gloria de haber promovido la discusión, porque de la discusión nace la verdad. Se discute en nuestras cámaras representativas, se discute en la prensa, que también es representativa; y solo los muy bisoños atribuyen la contradicción, la polémica y la crítica, a pasiones y motivos indignos de ser citados.

Por lo demás, creemos que *El Semanario* será de una grande utilidad para la cultura y progreso de la capital. La ciudad de Santiago, no obstante la civilización que en ella se desenvuelve rápidamente, está muy incompletamente representada

en sus publicaciones periódicas, y debemos decirlo, a juzgarla por este signo aparente, se muestra en una escala muy inferior a otras ciudades del mismo rango en América.

El Semanario suplirá en parte este defecto, y prepara el camino para la fundación del diario, que a la emisión del pensamiento, reúne el fenómeno de los intereses materiales y el movimiento comercial. No será de poco auxilio para nuestros diarios que tendrán alguna vez con quien agarrarse en cuestiones o políticas o literarias, y vivir de algo, luchando como es el fuerte de la prensa periódica, y tirando a diestra y siniestra, no importa contra quién ni por qué motivo.

II

EL ROMANTICISMO SEGUN "EL SEMANARIO" (1)

ELLA en tiempo de entonces y en tierras no muy remotas, cupo a un catalán de poca paciencia y mucha brutalidad, ejercitarse en la profesión de arriero. A veces el peón de la ronda venía a avisarle que una mula se había extraviado en la noche, con lo que nuestro patrón se enfurecía y hacía, rechinando los dientes, esta habitual exclamación: ¡y el mejor macho de la tropa!, aunque fuese una garrapata en cuenta de mula. Sucedió una vez que al ponerse en marcha la recua, llegó a saber que faltaba una mula, y tal fué su saña que balbuceando apenas, tal era su cólera: ¡y el mejor macho de la tropa! echó mano de un trabuco, e interponiéndose entre el peón a quien acusaba de la pérdida, y la mula que éste cabalgaba, gritó al capataz de la tropa con acento andaluz: a las Pampas del macho muerto a parar, que aquí se quedan

(1) "El Mercurio", 25 de julio de 1842.

dos tigres. Los tigres eran él y el peón, quien andaba humilde y cabizbajo dando vuelta a una prudente distancia, por ver de acercarse a su mula. Viendo que la cosa se prolongaba y el testarudo catalán se interponía siempre entre él y la bestia, mostrándole la boca del trabuco, cual tigre que enseña las anchas fauces entreabiertas, hubo de tomar su partido, y envolviéndose la manta en el brazo izquierdo y resbalando el cuchillo con la diestra, le dirigió a su antagonista esta sencilla pregunta: ¿tiene, patrón, muy adentro las tripas? Palabras mágicas que hicieron dar dos brincos, poner pies en polvorosa a nuestro guapetón, despejar los alrededores de la mula, y marchando el peón derecho al estribo, montar, endilgar hacia el camino y poner nuevamente espuelas, volviendo el significativo y parlero cuchillo a la vaina. El andaluz permanecía plantado en un lugar mirándolo alejarse, y exclamando por momentos: ¡y el mejor macho de la tropa!, ¡y el mejor macho de la tropa! Cuando nosotros vamos a medirnos con un trabuco con uno que nos ha perdido el mejor macho de la tropa, cuál es el romanticismo, diremos también al público: A las Pampas del macho muerto a parar, que aquí se quedan dos tigres. Esta vez los tigres son *El Mercurio* y *El Semanario*; y aunque no sabemos si *El Mercurio* tiene tripas, y a qué hondura las lleva, haremos sin vacilar el reto consabido. El público, pues, que va a ser testigo (porque no se ha de alejar por más que se lo pidamos) de tan sanguinolenta refriega, no vaya a imaginarse que van a venirse a las manos las ciudades de Valparaíso y Santiago; que de una parte militan los extranjeros, y de otra los nacionales; que dos naciones se declaran guerra a muerte; que el mundo, en fin, está ya para concluirse. No, señor, todo lo que hay entre manos es que un pobre diablo llamado *Semanario*, y otro diario llamado *El Mercurio*, van a discutir algunas cuestiones de interés para ellos o sus redactores y para el público; y lo más que sucederá, es que si no andan con prudencia habrá por una y otra

parte mojicones dados y recibidos, contusiones y peladuras; porque, ¡vive Dios! que estamos esta vez resueltos a aceptar todo de parte de nuestros contrarios, y pagar al contado, a cuatro días vista toda letra que nos presenten. El público curioso, vea, escuche y ríase, que no poco habrá de ambas partes que le dé materia de risa.

Por no guardar órdenes en materia alguna, y para imitar a aquel romántico que principia una comedia por el tercer acto, vamos a acometer a nuestro enemigo por el segundo número, y en el número segundo por el artículo Romanticismo, que tiene trazas de ser el artículo de fondo, la piedra angular, y la joya preciosa de la corona Real que ciñe sus sienas.

Un artículo Romanticismo escrito el año 1842, es decir, después de diez que la Escuela Romántica en Europa fué enterrada y sepultada al lado de su antecesor en literatura, el clasicismo, porque ambos son ánimas del otro mundo, que Dios bendiga; después de diez años que dejó de oírse el último tiro en la polémica que su aparición suscitó; después de que la historia de la literatura lo ha recojido entre sus anales; después de que la filosofía ha hecho su autopsia de su cadáver, poniendo en buen lugar las partes nobles de su cuerpo, y ocultando bajo la tierra las corruptibles e indignas; después en fin, que la escuela socialista o progresista se ha parado sobre el pedestal firme y seguro de las necesidades de la sociedad, las tendencias liberales y la elaboración del porvenir del mundo, ¿qué condiciones debía reunir un artículo Romanticismo, escrito en América, en un periódico sesudo y con pretensiones de literario, redactado por jóvenes que salen a la palestra voluntaria y deliberadamente a ostentar sus luces?

Creemos que lo primero habría sido echar una rápida ojeada sobre el estado de la literatura hasta momentos antes de su aparición, trazar el itinerario de su marcha, definirlo, formular sus principios, revelar sus tendencias, y después de esponernos sus aciertos y trazar el cuadro de sus extravíos,

indicando por fin la nueva escuela que le ha sucedido, lo que de él ha adoptado, y lo que de él vive aún, clasificarlo filosóficamente entre las diversas fases de la civilización moderna, para ocuparse enseguida de bosquejar los caracteres principales que debe reunir la literatura hoy en conformidad con las necesidades y tendencias de nuestro siglo. Al escritor americano que desempeñase esta tarea, le habríamos dado sin vacilar el tratamiento de literato, de hombre de luces, de escritor de su siglo, y de pensador concienzudo; porque para merecer el nombre de literato, no basta haber aprendido a leer a Horacio y Virjilio, ni saber de pe a pa lo que dijo Boileau y La Harpe, y las vejezes que después ha repetido Hermosilla. Se necesita además estar muy al corriente de los escritos de la época, del pro y del contra de las cuestiones literarias que se han ventilado en Europa; y dado caso que crea necesario apoyarse en autoridades, tomarlas entre los grandes hombres de la civilización moderna, que saben más cada uno de ellos, y cuyas opiniones son de más peso, que las de cualquier autor de siglos que no nos pertenecen y que ya han muerto para nosotros; y mucha mengua sería en un escritor moderno, salirnos a cada paso con Estacio, Coliseo, Pradón, Horacio, Moratín, y otras reputaciones de antaño, sin decirnos nunca nada de lo que hacen, dicen o piensan los escritores de nuestra época, dejándonos sospechar que en lugar de ser un literario de su siglo, es un arqueologista, o algún escapado de una época pasada que va recién por el cristo de los conocimientos que deben adornar al hombre de letra de nuestros días.

Esto supuesto, vamos a ver como entiende *El Semanario* la palabra romanticismo.

Después de recopilar las diversas acepciones que el vulgo le ha dado entre nosotros, deja traslucir que el romanticismo lo forman las abominables piezas dramáticas denominadas románticas, llenas de "extravagancias y de incidentes inverosími-

les, condecoradas con títulos retumbantes, con bufones vestidos de reales insignias, y distribuídas en seis, siete y aún ocho cuadros; estupendos mamarrachos, que si aumentan sus divisiones es solo para prolongar nuestro fastidio hasta lo infinito”.

Y no diga *El Semanario* que le hacemos decir lo que no ha pasado; en todo su artículo Romanticismo no hay más palabras que las anteriores que pretendan clasificar aquella fase de la literatura moderna; no se encuentra una sola observación filosófica, una sola consideración de época, pueblo o circunstancia. El romanticismo es para *El Semanario* lo absurdo, lo inverosímil, lo defectuoso, lo abominable, lo fastidioso, lo extravagante, todo aquello, en fin, que es contrario a la razón, a la naturaleza y a la verdad.

Bien; nosotros vamos a adoptar la misma manera de explicar otros grandes movimientos de la inteligencia humana. La revolución francesa, que ha cambiado la faz del mundo, fué desenfreno de las pasiones más abominables, el robo, el degüello, la impiedad, la depravación de las costumbres, la aniquilación de todo principio moral. Y en ellas se vieron las matanzas de setiembre, las noyades, las metralladas, la guillotina ambulante, Robespierre, Marat, la conquista a sangre y fuego, y el saqueo de las ciudades y los excesos de una soldadesca victoriosa.

Otra explicación.

La independencia americana ha sido el jermen de la guerra civil más espantosa, de los delitos más execrables, del despotismo militar más odioso. Los que se han visto perseguidos por sus hijos, las familias divididas en bandos, las fortunas destruídas, las leyes violadas, sumidas familias enteras en la indigencia; y en la mayor parte de la América, después de 30 años de matanzas y de violencias, de atentados y de atrocidades, no se ve todavía aparecer la bonanza que la independencia prometía.

Otra explicación más concluyente para *El Semanario*. El cristianismo ha sido la manzana de la discordia entre los pueblos. Desde su cuna ha estado dividido en sectas que han ensangrentado la tierra durante diez y ocho siglos; por su causa murieron más de veinte millones de hombres mártires; por su causa se echó la Europa sobre el Asia, y perecieron inútilmente cien ejércitos de cruzados, la flor de la Europa; en nombre del cristianismo se hicieron las horribles matanzas de la San Barthelemy, en que la mitad de la población de Francia se echó sobre la otra mitad a las doce del día, y degolló al padre anciano y al inocente niño, a la esposa en brazos de su esposo, a la hija en el seno de la moribunda madre, hasta que la sangre humana que de las casas particulares salía, llegó a formar ríos que corrían por las calles de París. En nombre del cristianismo se erigió la inquisición en cuyas llamas y en presencia de los pueblos y bajo la autorización de las leyes, se han quemado vivos más de treinta mil hombres de saber y de luces; en nombre del cristianismo se han perseguido las leyes y puéstore una mordaza a la lengua y un peso enorme al pensamiento; en fin, en el nombre del cristianismo se han ensangrentado los pueblos y cometido los más abominables excesos.

Venga ahora el romanticismo de *El Semanario*. El romanticismo está representado por "las abominables piezas dramáticas, denominadas románticas, llenas de extravagancias y de incidentes inverosímiles, condecoradas con títulos retumbantes, con bufones vestidos de reales insignias, distribuídas en cinco, seis y siete, y aún ocho cuadros: estupendos marmarrachos, que si aumentan sus divisiones es solo para prolongar nuestro fastidio hasta el infinito". Esto como lo anterior es cierto.

¿Pero será cierto que la revolución europea, hija de la filosofía y del estudio de los derechos del hombre, no fuese

otra cosa que lo que hemos hecho notar en el cuadro que acabamos de trazar?

¿Será cierto que la revolución de la independencia que tantas esperanzas alimentaba, que tenía por objeto la emancipación de un mundo entero y la realización de las ideas más colosales que puede abrigar el hombre, no sea otra cosa que un tejido de miserias e iniquidades?

¿Será cierto que el cristianismo, ese don precioso del cielo que había sido prometido al hombre como el remedio de sus males en la tierra y la recompensa de su virtud para la otra vida, no haya traído otros resultados que dividir a los hombres, malquistarlos y hacerlos feroces y sanguinarios?

¿Será cierto que la forma que la literatura tomó en el país más culto del mundo, sancionada por jeníos de primer orden, no fuese otra cosa que absurdos, inverosimilitud, extravagancia y necesidad, como si el siglo más sabio que ha alumbrado la tierra, sólo pudiese enjendrar, lo que el patán menos ávido reconoce por monstruoso y falso?

Pero al hombre que tal pensara, que tal dijera, ¿qué debiera contestársele? A tales hombres se les da la espalda, se les deja con sus manías.

No nos proponemos rehabilitar el romanticismo, porque esta es una tarea inútil; el romanticismo no expresa hoy nada y es una vulgaridad ocuparse de él como de una cosa existente. Queremos reducir a razón a algunos que se proponen morder su memoria, obedeciendo a un instinto ciego de malquerencia y de obstinación que se funda en base muy deleznable. Queremos saber para qué fin se ha escrito este artículo Romanticisco, de *El Semanario*, y ver a qué clase de escritos se ha de aplicar aquello de "llenos de frases ampulosas, pero vacías de sentido común, con que el falso mérito pretende a menudo encontrar el difícil camino de la gloria".

Todo lo andaremos con método, con exámen; tendremos ocupación para algunos días.

III

CONTINUA EL ANALISIS DEL ARTICULO
ROMANTICISMO (1)

HEMOS visto que las cosas más grandes y los más notables principios tienen en su aplicación a la práctica, en la lucha para echar por tierra las resistencias que a su triunfo oponen los hombres y las ideas recibidas, su lado odioso, extravagante, ridículo y despreciable; y que el cristianismo mismo no ha podido salvarse de esta ley jeneral de todas las grandes innovaciones, no obstante la divinidad de su origen, la santidad de sus dogmas, y la sublime elevación y remoto alcance de sus fines. Condición es de la naturaleza humana, que no ha de dar un paso hacia su perfectibilidad, que no ha de salirse del camino trillado hasta entonces, sin estraviarse de su rumbo, sin caer en precipicios y sin vagar sin norte seguro en la incertidumbre y en el error. Pero, ¿habrán de juzgarse sus procedimientos por este lado débil, y tomarse el extravío por el rumbo, el efecto inmediato por la causa remota? Porque al romper el romanticismo las estrechas y arbitrarias cadenas de una escuela servilmente imitadora de tiempos, costumbres y hombres que no nos pertenecen; al intentar formar un arte, hijo de su época y de sus historias, ha caído en absurdos y extravagancias como el esclavo que ansioso de gozar la libertad se abandona a los goces de una desenfadada licencia, ¿se dirá que es en el fondo el absurdo y extravagancia misma, que la libertad es la licencia y la anarquía? Es verdad que juicios de este género suelen escaparse a ciertos hombres cuya pequeñez y poco alcance les hace mi-

(1) "El Mercurio", 26 de julio de 1842.

rar con odio todo aquello que sale del estrecho círculo de las ideas que se han incrustado en su cerebro petrificado y endurecido por las preocupaciones, e incapaces de recibir nuevas impresiones. Pero el filósofo, el hombre que piensa, no juzga así, y cuando ha cesado de oírse el clamoreo de los combatientes, cuando la polvareda de las pasiones encontradas se han disipado, examina con imparcialidad los hechos, dando su parte de influencia en ellos, a las debilidades humanas, a circunstancias aciagas, a necesidades dolorosas; pero sin confundir el principio innovador con los estragos momentáneos y los imperdonables extravíos en que han caído los hombres encargados de la innovación. Esto hace el filósofo y el hombre de principios; esto ha hecho Guizot, cuando ha tratado del cristianismo como innovación civilizadora; esto Thiers y Mignet y Aquiles Roche, cuando han trazado la historia de aquella revolución terrible, cuyo estampido va repitiéndose de pueblo en pueblo como los ecos del lejano trueno que se reproduce de serranía en serranía. Esto debiera hacer el literato que ponga a la cabeza de un artículo la palabra romanticismo, que representa una grande revolución en literatura, un grande sacudimiento de la inteligencia, y que tuvo en sus filas y a su frente nombres respetables, nombres que brillan todavía como los astros más luminosos del firmamento de la literatura moderna.

Pero, ¿qué diremos de un escritor que compara al romanticismo, tendencia, extravío o como quiera llamarlo, de una nación, de una época entera, con los versos de qué sé yo qué Estacio competidor de Virjilio? ¿Qué diremos del hombre que pone en un mismo punto de vista las obras de Pradon y las de Víctor Hugo, Dumas y otras reputaciones esclarecidas? ¿Dónde están los Racines y los Virjilios modernos atacados por el romanticismo? Inútil es que tal escritor nos diga en seguida que no quiere alistarse ciegamente en las banderas del elasicismo riguroso, ni denigrar al romanticismo, inútil;

porque tales escritores no son ni románticos, ni clásicos, ni literarios, ni escritores, ni cosa que lo valga. Son unos hombres a quienes cuando niños les pusieron el arte en la mano, y más tarde a Blais, después cojieron a Boileau, y una noche vino a visitarlos un tal Hermosilla, y un día les vino la gana de escribir, y necesitando de descargar ciertos golpecillos de bola por tablas, le apuntaron al romanticismo, que al cabo el muerto no habla, y dijeron... preciosidades; dijeron que "las composiciones de Inarco Celonio parecen adquirir más brillo con el transcurso del tiempo"; es decir, que no hay teatro español o americano, francés o alemán, que no haya puesto en escena y repita en funciones extraordinarias sus comedias; y que los absurdos de la escuela romántica no han pasado de las riberas del Sena y aún allí yacen hundidos en el polvo.

Es verdad que "nadie tal vez estará más fastidiado que ellos de los innumerables sonetos llorones a Filis, las insulsas églogas pastorales; y pocos hallarán más chocante el que se cometan inverosimilitudes tan garrafales como la de hacer conspirar a los enemigos del César en su propio palacio"; pero jamás perdonarán tampoco al escritor que no disponga sus planes alumbrado por la luz de la razón, medite sus expresiones alumbrado por la luz de la razón. Eso sí, razón y más razón. Todos los que han escrito dramas absurdos, incoherentes, inverosímiles y monstruosos, como Hugo, Dumas, y la caterva de románticos, eran irracionales, sin sentido común, ni criterio. Ignoraban las reglas, como allá no andan como entre nosotros, Boileau y Hermosilla, Horacio y Virjilio en manos de los muchachos; y porque el siglo XIX era en sus principios, en sus manifestaciones literarias, un siglo oscuro, irracional, bárbaro, puesto que no sabía lo que todos saben e incurría en estravíos y errores que el sentido común desapruaba y condena.

Pero entremos en cuentas, señores míos, y abandonemos por un momento esas ropas teatrales de majister de que nos

revestimos, para aparecer unos colosos y unos tipos de recitud, de juicio, de conocimiento de las reglas de la crítica y de las condiciones de la literatura. Recojamos por un instante la cola del pavo real con que deslumbramos a la muchedumbre, y mirémonos las patas. ¿Quiénes somos nosotros? ¿Quiénes? ¿Con qué títulos nos presentamos a juzgar tan severamente el romanticismo? ¿Tenemos talento? Corriente. ¿Genio? Niego. ¿Sabemos algo? Veamos lo que sabemos. Pero no, no nos humillemos mutuamente entrando a inventariar nuestras pobrezaas. Hagamos sólo una pregunta, que ella será suficiente para hacer bajar los ojos a estas ranas que están reprimiendo con sus bullangas al sol de la civilización que pasa tan lejos de ellas en su carrera imperturbable que no se detiene a escucharlas. Hagamos en secreto un exámen de conciencia y un apuntito lijero de todo lo que sabemos aquí en América; de todos los libros europeos que nos han llegado a las manos, todas las doctrinas que hemos bebido, todas las fuentes de saber que hemos consultado; atribuyamos entre objetos de difícil evaluación todo el talento que queramos; su chispa de genio también, aunque hayamos ocultado tanto la posesión de este raro tesoro, que nadie haya llegado a sospecharlo. ¿Qué somos, en todo nuestro pequeño ato, al lado de un escritor más adocenado de esos que criticamos como románticos? ¿No habrán leído ellos lo mismo que nosotros?, ellos que viven en el foco más ardiente de la civilización del mundo, recibiendo el pan en la puerta del horno?

Digan la verdad estos aristarcos hinchados por haber leído unos cuantos mamotretos viejos, ¿creen de buena fé que tienen más luces, más capacidad, más sólida instrucción que aquéllos? Y si no, ¿cómo se atreven tan descaradamente a levantar su voz, que debiera enmudecer, para desarrajar contra una faz de la literatura moderna, no contra un escritor que al cabo no es más que un hombre, sino contra un siglo entero, contra una forma literaria que ha tenido por patronos

a jenios de primer orden y por sectarios a centenares de talentos distinguidos? ¿En qué Chimborazo del mundo filosófico nos hemos parado para ver a nuestros pies con ojos desdeñosos a todo un Víctor Hugo, que si un día tiene el buen humor de hacer algunas apuntaciones y decir privadamente: he escrito un libro, da en esto una orden a la prensa para que esclame con su trompeta sonora como la del ángel de la resurrección final: ¡Atención pueblos civilizados! Hay un grande acontecimiento literario! ¡Hugo se digna hablar! ¡Ha escrito un libro! ¡Descubrámonos!... Y todas las prensas del mundo van repitiendo este grito de alerta: ¡Hugo ha escrito un libro! ¡Hugo ha escrito un libro! ¿Qué son los más floridos de nuestros aciertos literarios, con los de aquellos cuyos errores vituperamos? ¿Qué son? Lo que según la enérgica espresión popular es la suela de los zapatos de un hombre grande comparada con el cerebro de un cuitado. Mírense en este espejo los que tiran coeces y reveces contra el romanticismo. Bajen un poco esa insolente cabeza. No; es poco todavía, bájenla más todavía. "Los eunucos para desear la mujer de su amo, inclinan primero la cabeza hasta el suelo".

No usamos de estas espresiones tan fuertes por imponer un ciego respeto en favor de una escuela muerta, ni rodear de prestijios imponentes a hombres que tienen harto mérito para cometer errores disculpables en una época eminentemente revolucionaria, en que todos los edificios viejos son atacados, destruídos, para reconstruirlos con más simetría y bajo un plan más vasto y conforme a las necesidades de la gran familia que va a habitarlos. No queremos tampoco disputar a nadie el derecho de crítica, derecho sagrado que pertenece a todos, y de cuyo visto bueno no están exentas las grandes reputaciones ni los grandes hombres. No; queremos que no se insulte ni se aje el principio innovador, y se confundan en un mismo rincón las ideas rejeneradoras y los estravíos y esajeraciones en que incurren los artífices; queremos que se nos

separe la cizaña de la buena simiente, para depositar la última en nuestro granero; queremos, en fin, que se nos hable en nombre de este arte actual, o del que debe suceder al romanticismo, y no en nombre de Horacio y Virjilio e Inarco Celeno, que nada tienen que ver con nuestras necesidades sociales.

La crítica europea cebó su diente en las carnes del romanticismo cuando este monstruo de cien cabezas estaba lleno de vida; la polémica se encendió como una guerra civil, y aún hasta nosotros han llegado fragmentos de los fusiles con que se herían los contendientes. Al razonamiento se sucedió la burla, el sarcasmo y la calumnia; pero no fué el caduco e impotente clasicismo quien tuvo la gloria de darle el golpe mortal; la tumba lo había reclamado hacía tiempo; fué otro campeón más joven, más ardiente y más temible; fué la escuela progresista la que se apoderó del campo de batalla y se apropió los despojos de los contendientes.

Para escribir, pues, sobre el romanticismo después de su muerte, era preciso haber estudiado un poco su biografía; y si se quería poner sobre su sepulcro un epitafio, no debía encargarse de esta tarea el que menos lo conocía en sus días, y el que no ha oído de él sino la relación de sus faltas, sin saber nada de sus virtudes. No se insulta a los muertos, y la oración fúnebre nunca fué encomendada a los detractores del difunto.

Si el romanticismo tuvo en vida enemigos, ¿qué diremos de los que salen a los diez años después a dar gritos al aire? Diremos que estos tales tienen la suerte de andar siempre atrasados en las horas. Hablan de Horacio y Virjilio, cuando ya nadie se acuerda de sus discípulos; de Racine y Moratín, cuando han sido suplantados por los escritores románticos; y de éstos cuando ellos mismos han abandonado el título; no porque se avergüenzen de llamarse así, sino porque nadie se acuerde de aquel epíteto. Más vergüenza diera llamarse clá-

sicos si no se usase el paliativo de clásicos no rigurosos, es decir, un poquito flojito; pues, desabrochado, sin calzón corto, ni hebilla, sino con la levita a la derniere, con sus visos de románticos, con sus barruntos de nada, en fin.

No ha mucho que la Revista de Valparaíso publicó un artículo "Clasicismo y romanticismo", y extrañamos mucho que no lo hayan visto los de *El Semanario*, porque a haberlo visto no habrían salido con esta miseria. Allí estaba tomado bajo el punto de vista filosófico, y apreciado en sus causas y efectos. Según el autor de aquel trabajo, tenía relación con el arte dramático, con la historia y el lenguaje. Había, pues, paño en que cortar. ¿Por qué no le han metido el diente? ¿Por duro? ¿Porque, o aquello era un tejido de falsedades, o el artículo Romanticismo, que criticamos, es muy poca cosa? Quizás suceda que hayan juzgado indecoroso ocuparse de una producción tan efímera, en lo que habrán obrado muy acertadamente.

Luego tomaremos este artículo Romanticismo por la otra oreja, pues cuando nos arremangamos de veras para entrar en polémica, es nuestra mala costumbre dormírnosles una semana entera, hasta que sale otro número del periódico semanal con quien nos las habemos, a decirnos: basta con ese que ya llora, aquí estoy yo.

Veremos cómo ha criticado el Ruy Blas de Víctor Hugo, y dónde le ha hallado defectos.

IV

PARENTESIS FORMADO POR UNA CORRESPONDENCIA IMPARCIAL (1)

HEMOS visto salir los números uno y dos de *El Semanario* de Santiago, y en ellos hemos también leído artículos originales de jóvenes chilenos, que dan a conocer las buenas intenciones de sus autores por los adelantos de la patria. Ellos han comenzado una época, por decirlo así, en Chile, han roto de una vez las ataduras con que su apocamiento, su desconfianza en sus fuerzas por tanto tiempo les había tenido amarrados. Agobiados por el pasado, estimulados por el presente y animados por el porvenir, su pensamiento se levanta, y su noble ambición lo escribe. No es su periódico puramente de circunstancia como lo han sido los pasados, es un periódico de progreso, es un periódico original en sus formas y en su objeto. La nación debe apreciarlo como uno de los detalles de la civilización de nuestro siglo, y la juventud leerlo como producto nativo. Pero jamás nuestra nacionalidad debe ahogar nuestros sentimientos; debemos siempre tachar lo que se desvía de la senda progresiva, lo que por ser dicho en boca de una juventud de mérito, puede alucinar y torcer los caminos designados por el siglo. Hagamos una guerra de principios, no insultemos las intenciones, indaguemos las consecuencias, y combatamos las opiniones con el raciocinio. Tal debe ser la marcha de los opositores a ciertas ideas de los que escriben *El Semanario*.

En la *Gaceta del Comercio* hemos leído la crítica del primer número, crítica en parte justa, y en parte dictada tan solamente por un sentimiento esclusivo que encuentra malo lo que no es él, semejante a un Quijote que con lanza en ristre

(1) "El Mercurio", 27 de julio de 1842.

y a caballo, cree no tener igual en el palenque; y sin embargo encuentra luego una lección que lo corre. En el segundo número de *El Semanario*, entre varios artículos, hemos leído un titulado Romanticismo, asunto tan gastado ya en otros pueblos, que nadie hace alto al oírlo nombrar; mas entre nosotros no sucede así, porque todavía se paran las orejas al escucharlo. Algunos lo consideran como un desafío al mundo literario, en que se ha tirado el guante sin recojerlo la sociedad. Otros lo consideran como un duelo admitido ya, y en el cual se bate con la sociedad, sin vencerse ni uno ni otro, semejante a dos gigantes que pretenden tragarse; otros, en fin, y a cuyo número pertenecemos, no encuentran en el romanticismo sino un modo de pensar y un modo de expresar estos pensamientos conforme a la época, a la civilización y a las costumbres. ¿Hay en esto algo de extraordinario? ¿Puede el siglo volver atrás para dejar de ser lo que es? ¿Cada hombre no ha de ser más que un hombre de los tiempos de Homero, Virjilio y Boileau? Tal modo de raciocinar, si se resolviese por la afirmativa, nos induciría a adoptar su política, su relijión, y aquellas costumbres depravadas que la ilustración del siglo no deja de motejar. ¿Por qué no admitimos también estos legados, por qué nos separamos de lo que sus cabezas crearon, sus corazones creyeron y sus palabras aplaudían? Se desecha todo esto, por lo menos se modifica, y sin embargo se quiere hacer tremolar sobre nuestro suelo la bandera de su literatura en toda su extensión. Los retrógrados gritan al mundo de voz en cuello: “hombres de siglo, vosotros no tenéis del presente más que la cara y vida, volved a lo pasado y allí encontraréis el molde de vuestro pensamiento, porque ellos como anteriores a vosotros, os dieron reglas que debéis respetar, sin embargo de que ellos no se atuvieron a ninguna; pensad como pensaron, o de lo contrario seréis unos herejes”. He aquí la sentencia inexorable de un clásico que cae sobre la frente de un romántico que pensando

lo que debió, pensó mal, he aquí la ley que aplica un hombre sin autoridad, porque los primeros ni la consideran como tal, ni pretendieron hacerla cumplir como único modo de pensar, encomendando a un hombre su cumplimiento o no, bajo la pena del ostracismo.

Basta de ideas jenerales; y entremos a revisar las opiniones del articulista que nos la ha motivado en su artículo Romanticismo.

Si hay algún pueblo para quien el romanticismo venga mejor, es cabalmente para Chile; por consiguiente cualquiera limitación de esta literatura, es un paso atrás, y un elemento de mal gusto. El autor del artículo toma un término medio entre las dos escuelas, como en política los serviles suelen disfrazar su opinión llamándose moderados, o del justo medio, sin atender a la atracción de los extremos. La palabra romántico, según dice él, ha significado en Chile todo, ha sido una palabra universal en sus aplicaciones y su existencia. De tal manera que en Chile no se ha sabido verdaderamente lo que es, ni se sabrá, si como pretende el autor, el romanticismo ha de hundirse muy pronto en el olvido. Encuentra la causa de esta falta de discernimiento en las piezas que en el Coliseo de Santiago se han representado y que han sido aplaudidas por la sencilla razón de no haberse podido comprender. Esta salida es algo semejante a la de un diputado que dijo no asistía a las sesiones porque eran muy temprano y gustaba dormir. Atreverse a decir que la no intelijencia de un drama atraía aplausos por el gusto exquisito de no haber entendido, es un absurdo a que le condujo su tenacidad en no ceder a favor del mérito de algunos dramas; así como el diputado no dice que es la falta de sueldo la que no le hace asistir, el señor articulista no dice tampoco que es la bondad del drama lo que las más veces escita aplausos. Se contenta con decir que la unidad de tiempo no debe guardarse, y por esta razón no le disgusta Los 30 años de un jugador, en que se dá una

lección terrible, que es lo que debe hacer el autor. Muy lejos estamos de ensalzar esta obra que, como Ducange, lleva en su frontispicio el sello del mal gusto y la carencia absoluta de poesía en los caracteres apasionados que pinta, y el muchas veces errado conocimiento del corazón humano. Don Justo Medio toma por su cuenta el de Ruy Blas de Víctor Hugo haciendo notar inverosimilitudes de que está plagado este drama. En esta pieza vemos nosotros un principio social desenvuelto, un producto de la igualdad. El lacayo es un hombre plebeyo, su amante es una reina aristocrática; y sin embargo se quieren, porque el ignorante tiene pasiones y la reina desprecia su rango, pisoteando la nobleza y elevando a un lacayo que la ama. Bien puede haber exageración en este drama, pero hay poesía, y dice a cualquier plebeyo: "tú puedes amar a una reina o puedes ser Presidente de Chile". Si el autor no está por esa imaginación atrevida que como el águila se remonta a mundos desconocidos, si quiere un autor menos poético, pero más dramático, estréllese con Dumas, Soullié, Scribe y otros. No escoja tampoco las menos buenas piezas, como lo ha hecho con Víctor Hugo, no sea cobarde, busque siempre el lado más fuerte, y su triunfo podrá ser entonces más brillante. Las piezas no se han representado en el teatro, no son monstruos, no todas han sido como la Monja Sangrienta. Ni en el Paje deja de haber verosimilitud porque un hijo, sin saberlo, se enamora de su madre, siguiendo en esto lo que vulgarmente se llama el oficio de la sangre. En el Pablo Jones de Dumas hay un bello carácter pintado; en Teresa una pasión, un carácter jeneroso como el del jeneral, una pintura de un alma pura y cándida como la de Anjelical Amelia. En Catalina Howard encontrará un pensamiento sublime, digno de Calderón, el remordimiento personificado castigando la ambición de una mujer. En el Anjelo de Hugo, de ese poeta destello del mejor poeta español, Calderón verá grandes pasiones y bien pintadas. En la Clotilde de Sullié verá la venganza de una mujer ofendida y

su jenerosidad, y al mismo tiempo la corrupción de la aristocracia. En el Arte de conspirar del célebre Scribe, verá pintado un carácter diplomático con toda su sagacidad. En fin hay otras piezas que sería fastidioso enumerar, que no son unos monstruos, señor Justo Medio y algunas que tal vez lo son como la mayor parte de las del indijesto Ducange que se han puesto en escena. Y no se diga que todas estas piezas carecen de fin moral, porque sería asentar un absurdo, si es que siempre se ha de visar esa tendencia en las obras dramáticas.

Estamos de acuerdo con el articulista en la existencia de piezas malas y autores malos, porque nadie ha podido imaginarse que el que es romántico sin talento sea un buen autor. De todo se encuentra en la viña del Señor. Negamos, a pesar de esto, la brillantez que se encuentra en las obras de Moratín que han decaído casi enteramente, porque además de ser tal el destino de las comedias de costumbres, el siglo no ha hallado placer en éllas; talvez poca poesía, pero sí buena versificación, purismo y chistes. El Sí de las Niñas, como que es la mejor, suele representarse más comunmente. Las obras de Víctor Hugo, y otros sí vivirán eternamente, como las de Lope de Vega, Calderón, Rojas y otros del teatro antiguo español; si alguna vez la opinión las ha hundido en el olvido, renacerán con más vigor y recobrarán su esplendor. Ni es verdad que el romanticismo ha amenazado invadirlo todo, sino que realmente lo ha invadido a despecho del articulista, y de lo que él llama razón y filosofía. Si algún día sucede a esta escuela otra, no habrá porque admirarse, porque en esto se sigue el orden natural de las cosas, que rechaza siempre lo que no es de la época; tal es la ley del progreso. Por consiguiente hallamos que el epitafio que él piensa poner en la lápida del sepulcro del romanticismo, no quedará grabado más que en el papel que dió a luz el profético pensamiento del autor. Nosotros pondremos un epitafio en la losa de una tumba que ya existe.

Aquí un clásico descansa
 Que murió con la esperanza
 De ver en un gran abismo
 Sumido el romanticismo.
 La huesa se lo tragó,
 Mas él consigo llevó
 Sus reglas, en donde yerta
 Espera su boca abierta,
 Que así pintan la esperanza
 Del que en la tumba descansa.

A continuación del artículo que impugnamos, viene una elegía que es como un reflejo del primero. Si no hay en ella grandes defectos, no hay tampoco bellezas de ninguna clase. Es poco más o menos la repetición de las elegías de los clásicos; su versificación no muy fluída, no tiene mucho mérito. Hay un afecto pintado con ternura, pero talvez con frialdad. Sin embargo, su autor es un poeta de quien Chile espera más, y que según parece satisfará sus esperanzas.

V

CONTINUA EL EXAMEN DEL ARTICULO
 ROMANTICISMO (1)

HEMOS dicho que el romanticismo había muerto diez años había; este es un hecho histórico, conocido de todos los que saben lo que sucede en nuestros tiempos. Si más tarde se ha hablado de él, es porque según las distancias de espacio y

(1) "El Mercurio", 28 de julio de 1842.

de civilización, la impulsión que desde el punto céntrico de la literatura de la época se comunica al pensamiento, llega más tarde o más temprano a sentirse en cada pueblo. El año 1833 escribía Fortoul estas palabras sobre el romanticismo: “el momento en que escribo se presta, a mi modo de ver, maravillosamente a las condiciones de la crítica. El arte, después de haber combatido, se reposa. La muchedumbre dá la espalda a los combatientes, y la cara a los jueces del campo. Se ha puesto el sol que alumbró esta dura jornada, y alcanzan a distinguirse ya en medio de las sombras que cubren la llanura, qué banderas han sido abandonadas, qué cadáveres magnánimos son presa de los cuervos; en el silencio universal, nadie dice qué trompeta ha sido la última en sonar. Al pie de aquellas montañas, todo se ha extinguido; luz, ruído y movimiento de los combatientes”. Pero para *El Semanario* está vivo, porque ha oído rumores vagos entre las jentes del vulgo sobre algunas cosas que le han sorprendido y maravillado a veces sin saber de qué punto vienen. *El Semanario* ha querido tirar su piedra, y después de lanzada a la ventura, presentárenos jadeando de estenuación y fatiga y lleno de satisfacción y orgullo, como el último que ha abandonado la persecución, a contarnos como les cortó las manos a tres, a cuatro enemigos; no les cortó las cabezas, dice, porque ya se las habían cortado otros, diez días antes. ¡Qué valiente muchacho! Más adelante veremos dónde está el romanticismo que se ha propuesto combatir, y a ese no es difícil que logre inutilizarle las manos; pero la cabeza está muy lejos de su alcance para que pueda tocarle un pelo.

No entraremos esta vez a explicar el romanticismo, por que hemos dicho que *El Semanario* no es ni clásico siquiera. La Revista de Valparaíso, con cuyas doctrinas literarias simpatizamos, les ha tirado el guante, y ninguno de sus redactores se ha movido a recojerlo, por desprecio sin duda, por respeto talvez. Hay faltas de lenguaje, y cuando élla se ha pre-

sentado ante aquel ríjido tribunal, los jueces han puesto al pie del memorial, "preséntese en debida forma", y se han reclinado majestuosamente sobre sus sillones, satisfechos de haber conservado ilesa la dignidad de su magistratura. Esperemos, pues, que los que hacen esperar al público que sus producciones no sean tan efímeras como las nuestras; los que señalan con el dedo "aquellos escritos llenos frases ampulosas, pero vacíos de sentido común"; los que "entienden lo que van diciendo", abandonen esos jestos de desprecio con que contestan todo, y que tanto sirven para encubrir la vaciedad presuntuosa como el saber que desdeña manifestarse. Nosotros a imitación del Ingenioso Hidalgo acometeremos estos odres tan repletos, cual si fueran gigantes espantables, y les haremos derramar por las heridas lo que el cerrado gollete nos niega.

Cuando decimos *Semanario*, nos limitaremos por ahora al artículo Romanticismo, porque hay otro entre sus columnas que nos servirá como la pata del gato que cojía el mono para escarbar el fuego. Entre las varias críticas sobre teatro, hay una que arrancó a la Gaceta muy cordiales simpatías. El crítico elogiaba en El Mulato la tendencia verdaderamente social de aquella composición, su moralidad, su reivindicación del hombre de color, su hostilidad a las clases aristocráticas.

Ahora bien, ¿en qué arte poético de Aristóteles, Horacio, Boileau o Hermosilla había encontrado el autor de aquella crítica, este requisito esencial de un drama? La Fedra, La Atalia, o las obras de Inarco Celenio, que adquieren cada día más brillo (en los estantes) ¿descubren esa tendencia a rehabilitar al hombre que sufre por las preocupaciones de la sociedad, al genio que se rebulle en el fango en que lo han echado desigualdades ficticias, y llega a abrirse paso por entre los obstáculos y colocarse en el punto elevado que le corresponde? ¿Dónde está el plebeyo, el mulato, el lacayo, que dice, yo también soy hombre en el teatro clásico, y se presenta en la sociedad de los favorecidos de las leyes sociales a probarles

que él, el mulato tiene más jenio, más talento, más virtudes, más magnanimidad que el poderoso, noble, corrompido, estúpido, y sin un sólo sentimiento jeneroso? ¿Dónde encontró el modelo de esa protesta contra una división de clase ridícula e impotente? ¿En qué escuela se ha inspirado el autor de aquella crítica? Que nos responda, que no se calle también. ¿En dónde? ¿Veamos? En la nueva escuela, en la escuela socialista, cuyas doctrinas no ha hallado escritas en un libro; pero que se le revelan por el espectáculo de nuestras necesidades sociales, por las simpatías de nuestro corazón; porque ya empieza a avergonzarse de que el plebeyo, el mulato, con talento, con virtudes, sea despreciado y mantenido en una inferioridad inmerecida. No queremos pasar adelante, que esto nos basta. Veamos ahora si el romanticismo estableció esta condición del arte. Cuando se pasó el furor de la innovación, el romanticismo fué clasificado por un hombre eminente que no se había alistado en sus filas, con esta frase sencilla, la libertad del pensamiento; otros lo llamaron la rehabilitación, es decir, una protesta enérgica y solemne contra las categorías en que el antiguo espíritu social había encerrado la creación; la admisión de las cosas despreciadas, odiadas y miradas con asco, sin escluir lo feo en el orden físico, lo malo en el orden moral, lo estraño en el orden intelectual. El romanticismo era, pues, una verdadera insurrección literaria como las políticas que le han precedido. Ha destruído todas las antiguas barreras que se creían inamovibles, lo ha revuelto y destruído todo. Pero no construyó nada tampoco, y desapareció el día que concluyó su tarea. ¿Quién le ha sucedido en el lugar que dejó desamparado? ¿Quién aspira al menos a sucederle? El socialismo, perdónennos la palabra; el socialismo, es decir, la necesidad de hacer concurrir la ciencia, el arte y la política al único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren. De

esa Escuela puso en Francia la piedra primera Beranger, combatiendo por el pueblo; y en España, Bretón de los Herreros que ha combatido en el teatro a los carlistas, a las preocupaciones retrógradas, hablando el nuevo lenguaje que adopta hoy la España, que no arroja de las tablas la incorrección popular, las chocarrerías y vulgaridades del pueblo. Fíjese el que quiera en las composiciones de Bretón de los Herreros, muy subalternas en otros respectos, pero con una tendencia social tanjible y manifiesta. Los Seminaristas dirán que todo esto son vulgaridades, frases ampulosas. No importa, vamos adelante.

El poderoso genio de Víctor Hugo después de haber hecho pedazos y pulverizado todas las cadenas literarias, tanto las que oprimían como las que no estorbaban o eran innecesarias, porque ese es el carácter de toda revolución, sintió la necesidad de reconstruir, y de hacer servir el nuevo arte a enderezar los entuertos de la sociedad. Quiso pintar una sociedad caduca, un edificio social que se desmorona, una nobleza decrepita y sin virtudes, una monarquía próxima a su ruína, y en este fango y entre esta podredumbre, colocar al hombre del pueblo, es decir, al pueblo mismo, o al hombre de genio que se esconde bajo los harapos del vulgo, pero que comprende, porque siente los males que pesan sobre la nación; el hombre del pueblo que dice entre dientes meneando la cabeza: ¡si yo fuera rey! ¡si yo fuera ministro! ¡si yo fuera favorito! Este hombre lo encuentra Víctor Hugo envuelto en la librea de un lacayo; le presenta la oportunidad de ser Ministro, de ser favorito, y entonces el hombre lacayo porque nació pobre, toma la dignidad del genio, echa del palacio real a punta pies a la turba de nobles venales y corrompidos, como Cronwell a los miembros del parlamento largo, y se propone salvar la monarquía introduciendo el orden, y remediando los males de la nación que él ha presenciado, sentido y sufrido, como presencian, sienten y sufren todos los oprimidos. Hugo desempe-

ña la idea admirablemente; el lacayo ministro, pone en todas partes el sello del jenio y de la audacia. Pero para desatar la intriga, introduce un trivial efecto teatral, hace al fin que el lacayo con la conciencia de su poder, de su jenio y del amor a la reina, se someta a su antiguo amo, y vuelva a vestir la librea, destruyendo Hugo, como por juguete, toda la grande obra que había comenzado con tanto brillo, y que se había propuesto realizar.

Ya llegamos a donde queríamos. Venga ahora *El Semanario*, que “no puede menos de revelarse contra Víctor Hugo, cuando en Ruy Blas nos pinta un lacayo, (atención) que nunca ha sido más que un lacayo locamente enamorado de una reina (¡atención! ¡atención!) y preñado el corazón de pensamientos y aspiraciones (¡atención ahora!) que apenas cabrían en el alma de uno de los más orgullosos grandes de España”. Suplico a los que leen esto que tengan a la vista el artículo Romanticismo de *El Semanario*. “Semejantes monstruosidades, dice, no existen en la naturaleza”. Lean lo que sigue, que chocea al entendimiento del autor del artículo.

¿Qué quiere decir un lacayo que no ha sido más que un lacayo? ¿Querría que hubiese sido siquiera licenciado, o hidalgo, o rico, o qué querría que hubiese sido antes? Esto es lo más groseramente estúpido que se ha escrito jamás. ¿Con que la librea de lacayo puede destruir en el hombre el jenio y la audacia que son dotes naturales? ¿Cree acaso que se necesita haber cursado las aulas y estudiado a los clásicos para tener sentido común, perspicacia y miras encumbradas? ¿Duda de que la organización privilegiada de Nápoles se habrá encontrado más de una vez bajo los andrajos de un mendigo? ¿Cuántos papas han sido lacayos? ¿Cuántos grandes caudillos pastores? ¿Cuántos reyes grandes han sabido leer? Durante las revoluciones, ¿cuántos millares de Ruy Blas han aparecido los primeros por sus talentos, por sus virtudes, por su jenio, por su valor? *El Semanario* atribuirá al colejio los estraor-

dinarios talentos de Napoleón, que al fin no llevó nunca la librea del lacayo; pero ¿y Junot el tambor, y Lannes el sargento, y Kleber, que fué el primero en comprender a Napoleón, y Cambrone que no sabía leer, y el rey Murat hijo de un hostelero, y todos los jenerales guerrilleros de la península; y el Príncipe de la Paz, Ruy Blas, y Mehemet Alí, que ha civilizado su patria venciendo las preocupaciones y las resistencias nacionales, y comprendiendo todo lo que el genio más colosal puede alcanzar, y O'Connell, y...? Eh! dá asco ponerse a combatir semejantes torpezas. La guerra de la independencia americana nos había familiarizado con estos Ruy Blas, que han aprovechado la ocasión de un sacudimiento social para manifestarse, tomar un fusil y acabar una campaña generales, gobernadores, representantes del pueblo, y no hay República en América que no tenga hasta hoy jenerales y diplomáticos que han sido en su orijen verdaderos lacayos.

Era preciso que todo un clásico viniese a ultrajar la naturaleza humana, a tomar el hábito por el monje, a desmentir la historia contemporánea y la de todos los tiempos. Y luego, hallar absurdo que un lacayo de jenio conciba más alto que un grande de España estúpido! ¡Un grande de España! ¿Cuál es el grande de España que haya tenido capacidad y talentos medianos siquiera en estos tiempos? La jenerosidad de los hombres eminentes de España han sido plebeyos. ¡Se asombra de que un lacayo se atreva a enamorarse de una reina! Pídanos la lista de las reinas que han prodigado sus favores a lacayos y cocineros, y se la pasaremos gustosos; pídanos la lista de los favoritos en las monarquías absolutas, y de los eunucos y hombres del vulgo en el imperio romano, hombres verdaderamente grandes que han sido elevados al poder por los más raros caprichos, y se han mostrado dignos de su posición, y se la daremos.

Pero no, el autor de todas estas basuras no ha visto en la librea de un lacayo, sino la librea; un lacayo no puede te-

ner más talento que su amo, y más capacidad que el que ha escrito el artículo Romanticismo.

Este literato ha tomado el lacayo por nada más que el lacayo. No ha visto que un lacayo es el peón, el artesano, el marino, el bodegonero, el roto, el hombre, en fin, que se halla mal colocado en la sociedad, y que sin embargo puede ser un hombre extraordinario. No sabe que un muchacho criado en la calle veía pintar una vez, y dijo inspirado, yo también sé pintar, y ese muchacho fué Corregio; no sabe que Pascal, un niño, resolvió los problemas que su padre, un matemático de reputación, no había podido resolver en 10 años de trabajo. No sabe que la mayor parte de los hombres de jenio han nacido lacayos.

Si fuera grande de España, vaya! si hubiera estado en un colejo, vaya! si hubiese nacido vínculo, pase! ¡qué crítica, qué filosofía, qué conocimiento de la época en que vive y de la naturaleza del hombre! Qué pieza para rebelarse contra Víctor Hugo, para atacar el romanticismo, para ponerse al frente de una publicación periódica, para hablar de "escritos llenos de frases ampulosas y vacíos de sentido común", para llamarsè literato! Pero no se le dé cuidado; ya le irá tomando el peso a la tarea que ha emprendido tan solapadamente. Veremos en qué paran "las frases ampulosas". Lo hemos tomado por los cabezones y sacudido de ambas orejas. Mañana lo pondremos patas arriba para que se le vea el rabo al artículo Romanticismo. Veremos con qué fin lo escribieron y dónde han visto en Chile el Romanticismo.

VI

CONCLUYE EL ANALISIS DEL ARTICULO
ROMANTICISMO (1)

A SI encontramos tales defectos (los de Ruy Blas), dice *El Semanario*, en las obras de los fundadores del romanticismo, ¿qué diremos de sus imitadores?" ¿Qué ha de decir que no sea un tejido de vulgaridades que no hay chiquillo estudiante que no pueda repetir, que todo extremo es vicioso? ¡Oh, Pedro Grullo de feliz memoria! Pero vamos a cuentas. ¿Con qué motivo se escribió el artículo Romanticismo? ¿Qué antecedente inmediato lo ha motivado? O escriben Uds. por escribir, es decir, el arte por el arte, y entonces son románticos, o escriben para servir a la ilustración, y entonces son unos pobres diablos, porque después que la Revista de Valparaíso ha analizado histórica y filosóficamente el romanticismo, el artículo de *El Semanario* que no refutaba nada, era escupir al cielo. ¿Con qué fin se escribió el artículo Romanticismo, pues? Veamos, confiésenlo! Se resisten, eh? Pues bien. Venga el deponente y cómplice Jotabeche. *El Mercurio* es el romántico sobre el cual llueven de una parte las burlas, de la otra los razonamientos, pero de una y otra las mismas doctrinas, los mismos principios; el uno ha visto en el teatro el galicismo personificado con su lenguaje mestizo, ha visto al afrancesado; el otro ha visto bruler las intelectualidades por los progresos humanitarios; el uno no entiende lo que va diciendo, y pregunta en qué castellano está escrita la revista; el otro nota aquellos escritos llenos de frases ampulosas, pero vacíos de sentido común, con que el falso mérito pretende a menudo

(1) "El Mercurio", 29 de julio de 1842.

encontrar el difícil camino de la gloria; el uno dice que solo basta, para ser romántico, tirar tajos y reveses contra la aristocracia; el otro observa; que es el perpetuo destino de esta canalla (los románticos) no acercarse en lo bueno jamás a sus modelos, escederlos en lo malo.

Según, pues, estas declaraciones, resulta que es *El Mercurio*, y después el de La Gaceta, por afinidad, el blanco a donde se dirijían estos tiros, unos a las claras, los otros encapotados, cual píldoras envueltas en insípida oblea. Probaremos ahora que estos ataques se fundan en la ignorancia supina de lo que es el Romanticismo. Nos permitirá *El Semanario* que defendamos nuestras opiniones, aunque haya una buena dosis de arrogancia y presunción de nuestra parte en suponernos objeto digno de su persecución. Nunca persiguió el noble león a los insectos y alimañas.

“No ha mucho tiempo, dice *El Semanario*, que esta palabra Romanticismo se repita a cada momento entre nosotros y sin que nadie entendiese su verdadero significado, oímos llamar Romanticismo a los escritos, etc.” Y en efecto, en la Guerra, a la Tiraría, en el Elector, y en varias publicaciones de ahora, un año, vemos repetida con frecuencia esta palabra. Escribía artículos románticos Justo Estaa y algunos otros, entre ellos hubo uno que atrajo un poco la atención, titulado 12 de Febrero de 1817. Los que blasonan ahora de literatos clásicos no rigurosos, lo saludaron con el nombre de Romántico, y no hallándole galicismo, lo declararon tolerable; otros le hallaron bueno; y no faltaron algunos que lo aclamasen hermoso; lo cierto del caso es que a su autor les sirvió de carta de introducción para muchos. Pero vamos a lo que importa. ¿Era romántico aquel artículo? ¿Que señalan en él los Seminaristas los absurdos en que la canalla de los imitadores incurre? ¿Era tan romántico como ellos son clásicos literatos? Si a alguna escuela pertenecía es a la socialista, que no escribe para escribir como la romántica, ni para imitar maquina-

mente como la clásica, sino para servir los intereses de la sociedad. El autor de aquel artículo echó un rayo de luz sobre un acontecimiento histórico y nacional; y describiéndolo por las sensaciones, despertó en todas las almas sensibles un sentimiento jeneroso de gloria, de patriotismo, de libertad; e hizo revivir aquellos tiempos de lucha, de combates, de emigración y de regreso a la Patria con todos sus colores y sus inefables alegrías. Imploró piedad por todos los héroes de la Independencia que jemían en el destierro y en la desgracia, y logró conmover muchos corazones. *El Mercurio* siguió poco después una tendencia igual, y cuando hubo de tratar las cuestiones de partido, invocó principios democráticos en apoyo del que adoptó; combatió las tendencias retrógradas como las esaltaciones de un liberalismo que no tenía por base el presente, sino los recuerdos y las tradiciones de otra época, y con "frases ampulosas y desnudas de sentido común", logró que la multitud lo aplaudiese, sin duda como dice *El Semanario*, por la misma razón que no lo comprendía. El caso es que por la misma coincidencia que ha hecho que *El Semanario* nazca cuando *El Mercurio* ponía en duda el saber de los pretendidos clásicos, muchos luminare de la prensa periódica se extinguieron antes de tocar el horizonte, sin que ninguno, aunque no conviniese con sus doctrinas, le gritase entonces las verdades que ha tenido la mortificación de escuchar después. Es verdad que, "como nunca podrá, según *El Semanario*, existir una fascinación duradera en el espíritu humano, a no ser producida por un mérito verdadero, la efervescencia causada por la novedad, se disipa bien pronto, la severa razón vuelve a sentarse sobre su trono, pronuncia su fallo inexorable, y lo que arrancaba aplausos al principio, se mira luego con indiferencia; a la indiferencia se sucede la aversión o la burla, y últimamente el ídolo que recibiera los inciensos universales se sepulta en un olvido sempiterno". Rasgo lleno de verdad y que honra efectivamente al que lo envuelve en los pañales del

artículo Romanticismo, para indicar con esta sola palabra cuál era el tipo que escribía. Las conversaciones particulares de los seminaristas confirman esta interpretación. Pero más completo hubiera sido el cuadro si hubiese añadido las palabras de una mujer alemana: “la multitud es hostil a la demostración de las ideas nuevas; el demostrador debe tener la paciencia y la vigilancia de la defensiva; una inalterable firmeza contra la tristeza, el aburrimiento y el disgusto que inspiran la astucia, la estupidez, la pedantería y la inmovilidad”. Si tal hubiese agregado, nosotros alentados por estas palabras consoladoras, habríamos exclamado cuando menos con un cierto escritor del siglo pasado: “es preciso en todo país dejar que hable la canalla literaria; sería mejor que no hablase, pero como no se le puede tapar la boca...”

Pero dejémonos de estas necesades. Nuestro único objeto era demostrar que en todos tiempos, en todas materias, hemos guardado una unidad de principios literarios que nos atrevemos a desafiar a todos nuestros denigradores que desmientan. Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia, y la actividad de la acción, al establecimiento de un Gobierno democrático, fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución. Dirá *El Semanario* que todo esto es una bombolla, que son frases ampulosas; pero que se guarde atacarlo por esa parte, porque no ha de quedar muy bien parado. Entre estas ideas tomadas al vuelo, como ha dicho algunos benditos, y revististas de frases ampulosas, tenemos la de propender a la igualdad, contribuyendo a la mejora intelectual de las masas; y si *El Semanario* tuviese principios, filosofía y respeto por el hombre, cualquiera que sea el punto de la sociedad de donde venga, no hubiera tenido la impertinencia de decir que un

hombre no podría ser grande, porque nunca había sido más que un lacayo; es decir porque no había nacido grande de España, porque era del pueblo, o porque no había recibido las borlas doctorales. Que recuerde *El Semanario*, lo que contestábamos al Elector y al Liberal en la polémica de elecciones sobre la falta de conocimientos y estudios que echaban en cara a uno de los candidatos, y verá desde entonces trazada nuestra escuela literaria. La rehabilitación de todo hombre por la capacidad que posea, capacidad de gloria, capacidad de talento, capacidad de industria, capacidad de influencia, capacidad de saber.

Que recorran todas nuestras publicaciones, una por una, que vean todo lo que hemos escrito sobre teatro, es decir sobre arte, y verán brillar en ellos la antorcha que nos guía en todo: que lean algunas efímeras publicaciones, como el 12 de Febrero, el 5 de Abril, el 9 de Julio, el 25 de Mayo, y que digan los pretensos clásicos si alguna vez su corazón se ha conmovido para tributar a la libertad estos homenajes. Verdad es que dirán que en aquellos artículos bombásticos, no hay tanta poesía, tantas imágenes, tantos sentimientos jenerosos, como en un suspiro y una flor o los versos de una madre, que en la efímera prosa no hay poesía como en los amartillados versos.

Que recorran nuestros artículos de costumbres y encontrarán en ellos estampados el mismo sello. Que releen, en fin, nuestros pensamientos sobre política, y hallarán en todas partes la misma tendencia, el mismo fin, la mejora de la sociedad y el establecimiento de la libertad, y el triunfo del mérito tal como se presente. Después de eso, pásense la palabra para gritar y repetir, ideas cojidas al vuelo.

Creemos lo dicho suficiente para hacer comprender a *El Semanario* que estamos en guardia para sus ataques; que no apreciamos sino con una pobreza de Artículo Romanticismo, que negamos a su autor el título de literato que pretende y

que se lo hemos de hacer pedazos cada vez que se nos presente con insultos de este jénero; que no tiene el apostolado de redactores, principios fijos, ni objeto común, y por tanto sus páginas han de ser una olla podrida en que haya de todo: Romanticismo, porque no lo conoce ni por las tapas; clacisismo por las palabras estéticas, las frases éticas y los períodos raquíticos de sus discursos y las ideas chochas y desmoladas que vierte; socialismo, porque hay algunos liberales entre ellos que tienen ideas más avanzadas.

Propagando en unos artículos ideas retrógradas, en otros ideas liberales, porque no hay comunidad de principios, porque al escribir no se propusieron, porque no pueden realizar una idea útil a la sociedad. Todas las escuelas van a tener sus representantes; en cada página y en cada escrito hallaremos el caos de tendencias y de principios.

Ya verán nuestros adversarios que no podría juzgarse cuál es mayor, si nuestra arrogancia o nuestra falta de comedimiento; pero hemos querido probar que estamos prontos a batirnos con todas armas; a bien que éste es un asunto de estudiantes en que nadie se interesa. Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias, haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro, el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere. ¡Con que digan no más, que estamos esperando ver por dónde revienta esta postema! ¿Desprecios y desdenes? ¡Puf! Ese es nuestro plato favorito. ¿Raciocinios, ideas, luces? Las analizaremos. ¿Faltas de lenguaje? Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa la media en filosofía del lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que mientras ellos pretendan representar la literatura nacional, no se ha de ver una chispa de pensamiento ni de espontaneidad.

Puede ser que cuando les hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a mani-

festar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que no son más que atrasados influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo la falta tiene por definición la filosofía es la ciencia de la vida, de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo el sentimiento de libertad puro, sin ataque ni defensa de personas; por qué no se mueve por ellos; por qué no vive de nada ni representa nada; por qué hace farsa de las loquerías de San Andrés, donde los principios que ellos representan juegan a la chueca con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quien se ha levantado la inquisición política y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo, y todas esas bagatelas.

Mas para combatirnos ahora apelarán a ciertos móviles conocimientos; suscitarán las preocupaciones retrógradas, y el nacionalismo tal como se muestra entre el vulgo español esclusivo, y liberal; hablarán de que hombres de luces ya no leen como antes las páginas de *El Mercurio*; apelarán a las autoridades de nombres respetables para envolverse; harán, en fin, todo lo que las pasiones mortificadas, el espíritu de cuerpo hace y ha hecho siempre en iguales casos. Hagan lo que les dé la gana. Nosotros apretaremos el paso un poco, menudearemos nuestros golpes como cuando la polémica de elecciones, y confiamos, más en la bondad de nuestra causa, que en nuestras propias fuerzas, que hemos de hacer revivir el brillo pasado de *El Mercurio*, a espensas de nuestros adversarios, y aunque después se siente ostentosamente la razón sobre su trono y pronuncie su fallo inesorable, y aunque lo que arranca aplausos al principio, se mire luego con indiferencia. Escriban otro artículo Romanticismo, y vean en seguida donde se sientan.

VII

LAS INTENCIONES DEL SEMANARIO (1)

UN curioso hecho se hace notar en las publicaciones del *Semanario*, que nos trae a la memoria una época no muy remota en que tuvimos que combatir una rara preocupación que dominaba a todos los periodistas y panfletistas. Cualquiera que fuese el partido a que perteneciesen, cualesquiera que fuesen las opiniones que manifestasen era la Nación la que hablaba por la boca de ellos y la Nación la que quería ésto o lo otro; de manera que había tres naciones en una: una verde, una negra y otra blanca, y otra que no entraba en cuenta y era la más grande, que era la nación de los indiferentes, la nación de los que ni ganan, ni pierden; la nación encargada de gritar: ¡Murió el rey! ¡Viva el rey! Sea Pedro o Juan de los apóstoles el que se sienta en la silla. Ahora *El Semanario* es el representante del público; se ha cambiado la palabra y aunque el público recién empieza a tener noticias de que *El Semanario* existe, el público y no los redactores juzga, aprueba o aplaude sus producciones. Por ejemplo, querían en el primer número tirarnos un garbancito, y decían muy candorosamente: “no porque nosotros lo digamos, sino porque el público espera hallar en nuestras producciones escritos (y aquí le salían los colores a la cara a *El Semanario*), de un interés menos efímero que los de *El Mercurio*”. ¡Oh! Es el público un mueble muy elástico y que se presta a todo lo que quieren hacer de él los que escriben.

Más adelante, querían hablar de nuestro galicismo, de nuestro lenguaje mestizo, ¿y qué hicieron? Criticar un sainete titulado *La francesa y el español*, en el cual vieron el ga-

(1) “*El Mercurio*”, 30 de julio de 1842.

licismo personificado. Y no es ésto decir que el autor se hubiese propuesto pintar el galicismo, no; él ha pintado en las tablas un pobre francés; el público, ¡oh público útil para encubrir las ideas y designios propios!, el público no ha querido ver la caricatura del francés, sino la del afrancesado, es decir, *El Mercurio*. El público que está tan interesado como los redactores de *El Semanario*, en hacer la guerra a *El Mercurio*, y que se ocupa de galicismo y de frases ampulosas, es el que no quiere ver las cosas como son, y las ve como le conviene a *El Semanario*; ve lo que el autor no ha soñado siquiera, lo que *El Semanario* desea que vea.

Pero a poco andar se le vieron las uñas al lobo. Luego no más se quitan la máscara y se desatan contra la empresa del teatro porque consiente, ¡oh escándalo! ¡oh abominación!, que unos nombres que el público no ha visto siquiera, estén escritos en francés. Desaparezcan, pues, Uranie, Polimnia, Terpsicore y leamos en su lugar Urania, Polimnia, Terpsícore. ¡Qué bello rasgo de patriotismo! Mañana han de querer que se rompan todos los mapas de jeografía que estén en francés, y se prohíban los libros que estén en francés, a fin de que el galicismo, el afrancesamiento, el horrible y abominable contagio del estranjerismo no cunda.

De manera que habiendo necesidad de hacer algo, de decir algo, ahí está don público prontito, saltando como perro de agua, mirando de hito en hito a quien tira la pelota para ir a recogerla.

Nosotros, que no creemos en naciones, ni en público, traducimos todas estas frases de esta manera: los redactores de *El Semanario*, quieren habérselas con nosotros, y se las habrán, porque el que ataca al can ataca al sabadán, y el público no se mete en esas niñerías; gusta que se rompan los cuernos los escritores, y sacar él solo la utilidad oyendo el pro y el contra de las cuestiones que se ventilan. Conque déjense de público los señores de *El Semanario*, que nosotros también te-

nemos nuestro publiquito diminuto, pero joven, ilustrado y amigo de su tiempo y de las cosas que no huelen a tocino rancio como el elacisismo.

VIII

VOLVAMOS TODOS A LA MODERACION (1)

HEMOS terminado la discusión de una cuestión de literatura, a la que hemos dado todos los caracteres y la acrimonia de una cuestión personal. Cuando hemos usado de un lenguaje cáustico y descomedido con los que tienen o profesan diversos principios literarios que nosotros nos creemos en el deber de satisfacer al público sobre los motivos que nos han echado en esta vía tortuosa y que conduce sin duda a estravíos muy deplorables.

El Mercurio, o sus editores, han resistido siempre a la tentación de volver agravio por agravio, y nadie puede desconocer una moderación que no se ha desmentido jamás. Si alguna vez se echó este diario en el tumultuoso mar de las discusiones de partido, sus esfuerzos todos propendieron a sacar las cuestiones del campo de las personalidades; no atacó ningún escritor como hombre privado, ni penetró más allá de los límites de la vida pública cuando se ocupaba de los hombres que representamos los colores políticos; hizo más todavía, trabajó por todos los medios que el razonamiento y la sátira proporciona a un escritor, para desacreditar en el público el lenguaje cáustico y personal de muchos periódicos de la época, y no ha faltado quien atribuyese entonces a *El Mercurio* una saludable influencia para mitigar el ardor casi in-

(1) "El Mercurio", julio de 1842.

evitable en las discusiones de partidos. *El Mercurio* ha guardado siempre un silencio decoroso, cuando ha llovido sobre sus editores, no sólo sarcasmo, sino injurias que habrían dado para juicios de imprenta. Existen en ésta comunicados que por desgracia se han dejado de publicar. ¿Ha hablado alguna vez *El Mercurio* sobre Educación Primaria? Al momento han llovido sobre sus redactores ultrajes personales de un carácter odioso. ¿Han escrito sobre literatura? Ha sucedido lo mismo. ¿Se ha organizado algún nuevo periódico en la capital? Muy luego aparece la pretensión de concitar el menosprecio y la risa pública contra los editores de *El Semanario* ven el galismo personificado, el lenguaje mestizo, y eso a los 20 días de haber sido saludado *El Mercurio* con los mismos epítetos. Prevalece, pues, una falta de consideración entre los que escriben, un deseo de rebajarse recíprocamente que hace muy poco honor a nuestra prensa periódica, tanto más perjudicial, cuanto que los escritores públicos, están en América encargados de una alta misión civilizadora y social y por miramientos al traje que revisten, más bien que por su importancia intrínseca, debieran conservárseles ciertos fueros y guardárseles cierta medida con ellos. Harto enojosa es de suyo la tarea para rodearla todavía de nuevas espinas.

El Mercurio ha querido una vez por todas salirse de madre, y volver con usura los rigores y menosprecios que se le prodigan, para hacerles sentir una vez a sus contrarios todo lo que hay de mortificante en esos abusos de la prensa, y que la experiencia propia les dé una regla de la medida que conviene a todas las cosas. Hoy sentirán, pues, lo que importa el axioma fundamental de la moral cristiana: no hagáis a otro lo que no quisierais que os hagan a vosotros mismos.

El Mercurio ha llenado un deber para consigo mismo; y sus editores han querido mostrar que también ellos tienen pasiones por soltar como perros rabiosos, desdenes que prodigar y palabras descorteses que vomitan. La prensa periódica ga-

nará mucho en éllo, aunque los editores de *El Mercurio* pierdan algo en la tentativa. Un hombre gusta más de ser aborrecido que despreciado, porque lo primero revela fuerza y lo último impotencia.

Ya es tiempo, pues, de que la prensa periódica entre en sus verdaderos límites, que los editores se olviden de sí mismo, por ocuparse del público, objeto de sus trabajos. Esto y el convencimiento de que pueden coexistir doctrinas y opiniones contrarias, hará que se economicen artículos insidiosos o inútiles, alusiones y personalidades perjudiciales, desdenes y provocaciones infundadas. Muy ancho es el espacio de la inteligencia en Chile para que la emisión del pensamiento se dilate a su placer; ni es necesario que sucumban unos escritos para que tengan aceptación otros. Todos pueden vivir a su tiempo. El monopolio de las ideas y la uniformidad de las ideas no existe sino en las monarquías absolutas y en los países ignorantes, y Chile no es ni lo uno ni lo otro.

Respetémonos mutuamente, y no llenemos de escándalo al público, que necesita lecciones de prudencia en los que escriben y no el espectáculo de pasiones desenfrenadas; pero que este respeto sea mutuo, porque si un diario se contiene siempre en los límites de la moderación, y los corresponsales y los demás partidos no lo hacen; si el uno sabe sufrir y los otros herir, si el uno pide siempre misericordia y los demás lo hacen objeto de escarnio, entonces el público menosprecia al cobarde, que pudiendo, no vuelve los golpes, y se deja vilipendiar y estropear.

Necesitamos hacer esta declaración al terminar una discusión que ha motivado mucha irritación. El duelo en Europa ha traído el inmenso bien de hacer a todos los hombres corteses, porque saben que a continuación de la última sílaba de un insulto o de un desdén, está la punta de un florete o el plomo de una bala. Nuestra polémica traerá también esas consecuencias. Nos respetaremos, y ande la danza.

IX

SEGUNDA CORRESPONDENCIA DE UN
IMPARCIAL (1)

A CABAMOS de leer el número cuarto de *El Semanario*, en que se les da una buena zorra a los diarios de Valparaíso por las publicaciones que han hecho en las cuestiones del romanticismo.

Apostaríamos a que no se quedan callados sus redactores, porque, como dice Larra, para esto de contestar son muy bien criados los periodistas. Pero temiendo que tal vez vendrá recién rodando la contestación por la cuesta de Prado, rogamos a usted se sirva insertar las siguientes observaciones, a buena cuenta y sin perjuicio de las acciones que entablarán los interesados.

El Semanario que fué quien dió origen a la cuestión sobre el romanticismo, que, con permiso de usted ha aburrido a muchos lectores, es, sin embargo, el mismo que después de haber alzado bandera de paz sus adversarios, se queda todavía en el campo y les tira por la espalda con bala de cañón. ¡Pero vea usted lo que es ser clásico! Todo esto hace *El Semanario* del modo más honesto y pacífico, sujeto siempre a las reglas del arte, y sin descomponer su grave semblante, ni alterar su acompasada marcha. Estos malditos románticos todo lo dicen a gritos, y escriben siempre en ocho cuadros; así ¡cómo no han de ser insultantes! Pero un escritor clásico llama famélico a su adversario con el mayor sosiego, le dice charlatán en cuatro palabras muy sonoras, sobre todo hace a un lado mañosamente la cuestión que se trata, y de este modo ¿quién no le

(1) "El Mercurio", 7 de agosto de 1842.

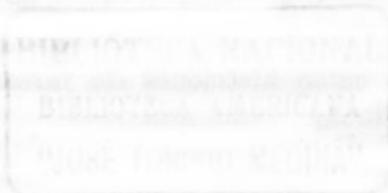
ha de alabar su moderación? Los redactores de *El Mercurio* y de la gaceta son unos plebeyos, entre otros motivos porque dicen cancha en vez de palestra, faltando así a los respetos que se deben a unos señores que sólo escriben en los breves momentos que les dejan de descanso sus atenciones. Son unos insolentes porque llaman ignorantes a unos patriotas; son, en fin, enemigos de la comunidad porque dicen sin empacho sus opiniones delante de los representantes de la juventud chilena. ¿No es verdad, señores redactores de *El Semanario*, que ustedes nos representan?

Pero basta de ironías. La cuestión del romanticismo que se ha presentado entre nosotros como caída de las nubes y que parece tan impropia en la época actual y en una ciudad tan positiva como Valparaíso, ha sido, sin embargo, de mucho provecho. Bajo la apariencia de una cuestión literaria, se han desarrollado principios sociales que les importa a la juventud estudiosa no perder nunca de vista; y se han despertado esas dos tendencias que se hacen en la guerra en todas las sociedades, y que en la nuestra parecían estar adormecidas, a saber: la del progreso, la del *statu quo*. Por supuesto, que ha habido golpes bruscos y sonidos ásperos, tanto de una parte como de otra. Esto era natural, aunque no sea digno de alabanza y por esta razón nos ha chocado sobre manera que en vez de ocuparse *El Semanario* de la verdadera cuestión, en vez de refutar las doctrinas de sus adversarios, y de hacer explícitamente su profesión de fe, salga ahora haciéndose el ofendido, y guardando siempre silencio sobre la cuestión literaria. Extrañamos que aspire a la palma de la moderación sin aspirar al mismo tiempo a la del triunfo o a la de la franqueza para mostrar sus opiniones; y crece nuestra sorpresa cuando consideramos que *El Semanario* tampoco puede esijir del público que le reconozca moderación, porque ¿cuál ha sido su conducta en la cuestión? Su primer artículo sobre el romanticismo, lejos de ser una esplanación de esta escuela, y una justa

aparición de sus méritos, no fué talvez más que un pretesto para dirigir tiros personales que todo el mundo comprendió; al menos esta clasificación de ese artículo es la única que puede disculpar su superficialidad, y dejar bien parada la reputación literaria de sus autores. El segundo artículo que se registró en el número tercero de *El Semanario* no fué sino una pura sátira contra el redactor de *El Mercurio*; y el que ahora nos ha venido en el número cuarto, aunque no es burlesco es seriamente insultante. ¿Con qué títulos, pues, quiere *El Semanario* que se le tenga por moderado? ¿Con qué motivo prescindir de la cuestión después de haberla provocado? ¿Qué significa ese aire de importancia y ese tono de superioridad cuando no ha dicho hasta una palabra sobre el asunto?

Concluyamos. La conducta que hasta aquí ha observado *El Semanario* lo hace responsable del jiro que puede tomar en adelante la cuestión. El ha cortado la discusión literaria fomentando al mismo tiempo antipatías; y ha privado al público de sus luces sin acreditarse por eso en ningún otro sentido.

En una palabra, si los redactores de *El Semanario* no son en realidad retrógrados, al menos han cometido un error muy grave al principiar su carrera; error que lamentamos sinceramente y que deseáramos lo pudiesen corregir en adelante.



X

CONCLUSION (1)

HEMOS leído en el número cuarto de *El Semanario* de Santiago un artículo Semanario, en que la comunidad reverenda, que supone sin razón que la odiamos, nos ha honrado con los más gratos recuerdos. *El Semanario* no es responsable de todo lo que han escrito en sus números anteriores, puesto que en ninguno de ellos había puesto su razón el periódico. En el cuarto número, y eso en la cuarta página, recién descende la comunidad reunida a hablar al público bajo el epígrafe Semanario. Se nos vienen a la memoria aquellas peleas de las mujeres del pueblo en las que después de darse sendos puñetazos y mesarse recíprocamente los cabellos, la más estropeada concluye con una descarga de denuestos sobre su afortunada antagonista, que diera margen a nueva y más cruda refriega, sino sintiese la tal lo indigno que es el meterse con barraganas plumas y jente ordinaria, "pues yo no soy como élla la muy desollada, la... la..."

El Semanario seguirá adelante su camino cuando salga a la palestra un caballero (sobre todo si es grande de España), dará una contestación atenta; cuando el impugnador sea un hombre de cancha, un lacayo, un chuquiso, un plumo, un ordinario, desdeñará de combatir con él, el desollado, el famélico, el degollador, el... Tiene razón *El Semanario*; sus redactores no están en el caso de ofrecerse en espectáculo al pueblo como histriones de farsa. No; ellos son jente rica y acomodada, llevan una vida decente y recojida, y sobre todo son caballeros de muy noble alcurnia. Eso de ofrecerse en espectáculo como histriones de farsa, queda para los redactorci-

(1) "El Mercurio", 8 de agosto de 1842.

llos famélicos, a quienes se puede sin rubor y sin remordimiento, por quítame allá estas pájinas, sacar a la palestra con todos sus pelos y señales, con sus bigotes, la aldea donde nacieron, la presunción, la ignorancia, el estranjerismo, la casa en que viven, el salario que ganan. Ahí está don Eleili, el Otro Quidam y los demás reverendos de la comunidad que les enseñarán cómo debe tratarse a la canalla de los imitadores de los románticos; jente ruín, jente de cancha que hace de los desdenes de los nobles su plato favorito, jente descarada que “no conserva sentimientos de delicadeza y de pundonor”, a esos sí, no haya miedo, escúpanles la cara, y cuando hablen de literatura y de idioma, sáquenlos de una pata a la palestra y díganle al público: véanle la figura al que habla de idioma; ¿en qué aldea ha nacido este portento?, que al cabo no tiene padre ni madre ni perro quien le ladre. Pero si acosado, cansado al fin de sufrir y de ser ofrecido en espectáculo como un histrión de farsa, agarra a su turno a uno del montón y lo hace presa de su diente emponzoñado y le dice apretándole el gáznate: aquí me has de decir si sois hombre o sois mujer, y le hace echar tanta lengua; entonces, ¡ay, Señor de mi alma! ¡qué escándalo! ¡qué infamia! ¡qué villanía! Atreverse el menguado, el famélico, el histrión, a hacer lo que nosotros no más tenemos derecho de hacer; ¿quién lo ha autorizado al menguado a pagar en la misma moneda a los literatos como los Quidam y los Eleili? ¿Se olvida que esta no es su aldea, que debe andar como pollo en corral ajeno, con el sombrero en la mano, con la vista en el suelo?

¡Oh! Es mucha ley del embudo, pues que la del talión es una barbarie inaudita, digna de tiempos oscuros! No sean benditos, señores de *El Semanario*, que si no fueran caballeros de vida tan decente y recojida les diríamos sin tantita pena que no sean zonzos. *El Mercurio* no se ha ocupado de personalidades jamás, y ustedes siempre, y aunque hombres de cancha, prometemos (*parole d'honneur*) probárselo, si dan sus

nombres y nosotros los nuestros. Cuando *El Mercurio* ha usado un lenguaje cáustico, ofensivo y mortificado, no ha designado persona, y tan bien le viene el sayo a uno de la comunidad como a otro; mientras que en la contestación tan decorosa como ustedes dan, como en los antecedentes artículos que tienen relación con *El Mercurio*, ustedes designan con el dedo, por todos los accidentes que pueden caracterizarla, la persona a quien se dirijen; de manera que no hay perro ni gato en Chile que no sepa el nombre, la filiación, la procedencia y milagro de los redactores de *El Mercurio*. Aun cuando imitábamos la táctica inmoral de nuestro adversario, no hemos llegado a designar persona alguna, mientras que los de *El Semanario*, cuando afectan adoptar la que nos ha caracterizado siempre, descubren todavía la pata de que cojea. Lea cualquiera el artículo de fondo de *El Semanario*, y hallará lo menos doce alusiones a personas determinadas. Lean los más virulentos artículos de *El Mercurio* y busquen una sola.

Pero doblemos esta hoja; reconozcamos mutuamente nuestros extravíos y prometamos la enmienda; porque volveremos a las andadas, y ¡vive Dios!... pero no, nada, nada, paz Señor, paz, concordia entre los redactores cristianos, aunque algunos sean mulatos.

¿Y qué me dicen de las derrotas sufridas en anteriores contiendas? ¡Oh! Este caos son muitas cosa. Son incorrejibles. Va sucediendo en Chile con el romanticismo lo que ha sucedido con ciertos escritos llenos de frases ampulosas, vacíos de ciencia y de cordura, repletos tan solo de una presunción necia y de locuaz charlatanería. ¿No lo ven? Y sigue todavía la cantinela con lo de famélico, y lo de pluma tornasol de pavo real, fantasma hueca, y hombre de cancha, y voto... ¡Quién pudiera dorarles el pico a los jilgueros! Es verdad que seguros del triunfo entrarían en una polémica sobre el romanticismo; no precisamente sobre el romanticismo, porque están en acuerdo en muchas ideas, como la Gaceta que vino en apo-

yo nuestro con toda la artillería gruesa, los bagajes, trenes y almacenes de guerra; pero si en otra cuestión, sobre saber, por ejemplo, quien lleva una vida más decente y más recojida, quien principió con la táctica inmoral, donde nació *El Mercurio*, quien lo parió.

Pero no hay que esperar enmienda. Son estos caballeros como aquella mujer que, no pudiendo decirle a su marido piojoso porque se estaba ahogando, sacaba ambas manos afuera del agua y le hacía con las uñas indicaciones bien claras de lo que no podían los labios pronunciar. Así *El Semanario*; ya que lo zabullimos en el romanticismo, nos esta haciendo con las manos: vacíos de ciencia, repletos de charlatanería, famélicos de pan, frases ampulosas. ¡Anda con Dios!

Pero, por la Virgen, dejémonos de estas cosas; ya basta. No vuelva *El Semanario* a escribir sobre esta odiosa materia, porque, sin que esté en nuestras manos remediarlo, le hemos de contestar al canto, y para quitarnos de ruidos es mejor no acordarse de que existe tal *Mercurio*, para que nosotros nos olvidemos de que existe tal *Semanario*. El porrazo ha sido de aquellos que no se borran en seis meses; que para entonces, si vuelven a hablar de bigotes, nos llegará de Francia una magnífica carabina de doce tiros, cosa de que a la menor provocación le pegamos en el apostolado, a la odiada comunidad, tal descarga que no quede uno parado para contar el acuerdo.

MI DEFENSA

1843

“No hay cosa más difícil, decía Sully, que defenderse de una calumnia forjada por un cortesano”.

HABIENDO Apeles escapado de la acusación capital que le suscitó Ptolomeo, compuso y dejó en la ciudad de Efeso su cuadro de la *Calumnia*.

La *Adulación* abría la marcha de sus personajes, y daba, por la espalda, la mano al *Artificio* y a la *Astucia*; ésta marchando hacia atrás, atraía hacia ella a la *Credulidad*, con la boca abierta, el mirar abobado, las orejas paradas; a la derecha se apoyaba en la *Ignorancia*, representada bajo la forma de una mujer ciega, y a la izquierda en la *Sospecha*, atreviéndose apenas a poner el pie en el suelo. La *Calumnia*, con miradas sombrías y feroces, la seguía arrastrando de una mano a la *Inocencia*, bajo el emblema de un niño, con los ojos levantados hacia el cielo. Con la otra mano la *Calumnia* ajitaba una antorcha, cuyos vapores formaban una nube que la *Verdad*, seguida del *Arrepentimiento*, vestidos ambos de duelo, no podían penetrar.

INTRODUCCION

“Je ferai mes honneurs en bien une égale liberté; celui qui n'ose se rendre bon temoignage a soi-même, es presque toujours un lâche qui sait, et craint le mal qui on pourrait dire de sa personne, et celui qui hesite a avouer ses torts, n'a pas la force de les soutenir, ni les moyens de les racheter”. — *Memoires de Madame Roland.*

L ANZADO repentinamente en la vida pública, en medio de una sociedad que me ha visto surgir en un día, sin saber de donde vengo, quien soy, y cuales son mi carácter y mis antecedentes; en donde he templado las armas con que me he echado de improviso en la prensa, combatiendo con arrojo a dos partidos, defendiendo a otro; sentando principios nuevos para algunos; sublevando antipatías por una parte, atrayéndome por otra afecciones; complaciendo a veces, chocando otras, y no pocas reuniéndolos a todos en un solo coro de aprobación o vituperios; predicando el bien constantemente y obrando el mal alguna vez; atacando las ideas generales sobre literatura; ensayando todos los jéneros; infringiendo por ignorancia o por sistema las reglas; impulsando a la juventud, empujando bruscamente a la sociedad, irritando susceptibilidades nacionales; cayendo como un tigre en una polémica, y a cada momento conmoviendo la sociedad entera, y siempre usando un lenguaje franco hasta ser descortés y sin miramiento; diciendo verdades amargas sin otro título que el creerlas útiles; empleado por el Gobierno, rentado y colocado al frente de una creación nueva que esije aptitudes conocidas y con menoscabo de las esperanzas de muchos; gozando, en fin, de una colocación social al parecer aventajada y llena de porvenir, el público ha debido preguntarse mil veces, quién es este hombre que así hace ocuparse de él a tantos, que comete tantos desaciertos, sin dejar alguna vez que

otra de merecer simpatías. ¿Qué fascinación, qué misterios y qué tramas ocultas lo han hecho aceptable a los que mandan? ¿Cuáles son sus títulos literarios y las aulas que ha cursado para tomar un lenguaje tan afirmativo? ¿Por qué se le presta este apoyo que parece hijo de un espíritu de favoritismo, obra del capricho de un ministro? ¿Quién es, en fin? ¿Quién lo introdujo? ¿Quién lo conoce?

Nadie; sin embargo, responde a estas preguntas; todos se miran sin saber qué pensar de esta aparición, y de esta elevación caprichosa. Algunos rumores corren sobre su origen, su patria, su educación y en manera ninguna satisfacen la espectación pública. El espíritu de resistencia natural en todos los hombres, y el de partido, a que ha causado algún mal, se apoderan de algunos rumores vagos que le desfavorecen; pero inciertos aún, confusos, aunque de un carácter odioso. En un rincón de la sociedad se halla, sin embargo, un hombre que dice a todos los que se le acercan: "Yo he conocido a este individuo en su propio país, es un miserable, despreciado allí de todos, un hombre corrompido, un criminal, un asesino, sin aceptación, sin amigos; es un detractor, un infame; yo le conozco como a mis manos, sé toda su historia; puedo probar lo que digo, es sabido de todo el mundo". Y esta solución a todas las dudas repetida diariamente, cayendo sobre el ánimo de los que le escuchan como una gotera de veneno, está disolviendo poco a poco la reputación del individuo en cuestión, esacerbando las prevenciones que ha suscitado, resfriándose las simpatías que ha logrado arrebatarse, quizá mal de su grado.

Repite este tal sus ataques cada vez más virulentos, a medida que los primeros se han mostrado menos eficaces, hasta estallar por la prensa en un diluvio de improperios, los más espantosos que han podido caer sobre la cabeza de un individuo, y como la luz pública no ha visto jamás; derramando el oprobio a manos llenas, sublevando todo jénero de

pasiones y prodigando las acusaciones con una brutalidad sin ejemplo. ¿Qué fenómeno es este, qué insano furor? ¿Qué encono tan inveterado hay entre estos dos hombres? ¡Será posible, Dios Poderoso! que el escritor que algunas veces ha dejado traslucir sentimientos nobles y elevados, que tanto interés ha manifestado por la cosa pública en Chile, que tanta afición ha mostrado a la difusión de la enseñanza primaria; que el individuo, en fin, que sin sus escritos viviera ignorado, pues que sus acciones jamás han llegado a llamar la atención de nadie y a quien todos han creído un hombre moral a toda prueba, y algunos virtuoso, sea tan hipócrita que haya conseguido engañar a una sociedad entera, y esta sociedad sea tan ciega, sus hombres públicos tan inocentes que han sido todos el juguete de un truán, despreciado en una pobre provincia, y que viene a alzarse en la capital y enrolarse con los escritores?

¡Este hombre, este miserable, este hipócrita soy yo! ¡Yo, el redactor de varios diarios y periódicos en Chile; yo, el autor de algunos opúsculos sobre asuntos de utilidad pública; yo, en fin, el director de la Escuela Normal!

Presentado bajo una luz tan siniestra, denigrada mi vida presente con el sucio tizne de mi vida pasada, ¿no me será permitido presentar al público estos dos fragmentos de un mismo tono, y hacerle cotejar el que conoce con el que se le oculta o se le desfigura? ¿No me será permitido explicarme a mi modo cuando me ponen en el disparador, cuando tantos otros lo han hecho sin necesidad tan urgente? Enrolado en esta sociedad, por intereses, por gratitud, por necesidad, en fin, ¿no me será dado presentar mi fe de bautismo, mi hoja de servicio? Para conservar el aprecio de tantos hombres respetables que me favorecen con su distinción, ¿no puedo, no debo intentar, si es posible, vindicarme? ¡Oh, no! Yo sé que puedo y que debo decir todo lo que a mi buen nombre interesa, para satisfacer a los que bien me quieren; para dispar

las prevenciones de los que alucinados por las calumnias que contra mí se vierten, o la indiscreta franqueza de mi lenguaje escrito, han formado opiniones erradas con respecto a mi carácter; para desarmar y confundir, en fin, a los que cuentan con mi silencio, con la imposibilidad en que, al parecer, me hallo de justificarme y de parar sus tiros. Yo me debo a mí mismo estos cuidados, estoy solo contra muchos; necesito, ya que la jeneralidad no tiene motivos para distinguirme, que nadie me desprecie, aunque haya muchos que se sientan impulsados a aborrecerme. "Me haré, pues, en bien y en mal justicia, como decía madama Roland, con igual libertad; el que no se atreve a darse buen testimonio a sí mismo, es casi siempre un infame que sabe y teme el mal que puede decirse de su persona; el que no acierta a confesar sus extravíos, no tiene fuerzas para vindicarlos, ni medios de hacérselos perdonar".

No sé hasta dónde haya jactancia en decir que todos los que me aborrecen, no me conocen personalmente, pero es muy larga la lista de hombres cuyas prevenciones han caído a mis pies, cuando se han acercado a mí sin mala intención.

Un hecho hay notable en mi existencia que, atendido mi carácter y mi posición, me lisonjea en extremo. Yo he escitado siempre grandes animadversiones y profundas simpatías. He vivido en un mundo de amigos y enemigos, aplaudido y vituperado a un tiempo. Mi vida ha sido desde la infancia una lucha continua; menos debido esto a mi carácter, que a la posición humilde desde donde principié, a mi falta de prestigio, de esos prestigios que la sociedad recibe como realidades, y a un raro concurso de circunstancias desfavorables. Los que creen que hace dos años que principió esta lucha con las resistencias de la sociedad, con las preocupaciones, y que es debida a mis indiscreciones solamente, se engañan mucho. Es mi vida entera un largo combate, que ha destruído mi físico sin debilitar mi alma, acerando y fortaleciendo mi carácter.

Lo que me sucede en Santiago me ha sucedido en mi tierra natal: siempre se me han presentado obstáculos para embrazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante, y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios y sufrimientos. ¡Ah! la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables. Cuando he querido adoptar otra y he llamado a sus puertas, sale a recibirme un perro rabioso que me desconoce, me salta a la cara, me muerde y me desfigura a punto de quedar hecho un objeto de asco o de compasión. ¡Oh, no! Déjenme que hable al público como a una numerosa concurrencia, que explique una corta vida que se arrima, como una planta de débil tallo, a otras más fuertes, y que ha sido trasplantada en diversos terrenos. A los que preguntan dónde he estudiado para tomar un lenguaje tan positivo, les mostraré mis aulas y mis títulos de suficiencia. A los que quieren de buena fe conocer mi carácter privado, les presentaré una vida llena de vicisitudes que he atravesado sin contaminarme. Los que quieren saber, en fin, cómo soy escritor, cómo Director de la Escuela Normal, óiganme una vez y júzguenme en seguida. Quizás caigan muchas preocupaciones, quizás se desvanezcan errores graves. No es una novela, no es cuento; me apoyaré en cuanto pueda en testimonios que aun puedo usar aquí. En lo demás, desafío a mis enemigos privados y políticos que me desmientan.

He sido tan terriblemente atacado que no me queda excusa para callar por más tiempo. Estoy solo en medio de hostiles prevenciones; donde yo baje la voz, nadie se creará obligado a alzarla por mí. Y si aun merezco tener una reputación, la necesito como una fortuna para mi propio bienestar, y, en seguida ofrecerla a la sociedad, para cimentar y difundir la educación a que he dedicado mis esfuerzos.

Perdóneme el público lo que halle de jactancioso, de petulante, o de mezquino en mis escritos. Voy a recorrer las épocas de mi vida, porque necesito salvar de un naufragio mi reputación, que hace ya mucha agua, en fuerza de las andanadas que me disparan. Mostraré cómo me he educado, cuáles son mis tendencias y mis principios, de dónde nacen los extravíos mismos que me atraen tantas enemistades. ¡Quizás gane algo en este empeño!

MI INFANCIA

YA está mi espíritu restablecido, el aturdimiento producido por los golpes que han caído sobre mi reputación tan de recio, ha pasado ya; voy ahora a cumplir con lo que el deber y la sociedad me imponen. Vean quién es el hombre que tantas importunidades causa, vean mis títulos.

He nacido en una provincia ignorante y atrasada, no como cree don Domingo S. Godoy, en el barrio de San Pantaleón, sino en otro más oscuro todavía, llamado el Carrascal, nombre equivalente a Huanguali ⁽¹⁾. He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia, y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra. Mi padre es un buen hombre que no tiene otra cosa notable en su vida que haber prestado algunos servicios, en un empleo subalterno, en la guerra de la Independencia. Se halló en la batalla de Chacabuco, y por su exaltación patriótica, le dieron sus contemporáneos el apodo de Madre Patria. El señor *gapucha*, *copucha*, *chanqueta*, *buchaca*, o qué sé yo cómo diablos se llama, sabe algunos pormenores sobre esto, que por caridad no ha dado a la prensa, pero que

(1) Uno de los antiguos barrios de ranchería de Santiago.

ha contado a todo el mundo; me refiero a lo que él sepa o diga. Mi madre es el verdadero tipo del cristianismo en su acepción más pura, la confianza en la Providencia fué siempre solución a todas las dificultades de la vida.

De la edad de cinco años entré a una escuela, que cuando he leído las obras de Mr. Cousin, he visto en ellas un dechado de perfección. Un día hablaré de esto cuando trate de educación primaria. Se enseñaba a leer muy bien, a escribir, aritmética, álgebra y los rudimentos de religión. La parte moral era cuidada con un esmero de que no he visto ejemplo después en escuela alguna. Mi padre y los maestros me estimulaban desde muy pequeño a leer, en lo que adquirí cierta celebridad por entonces, y para después una decidida afición a la lectura, a la que debo la dirección que más tarde tomaron mis ideas.

Cuando he escrito sobre educación, he manifestado mi firme creencia de que la perfección y los estímulos en la lectura, pueden influir poderosamente en la civilización del pueblo. En mí no ha tenido otro origen mi afición a instruirme que el haber aprendido a leer muy bien. Como permaneciera muchos años en la escuela, en cambio me aficioné al dibujo, principiando según el método que propone Rousseau para su Emilio; logré perfeccionarme yo solo, sin modelos y sin maestros. Cuando en mi primer viaje a Chile vi lo que era dibujo y vi modelos, me convencí de que no sabía nada y abandoné para siempre la pretensión de dibujar. Después he enseñado todos los ramos de este arte y he llegado a formar retratistas. Muchos dibujos de discípulos míos corren en Santiago, y don Franklin Rawsson me debe algo de sus conocimientos.

De la escuela fuí llevado a Córdoba a un colegio, de donde regresé muy luego por enfermedades que me atacaron. El Gobierno de Buenos Aires pidió por entonces a cada una de las provincias, seis jóvenes para formar el colegio de ciencias morales, y fuí yo nombrado; pero habiéndose interesado mu-

chos padres de familia por las becas, se sortearon los jóvenes y no me tocó a mí. Me detengo en estas nimiedades, porque una rara fatalidad ha pesado siempre sobre mí, que parecía cerrarme las puertas de los colegios.

Un digno sacerdote, el presbítero don José Oro, hermano del obispo de aquel apellido, se encargó de mi educación. Me enseñó latín y jeografía, y de nada se cuidaba más que de formar mi carácter moral y de instruirme en los fundamentos de la Independencia, de la que él había sido actor. Creo deberle a él una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria y principios liberales, porque era muy liberal sin dejar de ser cristiano. Aun antes de concluir mis estudios de latín, los sucesos políticos nos separaron, pues que yo vivía con él.

En seguida entré de oficial de ingenieros a estudiar geometría, y cuando ya me hallaba en aptitud de continuar por mí solo con las operaciones para levantar el plano de la ciudad, que nos había encargado el jefe de la Sección, un señor Barrau, me dejó solo, y el Gobierno mandó suspender los trabajos, no creyéndome por mi corta edad capaz de desempeñarme con acierto, no obstante mis protestas. Era gobernador de San Juan entonces don José Antonio Sánchez, chileno, vecino de esta capital donde reside actualmente. Este señor se empeñó en mandarme a Buenos Aires al colegio de ciencias morales, a cuyo efecto vió a mi madre, quien se negó a admitir el ofrecimiento, porque yo quería absolutamente ir a reunirme al destierro con mi tío y maestro el presbítero Oro que me llamaba. Fuí a donde él y continué mis estudios, hasta que llegó un enviado del Gobierno de San Juan, este mismo señor Sánchez, que había conseguido de mi madre su adquiescencia a su empeño y el de otros individuos, de costearme a sus expensas el colegio; todavía me negué porque no tenía valor de dejar a mi tío, que dulcificaba las penas del destierro, la escasez y la soledad de un lugar salvaje, con mi compañía y

las diversas lecturas que hacíamos juntos, yo leyendo y él explicándome y comentando. Después llegó mi padre de un largo viaje, y ya no pude resistirme a las reiteradas solicitudes de Gobierno. El día que llegué a San Juan, fué depuesta esta administración y se frustró todo.

Entonces entré en el comercio, donde continué mis lecturas, en que ocupaba buena parte del día. Un tío mío, el presbítero Albarracín, cura hoy de Ovalle en Coquimbo, se contrajo a continuar mi educación religiosa, y durante año y medio, sin la interrupción de un solo día, tuvimos conferencias desde las 9 de la noche hasta las 11, explicándome las escrituras que leí íntegras con ese objeto, el dogma, la disciplina y la moral religiosa. A este otro de mis tíos, no menos liberal que el primero, debí el complemento de mi educación religiosa, que el primero me había recomendado mucho.

Por este tiempo cayó en mis manos la *Vida de Cicerón* por Midleton, y esto me sujirió la idea de estudiar la historia romana de memoria y la de Grecia, por los *catecismos* de Ackerman, lo que realicé solo y en corto tiempo. Seguí solo estudiando jeometría elemental; pero me fastidió y la dejé. Volví al latín con otro sacerdote, pero asimismo me cansó, y lo abandoné porque no sabía qué hacer con estos conocimientos. Mis lecturas continuaban, y como unos libros me hacían conocer la existencia de otros, yo buscaba en San Juan todos los que llegaba a conocer por sus nombres y necesitaba para mis lecturas. Contaré una cosa de que he conservado siempre un vivo recuerdo. Una señora beata, pasaba por mi tienda todos los días a misa y siempre me encontraba leyendo, con cuyo motivo decía a un amigo: “este mocito ha de ser libertino... —¿Y por qué, señora?—Porque hace ya un año que todos los días y a cualquiera hora que pase, está siempre leyendo, y no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido”. De este modo y sin maestros ni colejos, he adquirido algunos rudimentos en las ciencias esactas, la historia,

la moral y la filosofía, etc. Siendo aun muy joven, hablamos en los Andes con don Ramón Bari sobre metafísica, y los estudios que él estaba haciendo entonces en el Instituto, y me tomé la confianza de rebatírseles, lo cual le arrancó esta pregunta: “¿Y dónde has aprendido eso?”, pregunta que no he olvidado nunca, porque análogas me hacen muchas a cada momento. Un amigo me decía: “tal artículo de usted está muy bueno; a la verdad nunca lo hubiera creído capaz de eso”. Ni yo tampoco, hombre, fué mi respuesta; lo veo y no lo creo.

Para terminar la relación de estos estudios tan desordenados y que continúan hasta ahora, diré que el año 29, durante un tiempo que estuve escondido por motivos políticos, pude proporcionarme una gramática vieja de Chantreau, y unos diccionarios, y cuando salí a luz me había traducido muchos libros; que durante doce años he andado atisbando la pronunciación que aun no es correcta; que el año 34 aprendí en Chile el inglés, pagando por mes y medio un maestro que me iniciase en él, y que hasta ahora no he podido aprender a pronunciarlo; que el año 37, aprendí en mi país el italiano, y el año 41 el portugués aquí, por necesitarlo para la redacción de *El Mercurio*.

Pero no han parado aquí mis constantes esfuerzos para formar mi razón y mi espíritu. El año de 1839 formamos en mi país una sociedad para entregarnos a los estudios literarios. Los doctores Aberastein, Quiroga, Cortínez, otro joven y yo, nos hemos reunido durante dos años consecutivos, por mi parte casi sin falta de una sola noche, a darnos cuenta de las lecturas que hacíamos, y formarnos un sistema de principios claros y fijos, sobre literatura, política y moral, etc. Entonces hemos estudiado de una manera crítica y ordenada la literatura francesa. Entonces he conocido a Hugo, Dumas, Lamartine, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Tocqueville, Leminier, Jouffroy, y los de la *Revista Enciclopédica*, cuyos escritos sólo nosotros poseíamos, las revistas europeas y muchos

otros escritores de nota que servían de testo a nuestros estudios. Esta útil e instructiva asociación duró hasta el momento en que las persecuciones políticas nos desparramaron. Hoy están todos aquellos compañeros en Chile, y pueden darme su testimonio, debiendo yo a cada uno de ellos muy particulares beneficios, y el haberme creído siempre en materia de conocimientos, no muy inferior a ellos, y apoyándome con su amistad en la opinión de mis paisanos que nunca han llegado a persuadirse que, sin haber estado en un colejo, hubiese por mi propia constancia y esfuerzo, llegado a tener una razón tal cual ilustrada. Ellos me han dado confianza en mí mismo, y hasta ahora me prodigan los cuidados de unos hermanos, afeándome mis estravíos, exhortándome a la constancia, y suministrándome consejos e ideas.

Así se ha formado esta educación lenta y oscuramente, y no es extraño que Godoy no haya visto nada de esto; porque a más de necesitarse ojos para ver, mis palabras, ni ninguna arrogante apariencia en mis esterioridades, ha revelado nunca este trabajo interno, obra de la paciencia y de una idea fija, llevada adelante durante veinte años, en despecho de la pobreza, del aislamiento, y de la falta de elementos de instrucción en la oscura provincia en que me he criado. En la infancia, en los viajes, en el destierro, en los ejércitos, en medio de las luchas de los partidos, en la emigración, en fin, no he conocido más amigos que los libros y los periódicos; no he frecuentado más tertulias que las de hombres de instrucción. Mis modales se resienten de esta falta de roce y mis apariencias desmienten todos los juicios favorables que alguna vez arranca una que otra producción literaria. Pero sé que no son muchos los jóvenes de mi edad que puedan vivir solos, meses enteros encerrados en un pobre gabinete, profundizando una idea útil, masticándola; que son pocos los jóvenes que sin mendigar la protección de nadie, ni andar prodigando visitas, y sin fortuna, puedan bastar a sus cortas necesidades,

y tengan el valor de despreciar las esijencias de la sociedad.

Ha dicho don Domingo S. Godoy que recién me estoy civilizando aquí, y es la pura verdad. Mis amigos y las personas que me tratan de cerea, se ríen de mi torpeza de modales, de mi falta de elegancia y de aliños, y de mis descuidos y desatenciones, y no soy de los últimos en acompañarles en sus burlas.

Un amigo me caracterizó una vez con estas palabras: "el niño dentro de casa, el hombre en la calle" y todos los que me conocen me consideran así. Algunos se han encargado de mis asuntos, porque ven que necesito un tutor. Don Domingo S. Godoy hallará materia de muy fino ridículo en todas estas cándidas confesiones, pero quiero darle armas más honestas de las que ha usado hasta ahora conmigo. Cada día lamento la falta que siento de luces en ciertas materias, luces que solo pueden adquirirse en los colejios, y que ya es demasiado tarde para ponerse a remediarlo. Mis pobres estudios han sido pues desordenados e incompletos; pero a este desorden mismo, debo grandes ventajas, pues, que no teniendo maestros ni más guía que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa posición ha nacido la independendencia de mi pensamiento, y cierta propensión de crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros. Quizás a esto es debido mi espíritu de observación, que me pone en el caso de desempeñarme sin mucho esfuerzo en la prensa periódica, hallándome en aptitud de tratar sin mucha dificultad cuestiones del momento. Y a esta educación que tiene por base el haber sido estimulado a leer bien y mucho cuando chico, mi decidida persuasión de que, reformando los métodos y sistemas de educación primaria, puede civilizarse un pueblo más bien que con colejios y universidades. Esta persuasión me ha arrastrado a reunir estos co-

nocimientos sobre la enseñanza primaria, y a crear métodos nuevos en varios ramos.

He aquí, pues, la educación del pobre hombre que ha merecido que don Domingo S. Godoy para perderlo o perderse él, haya hecho decir a otro que va a mudarse a la imprenta con camas y petacas hasta que haya conseguido anadarlo y hacerlo despedir ignominiosamente de Santiago. El partido es muy desigual, yo no me he propuesto perder a nadie. Yo no ataco; en todos mis actos y mis escritos, he querido defenderme de una persecución horrible y tenaz. Todas las resistencias y las animadversiones que he suscitado en Santiago, se han personificado en don Domingo S. Godoy y Cía., porque la maledicencia y la mala intención pública han encontrado su hombre. Todo se personifica en el mundo. Napoleón es la personificación del saber, el valor y la audacia francesa; Rosas es una personificación de la barbarie, la crueldad y la violencia de las masas. Godoy es un Napoleón, un Rosas en la chismografía y en el arte prolijo de dañar. Cuando analice sus escritos y sus palabras, haré notar el raro talento, la mañana exquisita con que se ha sabido tocar cuanto resorte cabe para sublevarme la opinión pública, para irritar todo jénero de susceptibilidades. Su triunfo parece completo. Pero no ha triunfado de la enerjía de mi espíritu que no sabe lo que es plegarse y encontrarse ante la injusticia, aunque esta injusticia sea la del público, porque no es menos injusticia porque son *muchos los injustos*. Echándome encima las preocupaciones populares y las redes de las formas judiciales, no ha podido sin embargo turbarme un momento; y él no goza, a fe mía, de las satisfacciones que me ha proporcionado queriendo emponzoñar mi existencia. Permanezco tranquilo porque no necesito mentir para defenderme; porque cuento que el público engañado hoy, me hará justicia mañana, cuando vea los hechos en su verdadera luz.

Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política, verá al militar, al asesino!

EL MILITAR Y EL HOMBRE DE PARTIDO

ERA comerciante el año 28, y demasiado joven todavía, no me interesaba el movimiento de los partidos, cuya existencia ignoraba. *Tomás Paine y la Revolución de los Estados Unidos*, que cayeron en mis manos por ese entonces, me hicieron ocuparme de los principios constitutivos de los gobiernos, y de los derechos de los gobernados; pero todo esto era teóricamente y sin aplicación ninguna a mi país. No obstante mis resistencias, fui hecho alférez de milicias, y a la segunda guardia que monté, dirigí al gobierno un oficio pidiendo mi esoneración de aquel servicio, con cumplimientos tales que me llevaron redondo a un calabozo y sirvieron de cuerpo de delito a una causa criminal. Luego me hicieron conocer que había cometido una indiscreción; pero yo sostuve mi posición sin mengua, y el gobierno tuvo que abandonar la causa, porque el partido liberal que le hacía una terrible oposición, halló en este asunto un arma para atacarlo. Entonces quise profundizar la fisonomía política de los acontecimientos, me informé de las tendencias y objeto de los partidos, y no me fué difícil escoger el que me convenía. Veía en uno a los viejos retrógrados, a los antiguos godos, y a los gauchos ignorantes; en otro a los jóvenes, a los antiguos patriotas y a los que abogaban por la libertad. Nada más necesitaba, fui unitario desde entonces. Dos años después, el partido a que yo pertenecía se apoderó del gobierno, aprovechándose de una sublevación de las tropas, y toda la juventud decente voló a las armas; yo el primero.

Aquí principia mi carrera política y militar, las persecuciones, las campañas, los destierros, las emigraciones. Nutrido de las ideas dominantes en los libros que había leído; preocupado con la suerte de la libertad, que la historia de

Roma y de Grecia me había hecho querer, sin comprender bien los medios de realizar este bello ideal, me lancé en la lucha de los partidos con entusiasmo y abnegación; habiendo sacrificado toda mi vida de adulto a esta grande empresa. Para probar a don Domingo S. Godoy que a la edad de 15 años yo no era tan despreciable en mi país, recordaré que fui nombrado ayudante del general de nuestras fuerzas, y que después ocupé el mismo destino en Mendoza al servicio del general Alvarado; que allí, durante la campaña que terminó con el terrible desastre del Pilar, me honró con una distinción muy especial el señor Salinas, que había sido Ministro de Bolívar. El señor don Nicolás Vega, residente en Copiapó, y el señor don Pedro León Zuloaga, actualmente establecido en San Fernando, podrán decir cuál fué mi comportación en todas partes y la decisión que manifesté siempre. Durante las vicisitudes de la guerra, siempre me mantuve en el servicio militar, y jamás quise admitir empleo en la lista civil, como se interesaban muchos, no obstante que, en los campamentos, no había más sueldo que la ración y los sufrimientos, y en las oficinas holganza, honorario y comodidades. Durante la administración de don Jerónimo Rosas, secretario actualmente del Intendente de San Fernando, se tiró el decreto de mi nombramiento de oficial segundo de la secretaría de gobierno, que rehusé aceptar, porque mis ideas sobre los servicios a la patria y a la libertad, eran tan sublimadas y quiijotescas que creía deshonoroso estarme en una oficina, cuando había que hacer la guerra para hacer triunfar nuestros principios políticos.

El año 30 ocurrió un acontecimiento en mi país, que ha suministrado a Godoy el medio de hacerme aparecer en Chile como un asesino. El pobre hombre no ha hallado otra arma más poderosa para estarme hiriendo durante dos años, hasta estamparlo en la prensa con todo el cinismo y el descaro que da el hábito inveterado de herir las reputaciones ajenas im-

punemente; el hábito de la maledicencia, enjandrado por la envidia de los que, como él, conocen su propia nulidad, y necesitan deprimir el mérito que reconocen en otros, para mantenerse en el lugar usurpado que ocupan en la sociedad.

Las provincias del interior estaban en profunda tranquilidad. El General Paz ocupaba a Córdoba, y un congreso de agentes se había reunido para preparar los medios de llevar la guerra a Buenos Aires. Yo me hallaba en San Juan licenciado del Ejército, y el coronel Albarracín, residente hoy en Aconcagua, me había dado orden de incorporarme al regimiento de Coraceros a que pertenecía. Estaba sirviendo en comisión en un escuadrón de milicias que se hallaba de guarnición cuando el suceso. El 4 de noviembre estalló una revolución encabezada por el negro Panta, famoso bandido que estaba sentenciado a muerte y preso en la cárcel. Otro bandido que se hallaba en el cuartel de cabo de guardia, llamado Leal, estaba en la conjuración, y tres más de afuera. La revolución se ejecutó con una audacia inaudita; sorprendieron la guardia, hirieron al sarjento y dos oficiales, mataron a un joven militar de las primeras familias de San Juan, le abrieron la cabeza al comandante del cuerpo, y en seguida procedieron a aprehender a los vecinos ricos y a saquear. La revolución no tenía objeto político ninguno; el plan de los forajidos era arrancar una gruesa suma de pesos, fusilar a varios vecinos, poner en libertad dos reos de estado, y fugarse con la presa a Chile. Tan sin carácter político era la revolución, que ningún federal se comprometió en ella, y uno que otro, que vino a la plaza en la noche, se alejó con horror al instruirse del objeto y miras de los conjurados. Al día siguiente fué sofocada por un rasgo de heroicidad poco común. Un coronel de ejército que se hallaba allí con cuatro oficiales de milicias y tres soldados, se vino sobre el cuartel a las 7 de la mañana, se apoderó de él, y en seguida se fué a la plaza donde lo aguardaban los principales de los sublevados en nú-

mero de 60 formados en batalla. El coronel Rojo con su diminuta banda atravesó la plaza y avanzó hacia ellos sin salir del trote y sin hablar una sola palabra, sufriendo una granizada de balas, hasta que llegó a la línea que no pudo mantenerse por el desconcierto que introdujo en las filas esta invasión silenciosa de siete hombres. Todos echaron a huir, y la persecución continuó largo rato después. A los tiros acudieron los que no habían sido presos y en la cárcel empezaron a quitar las prisiones a más de veinte oficiales que están destinados a ser víctimas del furor de los bandidos. Todos acudieron al cuartel, donde se encontraron con los cadáveres de sus amigos y compañeros sacrificados esa noche, y los que habían sobrevivido, heridos y mutilados; una oreja de un joven estaba en el zaguán y los charcos de sangre por todas partes. La tropa del escuadrón sublevado por el cabo Leal, estaba formada allí; y una partida trajo a cuatro miserables de los que fueron tomados por las calles. La chusma y el pueblo gaucho nos era hostil; siempre había que recelar de las masas. ¿Quién se sorprenderá de que hubiese uno que diese orden de ejecutar inmediatamente, al frente de la tropa, a los cuatro primeros aprehendidos con las armas en la mano? ¿Quién se estrañará que jóvenes ardientes e irreflexivos que acababan de escapar a la muerte, después de haber sufrido todo jénero de vejaciones, y con el espectáculo de los cadáveres sangrientos de sus amigos sacrificados, se abandonaran al furor que estos actos inspiran y quisiesen anticipar la venganza de la ley? ¿Quién llamará asesinos a los militares que sofocaban una revolución de *carros* (1), porque aquella no tenía otro carácter? ¿Quién, en fin, sin injusticia dará el nombre de asesinato a actos cometidos en medio de la esaltación ardiente de una larga y prolongada lucha de partidos?

(1) Sistema de prisión entonces usado en Chile que consistía en unas jaulas de hierro con ruedas, para utilizar a los criminales en el trabajo de los caminos públicos.

Y luego con mi carácter ardiente, impetuoso, con mi sangre y mi razón de 19 años, ¿qué se imaginan que haría yo entonces? ¿Se cree que tendría suficiente cachaza para pasar por sobre el cadáver de un amigo íntimo, el malogrado Carmen Gutiérrez, con quien había estado la noche antes, sin vengar yo mismo su muerte? ¡Pues bien! ¡pues bien!... nada de eso hice, no por falta de voluntad, sino porque llegué tarde y cuando el Gobierno había mandado suspender las ejecuciones. Cuando supe la revolución en la noche, di a mi padre mi caballo para que se salvase, y yo me acojé a casa de un amigo federal, don Ignacio Flores, compañero de negocios de don Vicente Lima, amigo de don Domingo S. Godoy, mi calumniador, de quien puede saber la verdad de este asunto. Al otro día vino mi asistente a avisarme que la revolución estaba sofocada, habiendo sido él uno de los siete! Llegué al cuartel en los momentos mismos en que se ejecutaba a los cuatro aprehendidos, y muy luego llegaron el coronel Rojo, don Domingo Castro y Calvo, don Nicolás Vega y otros que traían la orden de suspensión dada por el Gobierno.

Pero la Providencia ha querido que para confundir a este cuitado, a este ridículo necio, de cada hecho que cite, tenga yo en Chile los testigos presenciales. ¡Ah! si alguna vez mi espíritu ha sentido con gratitud la presencia de un Dios protector de la virtud desamparada, es en este solemne momento en que se decide ante la opinión pública el gran proceso que la ha agitado por tantos días.

El oficial que mandó ejecutar a los cuatro hombres que fueron ajusticiados en el cuartel, se halla en Santiago, es hoy ciudadano chileno, casado y afincado aquí; se llama don Vicente Morales, era mayor de plaza. Otro joven no menos distinguido por su moralidad y buenas costumbres, estaba de oficial de guardia. Ahora, pues, sin reconocer como criminales los actos de aquel día, juro ante Dios y los hombres

que yo no derramé una gota de sangre, y esto por motivos ajenos de mi voluntad!

Don Vicente Morales ha estado tres años en San Juan después de aquel acontecimiento y cuando gobernaban los federales; ni los tribunales, ni el gobierno, ni el público, le han pedido cuenta de aquella acción. Yo he estado desde el año 36 al 40 bajo las mismas circunstancias y con los mismos resultados. Si aun queda duda sobre el carácter puramente de vandalaje de aquella revolución, todavía hay más pruebas que lo confirmen. Veamos sino. Uno de los Pablos Herreras fué ajusticiado en Mendoza el año 39 por salteo, robo de tiendas y asesinatos y como jefe de cuadrilla de bandoleros; Leal el año 39 ó 40 en San Juan, fué aprehendido por el gobernador en persona, después de una larga persecución y ajusticiado como jefe de cuadrilla de salteadores y por haber hecho ocho muertes; el negro Panta en La Rioja, ajusticiado el año 39, después de estar largo tiempo su cabeza a talla, por horribles salteos de caminos; otro Pablo el año 33, por Yanzón, por iguales causas; y el Pablo que sobrevivía, fué indultado el año 40, para ir de espía a La Rioja, después de haber sido sentenciado a muerte tres veces.

Este ha sido el desdichado fin de los cinco que encabezaron la revolución del 4 de noviembre, cuyo carácter y pormenores ha ocultado cuidadosamente Godoy, para presentarme a mí como un individuo que, sin más ni más, había ido a cebarse en presos de la cárcel, por saciar qué sé yo qué propensión a derramar sangre.

He aquí el famoso asesinato que me atribuye el tontarrón de Godoy; he aquí la lima sorda con que ha estado royendo mi reputación durante dos años, con una constancia de presidiario, con el encono de un furibundo. El día que no ha hallado a quien decirle sin más comentarios, sin más atenuación, que soy un asesino, no ha dormido sosegado, porque

no ha llenado bien su día, porque no ha podido destilar una gota de veneno.

A más de cien individuos lo ha repetido con un empeño de ser creído, que parecía que le iba en ello su propio honor. Lo ha repetido públicamente cien veces don Joaquín Tocornal (hijo), apoyándose en el testimonio de Godoy, y éste ha llevado su depravación hasta darse por testigo presencial del hecho, y cuando ha sido desmentido en público por el que verdaderamente fué testigo, ha dicho que este último estaba loco entonces, y por fin ha ofrecido probarme el crimen de que tan gratuitamente me acusa. Pero esto lo prometía antes de saber que yo le he hecho formar causa criminal apoyada en la información de los que lo han oído, en diversas ocasiones, proferirse contra mí con las calumnias más odiosas que pueda dictar un alma carcomida por la envidia, la rabia y la nulidad.

Veremos lo que prueba, veremos lo que le valen todos los improperios con que me ha cubierto por la prensa, veremos si cumple su juramento de perderme, veremos, en fin, si me vuelve a nombrar en su vida el zonzo chismoso.

He abrazado con el calor y el fanatismo de una religión los principios políticos que han sucumbido hoy en mi patria; todo lo he pospuesto, reposo, familia, cuidados de fortuna, todo. En quince años de mi vida de adulto, sólo he estado cuatro en la casa paterna; los restantes los he pasado en el destierro, en los campamentos, en la emigración, en los ejércitos. En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segársela de un golpe; y he tenido la satisfacción de que Facundo Quiroga jurase a mi madre matarme donde quiera que me encontrase. Pero sea fortuna, sea disposición de la Providencia, nunca he tenido ocasión de echar sobre mis hombros la responsabilidad de ningún acto personal de los muchos que son

frecuentes, necesarios y justificados en medio de las revoluciones. No tengo que reprocharme un solo acto de venganza, ni una sola acción que pueda mancillarme.

El año 1836 volví a mi patria arrancado de Copiapó por las órdenes, más bien que instancias de mis paisanos, que temían que perdiese la razón a efecto de una afección cerebral que me atacaba. ¡Mis padecimientos morales eran muchos y prolongados! En mi país fuí recibido con distinción por Benavides, gobernador, y por todos mis enemigos políticos. Conservamos largo tiempo una amistad que no turbaba mi severidad de principios, que nunca oculté y de que hacía alarde.

Los primeros dos años me ocupé, en cuanto a cosas públicas, ayudado de otros amigos, en formar reuniones de teatro, máscaras, etc. Don Domingo Godoy, dirá si no era ese hombre despreciable el que dirigía y realizaba todas estas cosas, venciendo todo jénero de dificultades y teniendo en continuo movimiento a la sociedad. Recordaré un dicho muy espiritual de un músico. Pasaba por el cuartel un pariente mío y lo detuvo para hacerle esta pregunta: “dígame, señor, estamos mañana a las órdenes de don Domingo Sarmiento?—¿Qué es eso?—Es, señor, que hacen dos meses que a cada rato viene la orden del Gobierno, la música estará mañana a las órdenes de don Domingo Sarmiento”. Cuando la revolución empezó a organizarse, los jóvenes patriotas nos dejamos de máscaras y de teatros, y empezamos a prepararnos para la lucha que iba a trabarse. Yo fundé por ese entonces un colejio de señoras, que sostuve contra todas las resistencias que las preocupaciones y el orgullo de las familias oponían; fuí nombrado por el Gobierno director de la imprenta del Estado, y fundé acompañado de otros amigos, un periódico a mi manera; y sin hablar jamás de la política, a los seis números tuvo el Gobierno que hacerlo callar y ponerme en la cárcel, porque vió que el gobierno de la provincia se le escapaba de las manos, y la

autoridad pasaba a los RR. del *Zonda*, por la influencia sobre la opinión pública.

Más tarde sobrevinieron ya los peligros. Nuestra vida estaba amenazada y se tomó la resolución de emigrar. Yo decidí dar este paso al doctor Aberastain, que por patriotismo vacilaba. Cuando él me preguntó: “¿y usted?—¿Yo? ¿yo me quedo?—¿Y por qué?—Porque no quiero darles a mis enemigos la satisfacción de ver destruído, por mi ausencia, el colejo que tantos esfuerzos nos cuesta; que destruyan ellos; y porque ustedes necesitan tener en San Juan un corresponsal que tenga valor de correr todos los riesgos, y no hay otro que pueda hacerlo como yo”. Perdóneme el público que recuerde este hecho que me envanece. Aberastain está en Copiapó. Yo fuí el único unitario, y el más comprometido, que quedó en San Juan a hacer frente a la tormenta que no tardó en descargar.

Recibía chasques del campamento de Brisuela, enemigo del gobierno de San Juan, trabajaba públicamente contra su política, le creaba resistencia, le alejaba el apoyo de sus mismos amigos, y de palabra y por escrito trataba de hacer cambiar de rumbo al mismo gobernador. Un día estuvo en un pelo que no reuniese a la Junta de representantes y al pueblo. En este estado de cosas recibí avisos de que había en el Gobierno el proyecto de dar un golpe que aterrara a sus enemigos, y de que la víctima destinada al sacrificio era yo.

Mis amigos se interesaban en que me ocultase, pero no quise hacerlo. El gobernador me mandó llamar con un edecán y tuve la audacia de asistir, no obstante que sabía que era para apoderarse de mi persona. A los diez días las tropas se propusieron dar el golpe premeditado. Formaron en la plaza en cuadro, en número de mil hombres de todas armas, y luego los oficiales, con las espadas desnudas, se dirigieron a la prisión pidiendo a grandes voces mi cabeza. Sabía que el gobierno no quería participar de la responsabilidad del crimen inten-

tado por la esaltación de los militares, y me propuse comprometerlo ganando tiempo.

Salí al balcón de la cárcel, y resistiendo a las órdenes de bajar que me daban aquellos furibundos, sufriendo sin pestañear los golpes y sablazos del oficial de guardia, gané algunos minutos hasta que me convencí de que los avisos de lo que sucedía en la plaza, habrían llegado al gobierno, y no bajé sino cuando diez oficiales subieron arriba e hicieron imposible toda resistencia. Cuando llegué abajo, me aguardaba una mitad de tiradores encargados de mi ejecución; tuve suficiente presencia de ánimo para burlarme de todos, ganar todavía tiempo, escaparme de entre las bayonetas y lanzas, hacer al fin llegar la suspirada orden del gobierno y salvar la vida.

Don Domingo S. Godoy sabe lo demás como erudito en vidas ajenas. ¡Este es el hombre despreciado en San Juan! ¡Este es el hombre oscuro! Al día siguiente de este suceso, estaba en marcha para Chile, desterrado, para salvarme del rencor de mis enemigos que en despecho del gobierno habían jurado mi muerte.

EL HIJO, EL HERMANO Y EL AMIGO

Se ha dicho y repetido que la vida privada debía ser rodeada de un muro de bronce; preciso es que la calumnia sea muy poderosa, porque para ella es un juguete derribar este muro.

ALISSANT DE CHAZET.

MI moral privada ha sido atacada horriblemente, y en este punto siento que las fuerzas me flaquean para justificarme. ¡Cómo presentar al público una vida entera de joven que nada tiene de interesante, y, que sin medios de fortuna, no ha podido ser ni útil ni reglada? ¡Hablaré en nombre de

un amigo para poder a mis anchas, como el pobre don Domingo S. Godoy, cubrirme de elojios y darme todas las buenas cualidades que pueden ganarme la aceptación pública? ¡Eh! esas supercherías son buenas para servir de albarda a los tontos.

Yo no conozco en los asuntos que son personales, otra persona que el yo y este es poco cómodo para hablar de virtud ni de buenas acciones.

No he sido un santo, ni he aspirado jamás a un dictado tan difícil de merecer. Mis costumbres han sido más o menos las de todos los jóvenes, y en la serie de vicisitudes que forman el cuadro de mi vida, hay uno que otro momento de olvido que de buena gana quisiera rayar ahora de la lista de mis acciones. Sin embargo, nunca he cometido un delito, y hasta ahora bendigo a la Providencia y a los que formaron mi corazón, por haberme dado fuerzas para cruzar una juventud borrascosa sin caer nunca, aunque algunas veces haya bamboleado.

No he tenido más vínculos que me ligen a la sociedad que los de hijo, hermano y amigo, y creo haber desempeñado mis obligaciones de un modo aceptable a Dios y a los hombres. Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientes, todo me ha estado subordinado, y esta dislocación de las relaciones naturales, ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamás he reconocido otra autoridad que la mía, pero esta subversión se funda en razones justificables. Desde esa edad el cuidado de la subsistencia de todos mis deudos ha pesado sobre mis hombros, pesa hasta hoy, y nunca carga alguna ha sido más gustosamente llevada.

De todas partes en que me he encontrado, he partido con ellos el fruto de mi trabajo; los muchos paisanos que viajan de aquí a mi país, podrán decir cuántas veces han sido portadores de dinero y efectos para mi familia. En su

defecto, diga don Diego Antonio Barros, don Pedro Salas, y otros comerciantes, cuántas letras les han sido cubiertas por mí, libradas desde San Juan por Laspiur y Yaney, mis amigos y encargados de facilitar dinero. Cuando los sucesos de mi país me hicieron desesperar volver a él, arrastré como pude a mi familia a Chile, y ya que mis circunstancias no me han permitido gozar del placer de tenerla a mi lado, la he establecido en Aconcagua, donde goza de una colocación respetable y adonde puedo atender a sus necesidades. Don Domingo S. Godoy ha tenido la villanía de esparcir rumores de mi mala conducta con mi padre y el abandono en que lo tengo en Aconcagua. ¡Ah! esta sola amargura me faltaba! Mi padre me ha acompañado en todas mis peregrinaciones y hemos partido siempre entre ambos hasta de los cigarros. Cuando las enfermedades lo han asaltado, he sacrificado todo cuanto he tenido para su alivio, y hoy tiene, en el señor don Pedro Ortiz, en San Felipe, médico de cabecera que lo asiste diariamente con esmero, de que le estoy profundamente reconocido. Los boticarios de Santiago, si pudieran haberse fijado en este hecho, dirían las veces que les he comprado partidas de remedios, y las muchas que han necesitado esplicaciones de mi parte para venderme cantidades que han creído peligroso poner en manos desconocidas. En cuanto a mi padre y mi familia, don Lorenzo Leyton, comerciante de esta ciudad, podrá decir si de más de 1.500 pesos a que ha ascendido mi cuenta corriente, los dos tercios no son de efectos para mi familia; que diga el señor Puelma, si en igual caso, todo lo que he tomado de su tienda no es ropa de señoras; que diga el señor Villegas, si el 1.º de cada mes no recibe de mí 20 pesos, arriendo de casa de su pertenencia en San Felipe; últimamente que digan todos los amigos que han penetrado en mi modesta habitación, si me conocen un mueble, un objeto de valor cualquiera, y si descubrirían a no decirlo ahora, en qué he podido invertir

en dos años unos tres mil pesos que he obtenido por precio de mis vijilias.

No han parado aquí mis cuidados con mi familia. He tenido la paciencia de educarla. Una de mis hermanas posee conocimientos suficientes para dirigir un colejio de señoras que ha fundado en San Felipe. El señor Intendente, el Gobernador de Los Andes, el de Putaendo, y el señor Cura Párroco, han asistido a los esámenes rendidos el 17 de enero, y el señor Intendente ha llevado su condescendencia hasta de encargarse él personalmente de distribuir los premios y suscribirlos con su firma. Otra de mis hermanas tiene instrucción en el paisaje, dibujo floreal y natural.

Con respecto a lo que he creído ser mis deberes para con mi patria, mis pretensiones son muy esajeradas. He creído siempre que mi patriotismo era una verdadera pasión, con todo el desenfreno y extravío de otras pasiones.

Nunca he perdido de vista a mi país, nunca he abandonado ni renunciado a la causa política a que he pertenecido. Después de haber servido como pude al gobierno de Chile, en las elecciones que lo elevaron, y cuando cualquiera otro habría esperado el efecto de la protección del Gobierno; apenas tomaron nuestros asuntos un aspecto favorable en Mendoza, cuando abandonando todo, me puse en marcha a cordillera cerrada, despreciando las ventajosas propuestas de don Manuel Rivadeneira para la redacción de *El Mercurio*, y el nombramiento de director de la Escuela Normal con que me brindaba el Ministro, a cuyas instancias de permanecer en el país, me negué, por creer necesaria mi cooperación en la guerra de mi país. Los que hablan de mi venalidad, podrán juzgar por este hecho de mi apego a los intereses materiales. ¡Pobres jentes!

¿Dónde está, pues, don Domingo Godoy el chismoso? ¿Sabe usted que yo juegue y pierda de vez en cuando cuanto dinero adquiero? ¿Me conoce usted algunas dispaciones, al-

gunos gustos y hábitos viciosos? ¡Ah! si yo he sido antes un perdido, como usted lo dice, debo ser hoy un ejemplo de arrepentimiento muy notable. Yo vivo en mi cuarto encerrado casi constantemente. No visito a nadie, ni aun a mis amigos, no me conocen los que me tratan de cerca más disipaciones que el teatro y los domingos en la Alameda. De veinte casas respetables en que he sido presentado y recibido con afecto, no he frecuentado cuatro, y esto porque se reúnen jóvenes de mérito y de instrucción de cuya conversación gusto mucho.

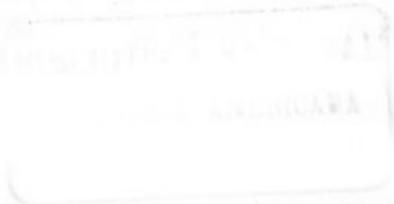
De mis relaciones con mis amigos, nada tengo que decir; tengo algunos, muy pocos; ¡pero cuánto les debo! He sido servido por muchos, he podido a mi turno servir a otros. Muchas amistades se han roto, por mi culpa, por la ajena; y en cuanto a mis enemigos, porque también los enemigos son relaciones sociales, jamás he herido a ninguno en su honor, aunque muchas veces he humillado su amor propio. Don Domingo S. Godoy, el palaciego, me ha dicho por la prensa corrompido, asesino, rufián, y mil otros denuestos, que cada uno es la imputación de un delito. Yo le he dicho en cambio cobarde, chismoso, palaciego, galán-emplasto, y otras cosas que solo afectan a su amor propio, el amor propio de un necio. Los que han dicho que en mis escritos soy personal, dicen lo que quieren. He tratado bruscamente a los autores, nunca a las personas, y nadie podría descubrir, por mis escritos, de qué persona hablo, aunque le haya dicho, como a escritor, ignorante, etc. El primer vestido de hombre que he cortado, es el de verano que le hice a Godoy en *Un refresco*; nadie me negará que no fuera, si quisiera dedicarme a la profesión, un sastre no muy chapucero.

Todos los días irrito susceptibilidades y crío deseos de encontrar en mi conducta acciones que me denigren. Debiera ser más prudente; pero en punto de prudencia, me sucede lo que a los grandes pecadores, que dejan para la hora de la muerte

la enmienda. Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más.

He salido por fin de la humillante tarea de describirme a mí mismo. Tendré que agradecer a Godoy el haberme hecho dejar el modesto incógnito que encubrió mi vida privada. De mi parte solo he puesto la sinceridad, en lo demás los hechos hablan de suyo, y el público podrá juzgar.

Ya he mostrado al hombre, tal como es, o como él mismo se imagina que es. En una segunda publicación mostraré al libelista famoso, al escritor en Chile, al maestro de escuela, mis obras últimamente, mis principios políticos y sociales. Entonces no me dirigiré a Godoy, sino al público.



	Pág.
Los redactores al otro Quidam	74
Scenes de la vie privee et publique des animaux . .	79
Los gallos literarios	84
La cuestión literaria	91
¡Raro descubrimiento!	95
Segunda polémica.—El prospecto del Semanario de Santiago	101
El romanticismo según “El Semanario”	106
Continúa el análisis del artículo Romanticismo	113
Paréntesis formado por una correspondencia imparcial	120
Continúa el examen del artículo Romanticismo	125
Concluye el análisis del artículo Romanticismo	133
Las intenciones de “El Semanario”	140
Volvamos todos a la moderación	142
Segunda correspondencia de un imparcial	145
Conclusión	148
Mi defensa	153
Introducción	154
Mi infancia	159
El militar y el hombre de partido	167
El hijo, el hermano y el amigo	176

EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

AMAYA FLORENCIO J. — El dolor de vivir	\$ 3.—
AYBAR SOBRE CASAS. — El amor como re- dención	” 2.50
AMICIS EDMUNDO DE. — Joyas literarias (encuadernado)	” 2.50
ALAS CLAUDIO DE. — Visiones y realidades	” 2.50
ALAS C. DE. — Id. Id. en tela	” 3.—
ALAS C. DE. — Herencia de la sangre	” 2.50
ARSAMASSEVA MARGARITA DE. — El bra- zalete de záfiro (novela)	” 2.—
BRUMANA HERMINIA C. — Cabezas de mu- jeres	” 2.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Electrocardiogra- fía y poligrafía clínicas	” 6.—
BOSCO GUILLERMO Dr. — Tratado de Semio- logía (2 tms. enc.)	” 30.—
BARREDA ERNESTO MARIO. — Nuestro par- naso (4 tomas)	” 8.—
BARREDA E. M. — Baba del diablo (novelas y cuentos)	” 2.50
BARREDA E. M. — Una mujer	” 2.—
BERMANN GREGORIO — José Ingenieros . .	” 2.50
BOY. — Las parejas negras	” 2.—
BOY. — Marú. Novela romántica desarrollada en cartas	” 2.—
CANCELA A. — Tres relatos porteños	” 2.—
CANCELA A. — En tela	” 3.—
CANCELA A. — El burro de Maruf	” 2.50
CAPDEVILA ARTURO.	

POESIA:

<i>Jardines Solos</i> (2. ^a edición)	” 2.50
<i>Melpómene</i> (4. ^a ”)	”
<i>El Poema de Nenúfar</i> (3. ^a ”)	” 2.50
<i>El Libro de la Noche</i> (2. ^a ”)	” 2.50
<i>La Fiesta del Mundo</i> (3. ^a ”)	” 2.50
<i>El tiempo que se fué</i> (1. ^a ”)	” 2.50

DERECHO:

<i>Dharma</i> (Influencia del Oriente en el Dere- cho de Roma) (agotada)	
---	--

EXEGESIS:

El Cantar de los Cantares . . . (2.^a edición) ,, 2.50
 TEATRO:

La Sulamita (7.^a edición) \$ 2.50
El Amor de Schaharazada . (por reeditarse) ,,
La Casa de los Fantasmas ,, 2.—
Zincali ,, 2.50

ENSAYOS:

La Dulce Patria (por reeditarse) ,,
Del Libre Albedrío (2.^o millar) ,, 2.50
Córdoba del Recuerdo (2.^o millar) ,, 2.50
Los Paraísos Prometidos ,, 2.50
América (Nuestras Naciones ante los Estados Unidos) ,, 2.50

HISTORIA:

Las Vísperas de Caseros . . . (2.^o millar) ,, 2.50
Los Hijos del Sol (1.^a edición) ,,

CUENTOS:

La Ciudad de los Sueños ,, 2.50

VIAJES:

Tierras Nobles (Viajes por España y Portugal) (1.^a edición) ,, 2.50
 CARRASCO GERMAN. — Rima de inquietud ,, 1.50
 CICHERO FELIX ESTEBAN. — La vida en cuentos ,, 2.—
 CICHERO F. E. — Los Zánganos ,, 2.—
 CICHERO F. E. — Puntos de vista ,, 2.—
 CALLE. J. — El pasajero sugerente ,, 2.50
 CORTINA ARAVENA. — Nocturnos y otros poemas ,, 2.—
 CORREA LUNA CARLOS. — Alvear y la diplomacia de 1824-25 ,, 2.—
 DONOSO ARMANDO. — Sarmiento en el desierto ,, 2.50
 DUBNOW. — Historia contemporánea del pueblo judío ,, 5.—
 EICHELBAUM. — Un hogar ,, 1.20
 EICHELBAUM. — Un monstruo en libertad ,, 2.50
 ESPAÑA JOSE DE. — La mujer de Shanghai ,, 2.—
 ESPAÑA J. DE, — Psicología de Rosas ,, 2.—

FABRI LUIS. — Dictadura y revolución . . .	”	2.—
FIJMAN J. — Molino rojo	”	2.—
FINGERMAN G. — Estudios de psicología y estética	”	2.50
FRANCO LUIS L. — Coplas de Pueblo . . .	”	2.—
FRANCO L. L. — Nuevo mundo	”	2.—
GOLDSCHMITH. — Moscú (viaje por la Ru- sia soviética)	”	2.—
GOLDSCHMITH. — En tela	”	3.—
GOMEZ IBANEZ EDUARDO. — Cantos salvajes	”	2.—
GONZALEZ TUÑON R. — El violín del Diablo	”	2.—
GONZALEZ TUÑON E. — Tangos	”	1.50
GONZALEZ TUÑON E. — El alma de las cosas inanimadas	”	1.50
GIMENEZ PASTOR. — Velada de cuentos .	”	2.50
GARCIA VELLOSO E. — Piedras preciosas .	”	3.—
GOUCHON CANE E. — Los héroes del amor	”	2.—
GRUNBERG CARLOS M. — El libro del tiempo	”	2.—
GUTIERREZ RICARDO. — La flecha en el vacío	”	2.50
GERCHUNOFF ALBERTO. — La Asamblea de la Bohardilla	”	2.50
GERCHUNOFF A. — La Jofaina maravillosa	”	2.50
GERCHUNOFF A. — El hombre que habló en la Sorbona	”	2.50
GERCHUNOFF A. — Historias y proezas del amor	”	2.50
GERCHUNOFF A. — Pequeñas prosas . . .	”	5.—
GERCHUNOFF A. — En pergaminos, numerados	”	10.—
GALVEZ MANUEL. — Una mujer muy moderna	”	2.—
GALVEZ M. — La maestra normal	”	2.50
GALVEZ M. — Nacha Regulez	”	1.50
HAYA DELATORRE. — Por la emancipación de América Latina	”	2.50
HEREDIA PABLO. — Experimentaciones En- dócrinas	”	8.—
HERRERO ANTONIO. — Alfredo L. Palacios	”	1.50
HOUSE GUILLERMO. — Alma Nativa . . .	”	2.50
IBARGUREN CARLOS. — Manuelita Rosas .	”	2.—
IBERGUREN C. — De nuestra tierra (2ª ed.)	”	2.—
KROPOTKINE P. — Los ideales y l' realidad en la literatura rusa	”	4.—
KROPOTKINE. — Etica	”	2.50
KRUPKIN. — La taza de Chocolate	”	1.50

OLASCOAGA LAURENTINO. — Geografía Económica Argentina	„	6.—
OLASCOAGA L. — Sociología Comparada . .	„	5.—
OLASCOAGA L. — La Leyenda del Castillo de Skokloster (Suecia)	„	2.50
OLIVERA LAVIE HECTOR. — Una tragedia .	„	2.50
OLIVAN SANTIAGO C. — Las visiones del rondín (cuentos)	„	2.—
OLIVARI NICOLAS. — La musa de la mala pata	„	1.—
ORGAZ RAUL A. — Páginas de crítica y de Historia	„	3.—
OSÉS MIGUEL F. — Eva entre naranjos . .	„	2.50
PAGANO JOSE LEON. — El hombre que volvió a la vida	„	2.50
PEYRET MARCELO. — Alta Gracia	„	2.50
PEYRET M. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor)	„	2.—
PASCARELLA LUIS. — Horas matinales (páginas de un escolar)	\$	1.50
PALCOS ALBERTO. — El genio (2. ^a edición)	„	3.—
PALCOS A. — La Vida Emotiva	„	2.50
PALCOS A. — Sarmiento (en prensa)		
PALACIOS ALFREDO L. — Universidad Nueva	„	5.—
PERETZ. — Adán y Eva. Trad. Resnik (tela)	„	3.—
QUESADA JOSUE. — Idolos que pasan . . .	„	1.50
RAWSON MANUEL. — Emilio Mitre	„	2.50
ROLLAND ROMAIN. — Clerambault (2. ^a ed.)	„	2.—
ROJAS PAZ. — La metáfora y el mundo . . .	„	2.—
RENAN ERNESTO. — Patricio (encuad. tela)	„	2.—
RIPAMONTE CARLOS P. — Janus	„	2.50
RINSKY B. — Murmullos del alma	„	1.50
RUIBAL SALABERRY Dr. — Higiene pública. Ingeniería sanitaria	„	6.—
RINALDINI JULIO. — Críticas extemporáneas	„	2.—
SCALABRINI ORTIZ RAUL. — La manga . .	„	2.50
SCHIAFFINO EDUARDO. — Recodos en el sendero	„	2.50
SCHIAFFINO E. — Urbanización de B. Aires	„	4.—
SARAVIA LINARES CLARA. — Lirios de otoño	„	2.50
SAENZ HAYES RICARDO. — La polética de Alberdi con Sarmiento	„	2.50
SAENZ HAYES R. — España. (Meditaciones y andanzas)	„	2.50
SAENZ HAYES R. — Perfiles y caracteres . .	„	2.50
SAENZ HAYES R. — Los amigos dilectos . .	„	2.50
SARMIENTO DOMINGO F. — Vida de Dominguito	„	2.—
SARMIENTO D. F. — Discursos populares .	„	2.—

SEMEUR CANDIDO. — La liberación de la		
	tierra	” 1.20
SENET RODOLFO. — Psicología gauchesca en		
	el Martín Fierro	” 2.—
SOTO Y CALVO F. — Los poetas maullantinos		
	en el arca de Noé	” 2.—
STORNI Y PEREZ FRANCO. — En la sierra		
	de los Cóndores	” 10.—
TORRE PEÑA JORGE DE LA. — Plata bruna		” 2.—
VARELA FLORENCIO. — Rosas y su gobierno		” 2.—
VEDIA JOAQUIN DE. — Cómo los vi yo . .		” 2.50

ENCUADERNACIONES DESDE \$ 1.—

NACIONAL